

# TEJIDO DE FAVORES

*El sabor del poder*

*Alex A. Maretti*



**TEJIDO  
DE FAVORES  
(EL SABOR DEL PODER)**

p

**ALEX A. MORESTI**



Primera edición: junio 2017

ISBN: 978-84-9175-334-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Alex A. Moresti

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: 123rf.es  
Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A quienes pasaron un tiempo en mi rincón.*

**H**oy es un día especial para la familia Márquez-Romero. Es el día sobre el que llevamos fantaseando los últimos cinco años desde que nos vinimos del pueblo a vivir a la ciudad. Hoy es el día en que mi marido saldrá elegido como candidato a alcalde por nuestro partido. Está tan segura su victoria en las primarias, que ya tenemos alquilado el local para la celebración, comprados los trajes de gala para asistir a la fiesta y una selecta lista de invitados entre miembros importantes del partido, amigos y futuras beneficiosas influencias.

Recuerdo que, entre risas, hablábamos de ello cuando veníamos en nuestro coche de segunda mano del pueblo a la capital cargados con un par de maletas, más llenas de ilusión y sueños que de ropa.

Mi marido había dejado su concejalía en el Ayuntamiento del pueblo por un puesto en la secretaría del partido en la ciudad. Con ello, más que aumentar su sueldo, al contrario, aumentaban sus esperanzas de ascenso dentro del partido. Como suele decir él, a veces, vale más la pena ser cola de león que cabeza de ratón; tienes más posibilidades de llegar a ser cabeza de león algún día, aunque al principio tu cometido sea matar moscas.

Había aceptado aquel empleo empujado también por mi bienestar. A mí me habían ofrecido una corresponsalía en un periódico de tirada nacional, que estaba más acorde con mis esperanzas depositadas en cinco años de carrera de Periodismo que la crónica deportiva en el periódico del pueblo.

Así que juntos, en aquel primer viaje, nos reíamos soñando con llegar a ser cabeza de león y afamada periodista.

Ahora me llena de orgullo comprobar que aquellos sueños están mucho más cerca de hacerse realidad. Yo ya tengo un buen puesto en el periódico y la carrera política de mi marido va a despegar como un cohete. La elección como

candidato a la alcaldía en nuestro partido es como si le pusieran en bandeja de plata las llaves del Ayuntamiento.

Desde que en España se instauró la democracia superando el régimen dictatorial de Franco, hace más de cuarenta años, ningún otro partido político ha gobernado en la ciudad. Son tan claras y diáfanas nuestras victorias que al partido de la oposición suele costarle encontrar un cabeza de turco que presentar como candidato a la alcaldía. A nadie le gusta que en su historial político aparezca semejante borrón en forma de humillante derrota que te cierre, para siempre, las puertas en tu carrera. Es por eso por lo que, de forma habitual, presentan candidatos ya en el final de su carrera política o sin mayor ambición que pasar cuatro años como jefe de la oposición en el Ayuntamiento, con lo que su estrategia política se limita a presentar poca resistencia y a cobrar a final de cada mes.

Entre los militantes de nuestro partido, y en conversaciones en *petit comité*, solemos decir que nosotros no gobernamos con mayoría absoluta, gobernamos con mayoría aplastante, y siempre nos echamos a reír tras el comentario.

Así que esta tarde, cuando se confirme de forma oficial lo que ya se rumorea por los pasillos de la sede del partido, ya podré verme como esposa del alcalde. Y añadiré a mi currículum el cargo de jefa de prensa del Ayuntamiento.

Me lo he ganado. Yo tengo bastante que ver con esta victoria. Bastaron un par de amistosas sonrisas a mis compañeros de local para que aparecieran un par de buenos artículos sobre la brillante carrera política desarrollada por mi esposo desde sus comienzos y su implicación social. Una buena campaña interna diseñada con la ayuda de mis conocimientos en *marketing* ha hecho el resto.

He aprendido mucho de política en los seis años que llevo al lado de mi marido. Él lleva toda su vida en este mundo. Sus padres también se dedicaban a la política y su sueño siempre ha sido estar a la altura de la carrera política de su padre y ganarse la admiración de su madre. Ahora, pese a que ellos fallecieron antes de yo conocerle, estoy segura de que se sentirían orgullosos de ver hasta dónde está llegando su hijo.

La principal lección que he aprendido es que, para ascender en política, no tienes que hacer buenas obras. Solo tienes que conseguir que la máxima cantidad de gente posible crea que, con un poco más de poder, serías capaz de

hacerlas, y así pasar de ser secretario a concejal, y de allí a la mesa del alcalde. El siguiente escalafón será el Congreso, pero ese ya será el siguiente paso. Ahora toca disfrutar juntos de este último peldaño.

Hay que ver lo bien que nos han ido las cosas juntos desde que el destino quiso que cruzáramos nuestros caminos en aquella entrevista de la periodista de deportes del diario local al concejal de Deportes del Ayuntamiento. Por aquel entonces él tenía treinta y seis años y la primera impresión al verlo me dejó impactada. Era, y es, sumamente atractivo; sus ojos azul cielo centellean con un brillo de ilusión y confianza en sí mismo. Alto, con su aspecto atlético y complexión fuerte, como debería corresponder a todo buen concejal de Deportes que se precie, aunque sea en el Ayuntamiento de un pueblo de cinco mil habitantes, me recibió con una amplia sonrisa que desarmó todas mis armas ofensivas dispuestas en horas de preparación minuciosa de la entrevista. De conversación fluida e inteligente, se le notaba seguro de sí mismo y dominador del tema que trataba. Serio y responsable en su trabajo. Vamos, un auténtico partidazo.

Yo tenía por aquel entonces treinta y un años y ya era conocida en el pueblo por armar pequeños revuelos con mis artículos levantando un par de escándalos a nivel local. Nada que ver con los escándalos urbanísticos de hoy en día, pero que entre los lugareños dieron mucho que hablar. Ya entonces se veía que mi puesto de trabajo se quedaba pequeño para mi nota media de notable en la universidad, pero como decía mi difunto padre, si no hay más, contigo Tomás.

Lo que llevaba preparado para ser un ataque frontal a la política del Ayuntamiento en el ámbito deportivo, con duras críticas a sus presupuestos y al reparto de subvenciones entre los equipos locales, se convirtió en una amable entrevista ensalzando la buena labor del concejal. Todo por culpa de aquella arrebatadora sonrisa y por esa voz suya, cálida y profunda, que sonaba como un mantra dentro de mi cabeza.

Cuando al día siguiente la entrevista salió en el periódico, la cara de desilusión de mi jefe contrastó con la mía cuando él me llamó para tomar un café cuando saliera del trabajo y hablar con más calma sobre los temas del Ayuntamiento. «Una conversación entre amigos, en vez de entre concejal y periodista», me dijo con su voz masculina y dulce que prácticamente hipnotizaba mis pensamientos.

Aquella conversación entre amigos frente a dos humeantes tazas de café

terminó en la cama. No sé quién de los dos sedujo a quién. Con seguridad, los dos pusimos de nuestra parte. De lo que estoy segura es de que ninguno de los dos hizo nada por evitar que pasara.

Acudí al encuentro con un pantalón ceñido negro y una blusa blanca entallada, la melena suelta y los labios pintados de rojo a juego con el tono cobrizo de mi cabello. Elegante, atractiva, pero informal, que solo era un café lo que íbamos a tomar y tampoco era cuestión de aparecer de fiesta de gala. Se hubieran notado mucho mis intenciones si me hubiera puesto el vestido corto que había elegido en un primer momento. Lo reconozco, desde que me invitó a tomar el café mis intenciones no eran otras que seducirlo.

A él me lo encontré apoyado en la barra de la cafetería con unos pantalones vaqueros y una americana azul. Aire descuidado, pero para nada desarreglado, sabía a la perfección que era lo que le quedaba bien y le hacía irresistible.

Me recibió con su sonrisa y dos besos en la mejilla. Agradecí el asiento que me ofrecía a su lado porque me empezaban a temblar las piernas. Desde la entrevista, antes de quedar con él a solas, ya me parecía irresistible. Vestido de forma informal estaba todavía más atractivo que con su traje de concejal. Volver a escuchar su sugerente voz sin estar sentada me hubiera supuesto un problema. Su conversación distendida fuera del ámbito laboral me mostró que al aparcar su lado responsable tenía, y tiene, un sentido del humor que me arranca una sonrisa o una carcajada y que terminó de conquistarme.

Primero empezamos hablando de deportes, de cómo iban las cosas por el Ayuntamiento, de los problemas que tenía para cuadrar el presupuesto y para mantener a todos los que pedían subvenciones contentos. Yo, que siempre había sido crítica con la manera de repartir los presupuestos del Ayuntamiento en el ámbito deportivo, siempre más centrados en los deportes masculinos que en los femeninos, me limitaba a asentir, absolutamente convencida de que no había manera mejor de hacer las cosas que como él las estaba haciendo.

Después empezamos a contarnos cosas del ámbito familiar. Sus padres habían muerto hacía un par de años regresando de un viaje al que habían acudido para representar a su partido. Su hermano pequeño no había conseguido sobreponerse a la muerte de ambos. Si ya antes era un joven bastante problemático, ahora se había terminado de convertir en la oveja negra de la familia. Apenas tenía trato con él.

Yo le conté que mi padre también había fallecido en un accidente en el



campo cuando yo era pequeña y que como no tenía hermanos había vivido solo con mi madre.

La conversación terminó por derivar a las relaciones personales y hablamos de cosas como por qué seguíamos viviendo solos o cuántos hombres y mujeres habían pasado por nuestras vidas, dejando en la mayoría de los casos desagradables recuerdos.

Él estaba divorciado, lo que confirmaba mi pensamiento de que un hombre así no podía llevar muchos años solo. Había estado casado durante dos años, pero su relación nunca llegó a fructificar. Se habían casado por el hecho de que era lo siguiente que había que hacer después de llevar siete años de novios, no por estar convencidos de querer hacerlo. Dos años de convivencia fueron suficientes para saber que había sido una mala idea. Me contó también, entre risas, que su primer beso fue a los doce años con una chica de dieciséis y que estaba tan nervioso que chocaron sus narices antes de besarse porque los dos giraron la cabeza hacia el mismo sitio. Queriendo saber cualquier cosa de su vida, le pregunté por su primera vez y me respondió que en la parte de atrás de un coche de segunda mano a la edad de dieciséis años con una chica de diecinueve y que de lo que más se acordaba era del intenso olor del perfume de la chica.

Yo era, y recalco lo de era, una acérrima defensora de la libertad que proporciona la soltería, aunque eso no significa que no haya habido varios hombres en mi vida. Le conté que mi primer beso había sido a los quince años en el patio trasero de la escuela y que había perdido mi virginidad con un chico de la universidad, a la edad de dieciséis años, que no quiso volver a saber de mí cuando supo que era menor de edad. De joven, siempre aparenté más edad de la que tenía. Por fortuna, eso ha cambiado con la edad.

También le hablé del último chico con el que había estado, que no había pasado de un rollo de una noche, y es que había aprendido a ser yo la que se aprovechara de los hombres y era defensora de las relaciones esporádicas y sin compromiso. Nada más que un buen rato de sexo entre dos adultos.

Cuando quisimos darnos cuenta, nuestras manos estaban entrelazadas encima de la mesa y nos mirábamos a los ojos con una sonrisa adolescente en los labios. Incluso le di algún detalle que otro de más sobre mis preferencias y escauceos amorosos para captar su atención de forma definitiva.

Al salir de la cafetería, antes de llegar al *parking* donde estaban aparcados nuestros coches (aparcarse en cualquier otro lado del pueblo era como buscar

una aguja entre un montón de agujas, mucho más difícil, a mi entender, que encontrar una aguja en un pajar) se acercó a mí y me besó.

Fue un beso cálido, dulce, húmedo, un beso que yo esperaba con impaciencia y cierto nerviosismo, que me dio alzándome con delicadeza la barbilla con una de sus fuertes manos. Estaba tan nerviosa como una quinceañera y con seguridad, si él no hubiera sujetado mi barbilla, habríamos acabado chocando nuestras narices, como en su adolescencia. Todos los poros de mi piel reaccionaron a aquel beso, desde mis labios humedecidos por la punta de su lengua hasta los dedos de mis pies, temblorosos por aquella cálida sensación que bajaba por mi espalda.

Cuando nuestros labios se separaron me invitó a ir a su casa. No tardé ni un segundo en aceptar, perdida en aquel mar azul de su mirada y sorprendiéndome incluso a mí misma y reprochándome en mi interior, poco después, mientras viajábamos en su coche en silencio, el no haberme hecho de rogar un poco más.

Eran tantas las sensaciones que me había producido aquel beso, sensaciones de bienestar, placer, deseo, que olvidé las normas del manual de seductora y respondí afirmativamente sin hacerme esperar.

Era tal el deseo que había despertado en mí que mis manos ya desnudaban su cuerpo mientras subíamos comiéndonos la boca en el ascensor. Ya dentro de la casa, sin las ataduras de la ropa sobre nuestros cuerpos, sus manos accionaron los interruptores del placer por todo mi ser. Sus labios tibios, sus besos intensos, su hábil lengua hicieron suspirar a cada centímetro de mi piel mientras los humedecía. Su manera de moverse rítmicamente dentro de mí, al principio de manera suave y profunda, aumentando poco a poco la intensidad de sus vaivenes hasta alcanzar un ritmo frenético, sin dejar de atender el resto de zonas erógenas de mi cuerpo, besándome en el cuello, lamiendo mis pezones erectos, mordisqueando el lóbulo de mi oreja, me llevó a alcanzar el más placentero de los climas que llegaba a recordar. Tan intenso que mis uñas quedaron marcadas en su espalda durante más de una semana.

Sudorosos y cansados, con una sonrisa en los labios y la esperanza de que la noche durara por toda la eternidad, dormimos abrazados en su cama. El día siguiente empezó de la misma manera que terminó el día anterior, con él entre mis piernas.

Tres meses más tarde ya había llevado mi cepillo de dientes a su casa y encontrado un sitio en su armario para mi ropa. A finales de aquel mismo año,

para sorpresa de mis familiares y amigos, que jamás sospecharon que yo, paladín de la defensa a ultranza de la vida en soltería, diera aquel paso, y menos de manera tan repentina, nos casamos.

Fue una boda sencilla, en una ermita en las faldas del monte que rodeaba nuestro pequeño pueblo. Él, yo, el cura y poco más de veinte invitados. Sin duda fue el día más feliz de mi vida, pese a un par de momentos incómodos con el hermano de Javier, al cual no recuerdo muy bien por qué invitamos al enlace. El de hoy tiene pinta de irse a colocar en segundo lugar.

Llaman a la puerta de casa y me apresuro a darme los últimos retoques de rímel y pintalabios y a colocarme bien el abrigo color verde esmeralda, a juego con mis ojos, que me regaló mi marido, el día de mi cumpleaños, con los dineros privados de su campaña. Al fin y al cabo, que la mujer de un político acuda elegante a los acontecimientos públicos, o privados, también forma parte de la campaña electoral.

Bajo haciendo resonar mis elegantes, y bien elegidos para la ocasión, zapatos de tacón alto que alargan aún más mis ya de por sí estilizadas piernas, hasta llegar a la calle. El coche me espera estacionado en la entrada de nuestra casa.

Da gusto montarse en este coche. No tiene nada que ver con el cuatro latas que nos trajo a la ciudad, con asientos de gomaespuma cubiertos de tela barata llenos de agujeros de quemaduras de la época en la que yo fumaba. Este tiene unos relucientes asientos de cuero negro que aún desprenden el aroma inconfundible de las cosas nuevas. Cuando te sientas en ellos parece que cobran vida y te abrazan en sus formas amoldándose a tu cuerpo. Es una gozada, un auténtico placer. Este coche es una muestra de lo bien que nos están yendo las cosas.

Mi marido me recibe con una sonrisa triunfal y con un ligero beso en los labios que me hace corresponderle a la sonrisa. Antes de ir a la fiesta, cumplimos la formalidad de acudir a la votación. Podríamos ahorrárnoslo, porque está claro que dos votos no nos van a privar de la victoria, que también considero mía, pero queda bien hacer acto de presencia y recibir los aplausos calurosos de los asistentes cuando el secretario del partido se encargue de anunciar el resultado. Además, no queda nada elegante que los agasajados, aunque en este caso fueran también los anfitriones, llegaran en primer lugar a la fiesta. En estos casos el protocolo exige hacerse esperar, al menos, la media hora de rigor estipulada en las reglas no escritas de la elegancia.

Mi marido y yo entramos en la sede del partido de la mano. Se ve a la legua nuestra felicidad y la buena pareja que hacemos. Desde el primer momento todo el mundo nos recibe con la atención y el cariño que merecen los ganadores, que ya se sabe que en política hay que lamer la mano de quien te va a dar de comer, y cuanto antes empieces, mejor.

La parafernalia de la votación se lleva a cabo sin novedades y sin mucho entusiasmo, como cuando ves un partido de fútbol que tienes grabado en el video, pero que alguien ya se ha encargado de contarte el resultado final. El secretario sale a la palestra con un sobre amarillo limón con los resultados impresos. Mi marido sale victorioso con más del ochenta por ciento de los votos contabilizados. Pongo mi más natural cara de sorpresa, no es plan de fastidiar al secretario su momento haciendo ver a las claras que ya conocía, de sobra, el resultado. Es como si a tus padres les dejaras sin ver tu cara de sorpresa al abrir tus regalos de Navidad bajo el árbol pese a que tú ya hiciera más de una semana que habías descubierto su escondite. No me cuesta nada hacer feliz al secretario dándole a entender que nos ha dado la mejor e inesperada noticia del día.

Salimos entre vítores de «Márquez, alcalde» y aplausos, que por su estruendo deben estar enrojeciendo las palmas de los presentes, y nos montamos triunfadores en nuestro flamante Audi gris marengo. Aún queda una hora para que empiece nuestra fiesta y media más para que nosotros acudamos.

Mi marido conduce en silencio hacia las afueras de la ciudad. No hay mucho tráfico a esas horas de la tarde noche. Su rostro no refleja los nervios de una jornada intensa. Luce una sonrisa aplacible, tranquilizadora. Lo miro de reojo intentando descubrir qué pensamientos pasan por su cabeza. Dudo entre un «por fin» o un «ya era hora». Nadie sabe mejor que yo los esfuerzos que ha hecho para llegar a este momento, las horas y horas de reuniones hasta bien entrada la noche que le hacían llegar agotado a casa cuando las luces del alba empezaban a despuntar ya por nuestra ventana. Mi pensamiento es claro: «Te lo mereces, cariño».

Cuando detiene el vehículo, no puedo evitar que una pequeña lágrima evocadora de emociones recorra mi cara. Estamos en la ladera donde detuvimos el coche la primera vez para observar la ciudad antes de sumergirnos en ella. Es un paraje solitario, rodeado de árboles frondosos que nos ocultan de las miradas cotillas de los conductores, con unas vistas preciosas de las luces ya iluminadas de la ciudad. Aquí, hace cinco años,

sellamos nuestros sueños. Hoy volvemos después de hacerlos, en parte, realidad.

Mi mano busca la suya y las entrelazamos mientras observamos, un instante, la danza de luces de neón y farolas de la urbe. Recuerdo que la primera vez las contemplamos con respeto, con el hormigueo en el cuerpo que nace en el estómago como cientos de mariposas que delata un fuerte estado de nervios y miedo. Ahora podemos alzar orgullosos la mirada. Después, nos miramos el uno al otro. Sonreímos. Sigue pareciéndome irresistible con solo mirarle.

—Felicidades, alcalde —le digo arrancándole una carcajada. Después sus ojos se clavan en los míos, su mirada me envuelve al igual que cinco años atrás. Se le escapa una mirada al escote de mi vestido. Me sonrío al ver cómo no puede resistirse a mis encantos aunque ya se conozca de memoria cada una de las pecas que lo adornan. Esa mirada suya me despierta instintos de malicia. Su mano se entrelaza en mi pelo y me acaricia. Después, como hizo aquella primera vez, me besa con dulzura. Un solo beso, sus manos acariciándome y esa mirada furtiva a mis pechos delatando sus pecaminosas intenciones son suficientes para despertar mi libido, mis pensamientos más lascivos y todas las reacciones de mi cuerpo. Mi respiración se vuelve entrecortada, agitada; mi espalda sudorosa; los latidos de mi corazón se aceleran; los pezones de mis pechos, antes espiados, se muestran erguidos y, finalmente, la humedad en mi sexo que empapa mi ropa interior. Solo con imaginarlo, solo con pensarlo entre mis piernas. Le deseo, le deseo con cada poro de mi piel. Aquí y ahora.

El beso se vuelve más apasionado. Nuestras manos se pierden en la ropa del otro. Sin pensarlo, llevada por las necesidades de mi cuerpo, me cambio de asiento y, subiendo mi vestido hasta mi cintura para poder separar con mayor comodidad mis piernas, me siento sobre él. Nos besamos y acariciamos mientras las respiraciones se siguen acelerando y los cristales del coche comienzan a empañarse. Mi excitación aumenta al sentir el roce de su sexo contra mi ropa interior mojada y no puedo evitar contonear mi cadera para buscarlo.

Cuando desde fuera ya solo se puede ver el vaho del interior, su pecho está desnudo y su pantalón y su ropa interior en sus tobillos y yo muevo mi cintura apretando entre mis piernas su erecto sexo mientras lleno de besos su boca y su cuello. El ritmo de mis caderas lo marca su agitada respiración y, por un

instante, le miro a los ojos sonriendo maliciosa. Sus ojos reflejan el deseo y con cada embestida de mis caderas sus labios se abren y dejan escapar un gemido, un suspiro, un jadeo. No dejo de exprimirlo entre mis piernas hasta sentir su sexo estallando dentro de mí y llenándome con su orgasmo mientras las luces de los coches que circulan por la carretera producen destellos dentro del coche. Es sentir como su semen me llena y mi espalda se arquea, mi cuerpo se contrae, mi respiración se entrecorta una fracción de segundo, mis piernas se cierran sobre su miembro latente y mi sexo estalla de placer.

Aún quedan veinte minutos para tener que asistir a la fiesta. El coche ya no huele tanto a nuevo. El olor de nuestra pasión es más intenso dentro del vehículo. Vuelvo a mi sitio y limpio los restos de nuestra pasión con mis labios antes de que pueda volver a vestirse, después uso una toallita húmeda para limpiarme mientras aún relamo nuestro sabor de mi boca. Mientras conduce hacia la fiesta retoco mi maquillaje mirándome en el espejo. Disfruto enormemente de esas escapadas lascivas y de sentirme pervertida en esos instantes. El morbo de hacerlo en sitios pocos habituales siempre ha aumentado el placer de mis encuentros sexuales. La sensación de poder ser descubierta, de hacer algo prohibido, de sobrepasar los límites de la decencia aumenta el morbo y hace más intensos mis orgasmos alcanzados.

No tardamos en llegar a la fiesta, que está de lo más concurrida. Afiliados del partido ríen y beben contentos mientras abarrotan el local. La música suena ambientando el lugar y las luces van y vienen danzando al ritmo salsero de la música.

Cuando entramos por la puerta, todo se detiene. La música cesa, las luces se paran y todos, como si alguien les llamara a nuestras espaldas, se giran de forma automática. Al vernos, comienzan a aplaudir. Sonreímos y les invitamos a seguirse divirtiendo con un gesto. La música vuelve a sonar. Amigos, conocidos y pelotas sin más, se van acercando a felicitarnos y a hablar con el futuro alcalde, quién sabe si para agasajarlo por su victoria o si para ir allanando el terreno a futuros favores que pudieran necesitar. Es tal la avalancha humana que se nos acerca que para cuando quiero darme cuenta y entre besos, saludos y estrechamientos más o menos vigorosos de manos, pierdo de vista a mi marido.

Dando por imposible encontrarlo en aquel mar de cuerpos empujándose que tengo frente a mí, decido ir a la barra del local a pedir una copa. Mi marido no tiene pérdida, en unos momentos subirá al estrado a dar su discurso

de la victoria y a agradecer la presencia de todos. Aprovecharé ese momento para volver junto a él. Ahora lo mejor que puedo hacer es tomar asiento en uno de los taburetes que ha quedado libre en la barra durante la estampida provocada a nuestra llegada y tomarme una copa con tranquilidad mientras me dejo llevar por el sonido de la música. Jadear siempre me provoca sed.

—¿Qué desea? —me interroga el camarero acercándose a mí.

—Una tónica —digo mientras me coloco el vestido. No quiero que un descuido delate que mi ropa interior viaja dentro de mi bolso.

—¿No va usted a felicitar al próximo alcalde? —me pregunta al ver que soy la única que no rodea al candidato, como queriendo entablar conversación agradeciendo mi presencia en la solitaria barra. Me hace gracia descubrir que, posiblemente, haya ido a topar con la única persona de los allí congregados que desconoce mi lazo de unión con el homenajeado y, manteniendo el halo de misterio hacia mi persona, me limito a contestarle que yo ya había tenido la oportunidad de felicitarlo antes. Me sonrío recordando cómo le había felicitado apenas una hora antes mientras movía mis caderas sentada en su regazo.

El camarero es un chico joven, tendrá unos veintitrés años. Conserva esa mirada adolescente que delata su juventud, pero tiene una sonrisa serena y mantiene la mirada cuando una mujer, como yo, le mira de forma directa a los ojos.

—¿Has venido sola a la fiesta? —Halagada por lo que considero un primer intento de acercamiento por su parte, contesto a la gallega.

—No. Pero mi acompañante parece que está demasiado ocupado para poder hacerme caso—. El falso anzuelo surte su efecto.

—Si yo fuera tu acompañante no habría nada que evitara que centrara en ti toda mi atención—. Le río la ocurrencia y le dedico una sonrisa. Bendita inocencia juvenil. La verdad es que es sumamente atractivo y tiene una sonrisa cautivadora y me siento halagada por despertar su interés.

Cuando me sirve la segunda copa y se gira para coger un vaso, no puedo evitar mirarle el trasero y mordisquearme el labio inferior. Esa parte de los hombres siempre ha sido mi debilidad y mirar es un pequeño pecado que, aun siendo una mujer casada, me puedo permitir. Y este culo es un pecado capital que me despierta pensamientos prohibidos.

—Salgo de trabajar en dos horas y, si quieres, podemos irnos juntos a tomar algo a un bar aquí cerca en el que tendríamos más intimidad —dice

cuando me agarra las manos alrededor de mi copa con sus fuertes dedos. Considero que llega el momento de darle el pequeño disgusto y de terminar con aquella infantil fantasía de ser deseada. Procuro ser lo más suave posible. El chico es un encanto. Me tomo unos segundos para contestarle mientras siento el calor de sus manos enlazando las mías.

—Mi acompañante está a punto de decir unas palabras —digo mirando hacia el estrado.

Mi marido sube en ese momento al escenario y toma la palabra. El joven y guapo camarero comprende enseguida con quién ha estado intentando ligar y se sonroja, pero no pierde su seductora y cautivadora sonrisa. Le miro y le sonrío y él me devuelve el gesto cómplice con un guiño y retorna a su trabajo.

Apurando mi segunda copa, me dirijo hacia el escenario abriéndome paso entre la gente que se agolpa para escuchar las palabras del futuro alcalde. No me cuesta mucho trabajo, porque todos se apartan al verme y me felicitan con voz tenue para no interrumpir el brillante discurso de mi marido. Se le ven maneras de alcalde, nació para esto, sin duda. Tiene a todos sus oyentes embobados con su palabrería y con las manos fuera de los bolsillos esperando a irrumpir en aplausos en el momento en que él decida dar por terminado el discurso. Yo voy recitando en voz baja sus palabras mientras me acerco a su lado por la espalda, en un segundo plano, se lo he oído recitar decenas de veces en estos días en casa mientras le preparaba el desayuno o intentaba ver la tele en la sala. Además, yo soy la que le ha redactado el discurso, mi estilo periodístico se ve con claridad. Así que no me cuesta colocarme estratégicamente a su lado cuando faltan pocas palabras para la finalización del acto. Solo queda una frase, el que será su próximo eslogan electoral, después llegará la salva de aplausos.

—Y recordad: las cosas pueden, deben y conmigo van a cambiar—. Ante la atronadora ovación de los asistentes, mi amado esposo y futuro alcalde y yo nos besamos. Después lo agarro con firmeza de la mano. Esta vez no pienso dejar que me separen de él. Cruzamos el local entre palabras de apoyo y felicitación y palmaditas en el hombro con las manos entrelazadas y sujeta a su brazo. Es tal la cantidad de gente que nos rodea que me siento más agobiada que cuando me tocó cubrir la noticia de la manifestación de autobuseros de la ciudad que, al verme allí con mi grabadora, se debieron pensar que era de la televisión y todos se arremolinaron a mí alrededor profiriendo gritos de protesta y proclamas de reivindicación.



—Bravo, Javier, bravo. —Entre la gente destaca una voz que nos resulta familiar—. ¿Por qué pones esa cara de sorpresa? —La gente a su alrededor se separa y podemos ver quién es el que grita en medio del local—. ¿No pensarías que tu hermano se iba a perder tu proclamación como candidato, verdad?

—¿Qué haces aquí, Roberto? —le digo mirándole con cara de pocos amigos.

—Hola, Gema, cuánto tiempo sin verte. Estás tan guapa y engañada como siempre. ¿Ese abrigo verde te lo ha regalado Javier? Seguro que ni para eso ha gastado de su dinero... —No le respondo.

—Roberto, estamos de celebración. Creo que no es un buen momento para que montes un espectáculo.

—¿Y cuándo crees que es un buen momento, hermanito? Porque hace meses que no tengo noticias de mi hermano. Y creo que, dadas las circunstancias, no te conviene olvidarte de la oveja negra de la familia. ¿No crees?

—Te prometo que tendrás noticias mías pronto. Ahora deja que disfrutemos de la fiesta. Ya hablaremos tú y yo en otro momento. Prometo llamarte esta misma semana.

—Disfruta mientras puedas. Pero recuerda quién permitió que tú estés hoy aquí. No lo olvides, hermanito. Espero esa llamada. —El tono de voz que utiliza Roberto en la palabra hermanito acentúa su enfado—. Espero que podamos vernos pronto, Gema.

—No lo creo.

—Una pena. —Roberto se da la vuelta y sale de la fiesta entre la gente. Desde que le conocí, el día de nuestra boda, siempre me ha resultado incómoda su presencia. Quizás por cómo me mira o porque su estilo de vestir descuidado no encaja con el aire distinguido que siempre ha rodeado a Javier y su familia. El caso es que, cada vez que nos encontramos con él, es un momento desagradable.

Poco a poco los ánimos se van calmando cuando Roberto se marcha. La gente se centra en la música y en pasárselo bien. Cuando Javier y yo nos tranquilizamos, decidimos que es el momento de irnos a casa. Nos cuesta casi dos horas hablar con toda aquella persona que se nos acerca mientras intentamos dar pasos hacia la puerta. Finalmente, conseguimos alcanzar nuestro coche y salir de allí dirección a nuestra casa.

El olor del vehículo, aunque más tenue, me sigue recordando al olor que dejamos al salir del acantilado con vistas y me hace esbozar una sonrisa de felicidad. Cualquier rastro de incomodidad desaparece al recordar nuestro encuentro.

Al llegar a casa, le pregunto a Javier por su hermano. Nunca me ha hablado mucho de él y yo no le he contado nunca lo que pasó el día de nuestra boda.

—¿Por qué se comporta así tu hermano cada vez que nos vemos?

—No le des mucha importancia. Roberto nunca ha sido un amante de la vida que tenían nuestros padres, el mundo de la política y la diplomacia no van con él. Desde pequeños a nuestros padres les costaba enderezar a mi travieso hermano pequeño.

—No entiendo cómo podéis ser hermanos con lo diferentes que sois.

—Mi madre decía que Roberto había heredado los genes de la abuela Marta. Yo no llegué a conocerla, pero mi madre decía de ella que era un culo inquieto. Todo lo contrario a mi abuelo.

—¿A qué se refería con eso de que recordaras quién te había permitido estar donde estabas?

—No le hagas ningún caso. Pese a que nunca se llevó muy bien con nuestros padres, su muerte le afectó mucho. Desde entonces su comportamiento se radicalizó aún más. Dejó su trabajo y se dedicó a viajar por el mundo con el dinero recibido de la herencia. A su vuelta tenía un carácter peor que con el que se fue.

—No me gusta encontrarme con él. Su presencia me incomoda siempre.

—Tranquila. Esta semana hablaré con él y no tendrás que encontrarte con él en mucho tiempo. Ahora lo mejor que podemos hacer es ir a la cama a descansar.

Rendidos, después de la jornada más agotadora de los últimos meses (hay que ver lo agotador que puede llegar a ser que te regalen los oídos), caemos en la cama y nos dormimos abrazados.

**H**ace cinco días que celebramos la elección de mi esposo para alcalde, y desde entonces, desde aquella última noche que, agotados por un día estresante, caímos en la cama rendidos y abrazados, me he ido a la cama sola. No ha habido una sola noche en la que mi marido no haya tenido una cena de partido, una cita de última hora con alguien importante o una reunión de gabinete que le hiciera llegar a casa cuando las luces del amanecer ya despertaban y esta pobre periodista le recibía con el desayuno en la mesa y un «buenos días, cariño» que él correspondía con su sonrisa más forzada y unas prominentes ojeras. Se sienta a mi lado y me acompaña un rato contándome, con cara de resignación, lo aburridas y cansadas que son las reuniones precampaña mientras mordisquea una de las tostadas con mermelada que he preparado. Después, cuando el reloj marca la hora en la que mis deberes y obligaciones como periodista me llaman, me despide con un suave beso en los labios y un «que tengas un buen día, amor» y se va a la cama.

Cuando llego del trabajo me encuentro la casa vacía, con la cama hecha y los cubiertos de la comida recogidos sobre el fregadero y algún mensaje en el contestador o alguna nota del estilo «cariño, esta noche no me esperes a cenar, vienen unos inversores de la campaña a visitarme al despacho. Lo siento, te quiere, Javier», pegada en la puerta del frigorífico. Así los cinco últimos días.

Me consuelo a mí misma pensando que esa situación solo se mantendrá hasta las elecciones, después todo volverá a la normalidad. Yo veo, casi cada mañana, al actual alcalde salir de su casa a comprar el periódico camino del ayuntamiento mientras su mujer le despide lanzándole un beso desde la ventana. Señal de que ha dormido en casa. Así que cuando mi marido sea alcalde también se acostará a mi lado, que la cama de uno cincuenta por dos metros se me empieza a hacer inmensa. Por desgracia, el consuelo solo dura hasta que recuerdo que para las elecciones faltan aún dos largos meses.

La sonrisa vuelve a mi cara al comprobar que es viernes en el calendario que adorna la mesa de mi despacho y, si bien esta mañana me he vuelto a encontrar un mensaje en el contestador de casa diciéndome que lo sentía en el alma, pero que no iba a poder cenar conmigo esta noche, estoy segura de que mañana no será así, porque mañana es sábado y, por suerte, los socios, inversores y regala-oídos que me secuestran a mi marido todas las noches, también tienen familia y el fin de semana lo pasarán junto a ellos. Así podré disfrutar otra vez de dormir abrazada a un cuerpo caliente y de agradable olor (mi marido siempre huele bien, incluso los días que no se echa colonia su piel desprende un olor que a mí me encanta), y de no tener que preocuparme de calentar mi lado de la cama al acostarme para que no se me queden fríos los pies. Seguro que a mi marido y a mí se nos ocurre una buena manera de no pasar frío el sábado por la noche. Tengo ganas de volverlo a tener junto a mí. También hace cinco días que no hacemos el amor.

Los días en el trabajo se me hacen largos y las horas transcurren como si el río del tiempo estuviera rodeado de diques por los que los segundos traspasan con verdadero esfuerzo. No hay ninguna noticia interesante en estas fechas que me saque del sopor y nos tenemos que contentar con rellenar las hojas con informaciones de baches en la carretera o la construcción de una nueva escultura en la ciudad. Pero las tardes y las noches en mi casa son aún peores. Allí el tiempo languidece hasta la muerte. La programación televisiva es soporífera y rara es la tarde que, después de pulsar los botones del mando repetidas veces zapeando hasta acabar con los veintitrés canales que nos proporciona la Smart TV, permanezca más de quince minutos encendida.

Los intentos de lectura son aún más frustrantes. He leído tantas veces nuestra escasa biblioteca que esos libros ya no tienen ni una sola palabra a la que pueda extraer su jugo literario. Muchas veces me digo de salir a comprar otro libro, pero el calor de la casa y el contraste con la calle hacen que la pereza venza sobre las buenas intenciones.

Finalmente, esta tarde de viernes, después de los baldíos intentos por ocupar mi tiempo tumbada en el sofá del salón, y tapada con una manta de colores llamativos, me sumerjo en mis pensamientos que, sin saber por qué, viajan hasta la barra del local en el que celebramos la fiesta días atrás y a la sonrisa del camarero que con tanta amabilidad me atendió. Después, me quedo dormida.

Me despierto unas horas más tarde algo dolorida por la mala postura y

humedecida por un sueño erótico bastante subido de tono que he tenido mientras dormía en el sofá. Voy a mi cama y compruebo que sigue solitaria. Mi marido aún no ha regresado, pese a que el reloj de la mesilla marca casi las tres de la mañana. Todavía adormecida, me meto entre mis suaves y frías sábanas intentando recuperar el sueño interrumpido. Incómoda con el frío de las sábanas, que se clava en los huesos, me contoneo buscando calentarlas con el roce de mi cuerpo.

El roce de la tela en mi piel y la sensación, aún presente, de humedad entre mis piernas me devuelven el recuerdo de la ensoñación provocadora. He soñado con el joven camarero del bar, quizás el recuerdo de su sonrisa antes de dormirme haya despertado un deseo oculto en mi inconsciente, probablemente haya sido su trasero bien puesto. Cierro los ojos y evoco el recuerdo de ese sueño, de cómo casi me había parecido poder sentir el roce de sus labios juveniles en los míos, su lengua buscando la mía con avidez, sus manos recorriendo mi cuerpo en busca de un pedazo de piel desnuda por descubrir. Recuerdo cómo en el sueño sus besos, dibujando un sendero de placer por mi piel, me han hecho estremecer y cómo he irrumpido en gemidos descontrolados cuando su boca se ha perdido entre mis piernas.

El recuerdo del sueño y el roce de las sábanas me hacen suspirar. Siento cómo mi cuerpo entra en calor, cómo mis pezones reaccionan altivos en un claro síntoma de excitación. Mi cuerpo se contorsiona sobre las sábanas, ya no para calentarlas, sino para buscar sus caricias más intensas que me provoquen más placer. Instintiva e inconscientemente, me descubro con mi mano entre mis piernas, acariciando con delicadeza y suavidad la cima de mi sexo, dejando que las yemas de mis dedos se empapen de los flujos de placer que de él emanan cada vez más densos y abundantes. Mi espalda se arquea, mis labios se entreabren y de mi boca se escapan suspiros entrecortados mientras mantengo mis ojos cerrados para no dejar escapar la imagen del joven camarero entre mis piernas devorándome con auténtica dedicación, con el descaro juvenil y las energías propias de su edad.

Mi piel se estremece, busco el roce de las sábanas en mis sensibles pechos aumentando así mi excitación. Es como si la yema de cientos de dedos me acariciaran a la vez provocando pequeñas descargas eléctricas en mi piel. Mi mano se descontrola, deja de acariciar con suavidad y busca introducirse en el fondo de mis placeres y deseos. Lo hace con ansia, con fuerza, al principio con uno, después con dos dedos, mientras de mi garganta ya se escapan jadeos

de auténtico placer al borde de un intenso orgasmo. Abro mis piernas mientras mis dedos salen arrastrando tras ellos mi placer, cierro la boca cuando entran profundos empujándome hacia el éxtasis.

«¡Oh, Dios!». Durante unas décimas de segundo todo se detiene, mi respiración se para, mi cuerpo cesa en sus contoneos y mis dedos quedan hundidos en las profundidades de mi sexo. Después, la erupción de mi placer inundándolo todo dejándome temblorosa y desfallecida.

No he terminado de recuperar el ritmo normal de mi respiración cuando la puerta de mi casa se abre. Es Javier. Avergonzada por la infidelidad de mis sueños, finjo estar dormida. Intento disimular mi respiración, que aún está agitada. Entonces descubro el intenso aroma a sexo que inunda la habitación. Un aroma inconfundible que penetra audaz por las fosas nasales y se incrusta en el cerebro de quien lo inspira provocando unas señales inequívocas. Rezo en pensamientos para que un milagro ocurra y no se dé cuenta del olor del engaño que brota desde mi ropa interior y llena la habitación o que, en el peor de los casos, lo achaque a un sueño calenturiento culpa de su falta de atenciones en los últimos días y me haga el amor como solo él sabe.

Le oigo entrar en la habitación. No enciende la luz para no despertarme. Oigo cómo abre la puerta del armario empotrado y saca su ropa de cama. Se sienta al otro lado de la cama para cambiarse de ropa. Es imposible que no lo huela, es tan intenso que a mí casi me mareo. Su intensidad y mi culpabilidad le dan una mayor presencia. Se mete en la cama, se tumba de espaldas a mí, se tapa con la manta y... ¡nada! Se queda dormido y segundos más tarde ronca plácidamente. Con seguridad no ha querido molestar mi sueño.

«Mañana a la mañana me dirá algo», pienso para mí, mientras yo también busco quedarme dormida a la vez que noto cómo mi ropa interior comienza a pegarse a mi piel.

La mañana no tarda en llegar, eran casi las cuatro y media cuando me quedé dormida. Abro los ojos con pereza y me sorprende al ver que vuelvo a estar sola en la cama. La vaga idea de volverme a encontrar una nota en el frigorífico me asusta, pero el ruido en la cocina me devuelve a un plácido despertar. Me está preparando el desayuno. Seguro que después me comentará el provocador olor que había en la habitación y me hará el amor. Estoy convencida.

Estoy segura, pero me equivoco. No trae el desayuno a la cama. Cuando finalmente me levanto, aburrída de fingir seguir dormida, lo encuentro sentado

en la cocina.

—Buenos días, amor. —Se levanta a darme un suave beso en mis deseosos labios. Después se sienta y sigue comiendo mientras me ofrece mi desayuno. Comemos casi sin decir palabra. Algún vago comentario sobre su trabajo la noche anterior y nada más. Ni una sola mención al olor de la habitación, ni una sola muestra de intención de satisfacer mis ansias de él. Nada. Los comentarios sobre su trabajo y una mención a la cena a la que debemos acudir juntos esa noche y a la que debo llevar, a su entender, el vestido rojo de tirantes que me regaló por nuestro aniversario. Asiento con un leve movimiento de cabeza. Mis pensamientos están lejos de aquella cena. ¿Acaso no me echa tanto de menos como yo a él? Masturbarme es placentero, pero siempre me deja una sensación de insatisfacción. Como una película con un buen final, pero de pobre argumento. Reniego de mis propios pensamientos. Con seguridad a la noche, al volver de la cena, me demostrará que estoy equivocada. Ahora el pobre todavía estará cansado de una agotadora semana de reuniones.

Paso la tarde preparando con minuciosidad mi vestido y mi peinado. Mi media melena y el vestido de tirantes dejan ver mis blancos y sedosos hombros en los que luzco el tatuaje de una mariposa con sus alas abiertas. Es un tatuaje que me hice con dieciocho años y que representa mi libertad para volar a donde me quisieran llevar mis alas. Cuando me hice el tatuaje soñaba con recorrer el mundo como reportera y viajar a países lejanos en busca de noticias impactantes. Al conocer a Javier, mis alas ya no quisieron volar a ningún lugar en donde no estuviera él. El escote del vestido deja a la vista las pecas de mi pecho, características de los pelirrojos como yo. El color rojizo de mi pelo y del vestido hacen juego con el color que elijo para mis labios.

Entre Javier y yo, nada que no pase de una conversación trivial entre dos personas que llevan conviviendo seis años. «Tú que vas a llevar», «me ves bien así», «qué tal me sienta esta corbata», esas cosas que se dicen antes de acudir a una cena y que después desaparecen de la memoria por no ir a ningún sitio, por no tener ningún valor. Mis labios siguen esperando un beso apasionado, mi cuerpo una caricia furtiva, pero le veo muy metido en su papel de político serio y responsable y espero con resignación a que el regreso al hogar sea una mejor ocasión. Por supuesto, yo no hago ninguna mención a la noche anterior, al aroma de la estancia y, mucho menos aún, al motivo de dicho olor. La infidelidad, aunque solo sea en sueños o en la libre imaginación de

una, es un tema que a los hombres no les suele sentar nada bien. Aún me sonrojo de vergüenza y remordimientos solo con recordarlo. Mejor dejarlo estar.

Acudimos a la cena agarrados del brazo. Sigue oliendo tan bien que suspiro al respirar su fragancia. No diré que casi la había olvidado porque, aunque pasara el resto de mi vida alejada de él, Dios no lo quiera, seguiría recordando aquel olor toda la vida, pero sí que lo echaba mucho de menos. Creo que su sonrisa y su olor fueron los principales motivos por los que me enamoré tan loca y perdidamente de él que olvidé por completo mis convicciones de que en esta vida se está mucho mejor sola. Luego llegaron todos los demás motivos, su dulzura, su comprensión, sus muestras de cariño, su habilidad para hacerme estremecer con una sola caricia o un susurro, pero esas llegaron más tarde. Me conquistó con su sonrisa y con aquel olor único y especial, mezcla de dulzura y misterio que me vuelve loca.

La cena es más íntima de lo que en un principio había imaginado. Solo somos nueve invitados. Por lo que puedo observar, tres parejas elegantemente vestidas y una señorita atractiva, unos años más joven que yo, y de unos llamativos ojos grises y larga y lisa melena morena, son los únicos acompañantes que vamos a tener durante la velada.

Al parecer, la cena es un pretexto para conocer mejor a los inversores en la campaña. Quedo gratamente sorprendida. Los tiempos, por fortuna, están cambiando y, al contrario de lo que yo misma llegué a pensar en un principio, quizás condicionada por una educación adquirida más dominada por los hombres, en aquella mesa no se sentaban el dueño de la empresa y su esposa, sino la presidenta de la compañía y su marido invitado. De las cuatro empresas que en un principio iban a apoyar la campaña de mi marido, porque cuando fuera elegido alcalde tendrán una larga lista de peticiones que hacer, solo una era presidida o dirigida por un hombre, las otras tres las dirigían las mujeres presentes en la cena. Una de ellas por la exuberante morena que había acudido sola.

La cena transcurre aburrida entre comentarios de política y de empresa. Intento entablar conversación con la única mujer que permanece callada, la esposa del único presidente de compañía, pero es poco habladora y nuestra conversación enseguida llega a un punto muerto. Los acompañantes de las presidentas mantienen una, al parecer, amena charla sobre automóviles, que es un tema que no me apasiona en absoluto. Si por lo menos hubieran estado



hablando de deportes hubiera podido sacar a relucir mis conocimientos adquiridos durante mis años de cronista, pero de coches me conformo con saber que tienen cuatro ruedas y un motor y que sirven para ir de un lado a otro y tener, de vez en cuando, encuentros furtivos con mi marido, así que, sin muchas más opciones, centro mi atención en la conversación que mantiene Javier.

—Es increíble qué fácil nos lo están poniendo esta vez. Al parecer el partido opositor está tan seguro de su derrota que tiene verdaderos problemas internos a la hora de presentar un candidato, hasta el extremo de que en esos momentos todavía dan largas como respuesta a la pregunta de a quién van a presentar como candidato a alcalde. —Mi instinto periodístico despierta y saco el móvil de mi bolso y mando un *whatsapp* a uno de mis colaboradores para que investigue todo lo posible sobre esos problemas internos del partido de la oposición. No tardo en recibir confirmación de la recepción del mensaje.

Cuando levanto la vista de mi móvil para prestar atención de nuevo a la conversación me encuentro, de súbito, con la mirada intensa de los ojos grises. La atractiva empresaria me mira con atención. Me asusto pensando que me ha descubierto mandando el mensaje en busca de la noticia, pero ella se limita a sonreírme con una sonrisa sincera, enigmática y ¿seductora? Al menos esa sensación tengo antes de devolverle el gesto y buscar con la mirada a la interlocutora que habla en aquel momento y hago gestos afirmativos intentando mostrar mi conformidad con unas palabras a las que no he prestado ninguna atención, ni siquiera he llegado a oírlas.

La mirada de la morena tiene algo especial, algo distinto. Está tan llena de seguridad en sí misma que hace sentirse inseguro a quien la mira. Es una mirada tierna y dulce en apariencia, pero me ha hecho sentir extraña, acobardada, dubitativa, insegura, como cuando en el colegio cruzas la mirada con el chico de la primera fila que tanto te gusta y te sonrojas hasta las orejas sin poder evitarlo y apartas la mirada refugiándola en alguna compañera de fila mientras te dices a ti misma «qué guapo es». Me he sentido igual cuando me he encontrado con sus ojos grises. Es extraño, nunca me había pasado con una mujer, pero en mi fuero interior he exclamado ese «qué guapa es».

La cena acaba entre conversaciones banales y risas fingidas a los chistes de mi esposo. Es el centro de atención, y eso a él siempre le ha encantado. Siempre ha tenido ese afán de protagonismo que le vuelve inconformista con

lo que tiene. Sentirse respetado, admirado y peloteado por la gente le hace feliz. Siempre consigue resultar simpático y popular.

Los allí presentes hacen bien su papel. Todos menos esa enigmática mujer, que se mantiene atenta a la conversación sin pronunciar ni una sola palabra que no sea necesaria. Es como si en su cabeza estuviera tomando nota de las virtudes y defectos de quienes la rodeamos buscando nuestros puntos fuertes y nuestras debilidades. Escudriñando nuestros pensamientos en busca de información privilegiada. Observándolo todo con esa mirada que me cuesta mantener cuando se cruza con la mía.

Procuro que sean pocas las veces en las que esto ocurre, no me ha gustado la sensación de debilidad que me ha producido. Prefiero la seguridad de saberme controladora de la situación.

Terminada la cena, nos reunimos en el salón. Todos nos sentamos alrededor de una mesa de cristal con adornos dorados que preside el centro de la estancia en unos cómodos sofás de cuero marrón con nuestras copas en la mano.

Aburrida de las conversaciones sin fondo e intrascendentes, decido tomarme un respiro e ir al cuarto de baño. Necesito despejarme un poco del ambiente, cada vez más cargado por el humo del tabaco.

El cuarto de baño es una preciosidad. Tiene una enorme bañera con hidromasaje idéntica a la de mis sueños más deseados. La luz brota de todas las esquinas y le da una luminosidad especial que se acentúa en los reflejos dorados de las paredes. El espejo es amplio. Puedes verte casi de cuerpo entero en él si te apartas lo suficiente. Me miro en el espejo y sonrío al verme atractiva con el vestido rojo que mi marido me ha aconsejado para esta noche. Tengo que reconocer que ha sido un acierto.

—Estás muy guapa. Te sienta estupendo ese vestido. —Me asusto. Pensé que estaba sola. Me giro y vuelvo a tener la sensación de inseguridad que antes tuve en la mesa. Ella está allí, apoyada en la puerta del baño, mirándome, con una sonrisa traviesa en su cara y con esos ojos grises clavados en los míos. Como solo tenía intención de ir al baño para alejarme del humo del tabaco, se me ha olvidado cerrar la puerta con pestillo. ¿Cómo puede saber que estaba pensando justo eso? Seguro que ha sido casualidad, no puede saber mis pensamientos. ¿O sí?

—Gracias —murmuro agachando la cabeza sin poder aguantar su mirada. ¿Qué me pasa? ¿Por qué me siento sumisa a su lado?

Se acerca a mí y se mira en el espejo. Incluso reflejada en el cristal su mirada destila poder. Siento cómo el calor se apodera de mis mejillas y un cosquilleo sube por mi espalda. Tengo la sensación de ser evaluada. Esos nervios, esa curiosidad por saber qué están pensando en esos segundos de silencio que se apoderan del ambiente que te rodea y te envuelven en un halo de incertidumbre que te hace erizar los pelos de la nuca.

—Me llamo Stela —dice de pronto, sin apartar la mirada de su reflejo como si hubiera pasado con nota mi examen y me hubiera ganado el favor de saber su nombre.

—Yo... Gema —respondo, intentando reflejar en mi voz el mismo tono enigmático que ha utilizado ella. Ni siquiera logro acercarme. Mi voz me suena a esclava complacida que da las gracias por semejante honor. ¿Dónde diablos está la intrépida periodista que se enfrenta sin desmayo a un vestuario completo de deportistas rudos y sudados? No la encuentro por ninguna parte, se ha debido quedar en casa.

—Es un placer conocerte. Lo mejor de la cena, por encima incluso de los favores que me va a hacer tu marido. —Dios, qué mal ha sonado eso y ella lo sabe, su sonrisa irónica delata que ha utilizado esas palabras no por descuido, sino con toda la intención. Quiere hacerme saltar, responderla, ¿verme celosa? No sé lo que quiere, pero pretenda lo que pretenda, no se lo voy a conceder. Me limito a esbozar una sonrisa y a terminar de asearme las manos en el lavabo. Unas manos que he empezado a lavarme para disimular mi presencia en el aseo.

Ella termina de hacer que se arregla en el espejo, en verdad desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que mesarse los cabellos con ambas manos, humedecerse los labios con la lengua acentuando un poco el brillo de su carmín e intentar descolocarme.

Lleva un vestido vaporoso azul oscuro con flores marrones y blancas, que le cubre hasta las rodillas, ceñido a su cintura por un ancho cinturón gris perla. Los botones sueltos en la parte del escote dejan intuir un sujetador negro y muestran una piel tostada y suave. Su pelo, de un negro intenso, roba la luz a todo lo que le rodea, como un agujero negro en el espacio, y aísla del mundo su rostro ovalado haciendo que destaque por su luminosidad. Una nariz redondeada, unos labios carnosos y de un suave tono rosa y esos ojos grises que me descolocan y no dejan de mirarme.

Cuando voy a ir hacia la puerta, intentando huir de aquella sensación que

me produce tenerla cerca, me sujeta del brazo, me gira hacia ella y me da un suave beso en la boca. Corto, suave, tan inesperado que me deja paralizada.

—Solo por conocerte ya ha merecido la pena esta cena —me dice antes de salir del baño y cerrar la puerta tras de sí, dejándome dentro sin capacidad de reacción. Es tal el *shock* que me produce que no recuerdo el tiempo que pasa hasta que llaman a la puerta.

—Cariño, ¿estás bien? Se hace tarde, es hora de irnos a casa. —Las palabras de mi marido me sacan del aturdimiento. Ir a casa, buena idea, sí, en casa se me pasará todo. Solo ha sido un sueño, Gema, un mal sueño, me digo a mí misma, aunque no entiendo cómo un sueño puede dejar aquel sabor, tan agradable, en mis labios.

Me acerco a la puerta y en ese momento caigo en la cuenta de que ella seguirá al otro lado y me entra miedo. ¿Le digo algo del beso? ¿Y qué le digo?, ¿que me ha gustado? ¿Me enfrento a ella por su descaro?

—¿Sales ya, cariño? Los demás ya se han ido. Solo quedamos nosotros. —Esas palabras apartan de mi cabeza las dudas y salgo del baño. Ella ya no está allí, hora de ir a casa y de hacer el amor con mi marido para olvidarme de todo y disfrutar después de una larga noche de aturdimiento y sorpresa.

Por el camino voy pensando en cómo seducirlo. Llevamos casi seis días sin abrazarnos y ser el uno del otro en la cama, ni en ningún lado, y quiero sorprenderlo. Creo que estrenaré el conjunto de ropa interior azul celeste que tengo comprado para ocasiones como esta. Seguro que la sorpresa le gusta.

Llegamos a casa y, cogiendo a escondidas el conjunto de tanguita y sujetador, me meto en el cuarto de baño. Me quito la ropa y me doy una ducha rápida para desprenderme del olor a tabaco y retornar a mi piel mi aroma natural. Después me pongo la ropa elegida para la ocasión y observo el resultado en el espejo. El nuestro no es tan amplio como el de la casa en la que acabamos de estar, pero se ve con claridad que la compra de aquella ropa fue una estupenda elección. Me peino un poco para desenlazar los nudos de mi pelo tras la cena y después los alboroto un poco con la yema de los dedos para darle un aire despeinado, como si no tuviera nada previsto. Me miro en el espejo y me sonrío al comprobar que no va a poder resistirse. Las transparencias y los encajes siempre le han vuelto loco. En cuanto me vea así, será mío. Solo de pensarlo siento en la boca del estómago las mariposas del deseo y suspiro juguetona mientras mordisqueo mis labios.

Salgo del baño, dispuesta a devorar a mi hombre, con la libido por las

nubes, con el deseo encendido, como una gata en celo desesperada por saciar sus instintos naturales.

Abro la puerta de la habitación y busco su cara de sorpresa sobre la cama. La única cara de sorpresa que me encuentro es la mía reflejada en el espejo del armario empotrado de la habitación. ¡Está dormido! Como el *David* de Miguel Ángel, atlético, desnudo y frío como el mármol. «No puede ser — pienso—, si no han pasado ni veinte minutos, si me he dado prisa, si solo ha sido un momento lo que he tardado, no puede ser que ya se haya quedado dormido, no le ha dado tiempo ni a quitarse la ropa, joder. ¡Es imposible!».

Pero me equivoco, sí que es posible. Dulce y plácidamente dormido. Pese a mi rabia interna, pese a mis ansias contenidas, pese a mi deseo de tenerle entre mis brazos, de notarlo dentro de mí, está tan guapo dormido que me da pena despertarlo. Ha tenido una semana dura, apenas ha dormido en casa. Tienes que ser comprensiva, Gema.

Ahogando mis deseos en una losa de comprensión, me meto en la cama, me abrazo a su espalda con la vana esperanza de que se gire y me diga «amor, te esperaba, no estoy dormido» y me haga el amor y, cerrando los ojos, mientras espero sin demasiada convicción el milagro, me quedo dormida.

Al despertar, mi brazo está sobre las sábanas. Su cuerpo ya no está rodeado por mi brazo y despierto, como todas las mañanas de aquella semana, sola. Agudizo el oído para descubrirlo en la cocina preparándome el desayuno, como la mañana anterior, pero por mucho que me esfuerzo no consigo escuchar ningún ruido delator. Total y absoluto silencio en la casa. Hasta puedo escuchar los leves latidos de mi corazón. Pienso que habrá salido al balcón a fumarse un cigarro mientras me espera para desayunar, pero de forma inmediata me asalta la idea de que no está en casa, de que ha salido, de que en la cocina me voy a encontrar una nota poniéndome cualquier pretexto para dejarme sola todo el domingo. Angustiada, me levanto de la cama, como una niña pequeña que, aun sabiendo que el monstruo está en el armario, mantiene la esperanza de solo encontrar ropa al abrir la puerta. Camino por el pasillo dirección a la cocina con pasos lentos y silenciosos, con mis pies queriendo avanzar, pero con mi mente retrocediendo a la seguridad y esperanza de mi cuarto. Allí, en mi cama, conservaba la esperanza de llevarme una alegría al llegar a la cocina, como cuando juegas a la lotería y, a la mañana siguiente, tardas en abrir el periódico y mirar el número premiado porque mientras no lo miras conservas la ilusión de ser agraciada en el sorteo

y disfrutas y fantaseas con el premio, pero la ilusión se desvanece al abrir el periódico. A mí me pasa lo mismo al entrar en la cocina. Allí no está Javier. Ni él, ni ningún rastro de su desayuno, ni el mío preparado como la mañana anterior. Nada. Abierto el periódico, acabadas las ilusiones.

En la puerta del frigorífico, una nota pegada con un imán. «Lo siento, cariño, tengo que marchar, no me esperes, una noticia importante en tu periódico. Te quiere, Javi».

¡Maldita sea! Me quieres, pero me dejas sola el domingo; me quieres, pero ni siquiera me has tocado en los dos días que has dormido a mi lado, me quieres, me quieres, yo también te quiero, pero te odio, maldita sea.

Arranco la hoja del frigorífico y la arrojo con furia a la papelera. La rabia humedece mis ojos, que tiemblan a punto de echarse a llorar, mi labio inferior también tiembla. Me siento como una adolescente cabreada porque su novio la ha dejado sola por irse a un partido con los amigos, pero yo consigo serenarme.

En la mesita del salón está el periódico. En primera página abre la noticia política de la semana. Crisis interna en el partido de la oposición. Nadie acepta el reto de enfrentarse a Javier Márquez. Mi corresponsal se ha dado prisa en hacer su trabajo. Seguro que la cúpula de nuestro partido se ha reunido para ver cómo sacar un mayor provecho a aquella debilidad en el enemigo. Mi marido estará contento, su victoria va a ser la más aplastante de la historia. A mí cada vez me hace menos ilusión. Le prefiero a mi lado. Paso la mañana sola, como sola, limpio la casa sola.

A media tarde me llama para decirme que no le espere a cenar y un «te quiero» que murmura justo antes de colgar sin esperar mi respuesta, dejándome con un «yo también a ti» en la comisura de los labios. Esta vez no puedo llegar a contener una de las lágrimas que resbala por mi mejilla hasta mi boca. Su sabor es salado.

A las seis suena otra vez el teléfono, espero que sea él diciéndome que todo ha sido más rápido de lo previsto y que viene a cenar. Me equivoco, otra vez. Es Mónica, mi mejor amiga.

—Si no tienes nada que hacer, podríamos salir a cenar esta noche, hace semanas que no hablamos. ¿Qué te parece?

¡Que qué me parece! Si casi me tiro a sus pies por sacarme de aquel infierno de cuatro paredes. Obviamente, le digo que sí y que paso a recogerla a las ocho.

Mónica había sido mi primer y mejor amiga cuando llegamos a la ciudad. Vivía puerta con puerta con nosotros en la primera casa que alquilamos. Me cayó bien desde el primer momento. Siempre con esa mirada dulce, con esa sonrisa perenne en los labios fucsias, con un «buenos días» dispuesto a ser dicho si había ocasión. Poco a poco fuimos intimando y, cuando Javier y yo cambiamos de casa, la amistad de Mónica se vino conmigo.

Pese a haber cumplido ya los cuarenta años, resulta muy atractiva. Su pelo teñido de rubio baja hasta la mitad de su espalda y siempre lo luce suelto y sedoso. El color de sus ojos, en cualquier otra persona menos agradable, serían de un vulgar marrón, pero en ella se transformaban en un dulce color miel. Sus medidas, pese a no ser perfectas ni de pasarela, están conjuntadas a la perfección, dando lugar a una serie de cadenciosas y sensuales curvas, y sus grandes pechos aumentan su atractivo. Mónica no es una mujer diez, pero los ojos de los hombres que se la quedan mirando cada vez que sale a la calle no andarán muy lejos de otorgarle un sobresaliente por la cara de embobados que se les queda.

En menos que un niño tarda en quitar el papel a los regalos de los Reyes Magos, estoy llamando a la puerta de mi amiga.

—Ahora mismo estoy contigo —dice con su voz armoniosa. Un minuto más tarde la veo aparecer por las escaleras. Viene con una falda larga negro tizón que se balancea como las espigas de trigo movidas por la brisa a cada movimiento de cadera de mi amiga. Una blusa blanca entallada sin mucho escote, pero con un par de botones abiertos por debajo para dejar ver su plano y perfecto ombligo, en el que luce un brillante *piercing*, y una cazadora vaquera completan su indumentaria para la ocasión. Cuando llega a mi lado me da dos besos y, después de quedárseme un rato mirando, exclama:

—¡Ay, yo que tenía la esperanza de que en este tiempo te hubieras puesto gorda y fea! Pero nada, chica, sigues tan guapa y estupenda como la última vez. Espero que lleves tu anillo de casada bien a la vista esta noche, no vaya a ser que me quites a algún soltero interesante. —Ella, como siempre tan directa, me hace reír. Pese a su belleza y a ser una mujer de clase alta, o quizás por eso, Mónica sigue soltera. «No ha nacido jarrón para tanta flor», suele decir.

Nos ponemos al día de nuestras vidas camino del restaurante. Entro en el local con las lágrimas en los ojos y agarrándome el pecho. Es algo que no

puedo evitar cada vez que estoy con Mónica, cuenta las cosas de tal manera y con una gracia que no puedo parar de reír.

El camarero nos busca un sitio cerca de uno de los ventanales del local. Han bastado un par de sonrisas por nuestra parte y una mirada furtiva a los pechos de Mónica para que se desviva en atendernos. Allí, además de la tranquilidad del restaurante, disfrutamos de unas buenas vistas de la ciudad.

Mónica pide una ensalada de marisco de primero y merluza a la plancha. Yo, más carnívora, pido una sopa de pollo y un solomillo con salsa roquefort. Mónica me mira con envidia. Mi metabolismo le saca amplia ventaja al suyo a la hora de conservar nuestras figuras.

—Si yo comiera así estaría como una vaca. —La sonrío.

Mientras nos sirven la comida, me cuenta cómo le va la vida. Que si el trabajo bien, como siempre, que si la familia bien, y cuando el camarero nos deja sobre la mesa los primeros platos, su tema favorito, sus conquistas. Mónica siempre ha sido una seductora, entre las amigas más íntimas era conocida como la Mantis. Hombre que le interesaba, hombre que devoraba, rara era la presa que se le escapaba una vez le hubiera puesto la Mantis los ojos encima. Después les extraía el jugo y, cuando ellos se ponían tiernos, románticos, dulces, empalagosos, entonces ella les decapitaba las esperanzas con un «solo somos amigos y ya te llamaré», cosa que no volvía a hacer.

—El último ha sido un chico doce años más joven que yo —me comenta—, veintiocho primaveras muy bien puestas, ya sabes que yo los prefiero más maduros, pero cuando algo merece la pena y se te presenta una buena ocasión no se le pueden poner pegas a la edad. —Le asiento con la cabeza dándole a entender mi conformidad. A mí también siempre me han atraído más los mayorcitos.

Me sigue contando que le conoció en una cena de trabajo. Él era almacenero en la empresa en la que Mónica trabaja como jefa de compras. No le había visto nunca, aunque el chico llevaba más de seis meses en la fábrica, cosa de la que se enteró después. El destino quiso que les tocara sentarse frente a frente en la larga mesa para más de cien invitados que había dispuesto la empresa. Para el segundo plato, la Mantis ya tenía seducido al pobre almacenero.

—Chica, en cuanto terminé el helado que nos dieron de postre en la cena me invitó a escaparnos de allí e irnos a su casa a lo que, obviamente, viendo lo bueno que estaba, acepté.



No me lo cuenta, pero puedo imaginarme a mi amiga comiéndose el helado, derritiendo con la mirada al chico mientras se paseaba la cuchara juguetona por la comisura de los labios y dejaba que su lengua lamiera despacio el helado esbozando una sensual sonrisa, jugueteando con sus uñas pintadas de rojo sobre el mantel. El pobre no tenía escapatoria.

—Uff, tenías que verlo en la cama. ¡Qué pasada! Te juro que aquella noche terminé agotada, y ya sabes, que a mí agotarme no es nada fácil, pero lo que este chico tiene en la boca no es una lengua. ¡Es un pulpo con ocho tentáculos! Parece que te lame por todos los sitios a la vez, está en todas partes. Una pasada, Gema, una pasada. Si pudiera le hacía un monumento a esa lengua. Solo de recordarla es que hasta me estremezco y todo. —Le río el comentario. Está claro que el chico era hábil.

Me da tantos detalles de las habilidades de la joven presa y de los orgasmos que le había hecho tener que consigo ruborizarme. Mónica siempre tan explícita y detallista, y yo seis días sin sentir la piel de mi hombre. Una no es de piedra.

Estoy saboreado la mitad de mi solomillo, con los pómulos sonrojados por el calor de la conversación de mi amiga y, de repente, se detiene en su relato. Con los ojos como platos se queda mirando por la ventana del restaurante. Me preocupo, es la primera vez que la veo callarse y su rictus es de auténtica sorpresa. Después comienza a balbucear entre tartamudeos mientras señala a la ventana.

—¿Ese no... no es tu... tu marido?

Miro por la ventana y, después de fijarme un rato, contesto que no, que Javier está en una reunión importante y que ese hombre que pasea por la calle con cierto nerviosismo y mirando de un lado a otro en dirección a un motel ni siquiera se parece a mi marido. Eso es lo que respondo, pero no lo que pienso. Aquel hombre sí se parece a Javier, se parece mucho, tanto que si no fuera porque mi marido tiene el anillo de casado en la mano derecha y que aquel hombre no lleva anillo alguno, yo diría que son idénticos. En ese momento se me cae el alma a los pies, pero me mantengo impassible delante de mi amiga. ¿Si aquel ni se parece a mi marido por qué me iba a importar que estuviera entrando en un motel barato a escondidas?

—Dirás lo que quieras, chica, pero a mí me parece clavado a Javier. — Esta vez me limito a llevarme el último trozo de solomillo a la boca y a esperar a que Mónica retome su tema principal.

A partir de ese momento yo no le presto ninguna atención. Javier mintiéndome con respecto a sus reuniones y entrando en un motelucho. ¿Me estará engañando con otra? ¿Por eso hace días que no me toca? ¿Por eso pasa tantas noches fuera de casa? ¿Desde cuándo me engaña? ¿Acaso no le he dado lo que ha querido? ¿Acaso no le he amado lo suficiente? ¿Por qué me hace esto? ¿Cuánto tiempo pretende ocultármelo?

Mónica sigue moviendo los labios, habla, pero no la escucho. Son tantas las preguntas que se me agolpan en el cerebro que me taponan los oídos y me dejan sin capacidad de escuchar. Y entonces sucede.

Todas las preguntas se van concentrando en mi cabeza. Las veo unirse, las palabras se fusionan, las letras se entremezclan. Poco a poco, lo que era una masa de preguntas sin respuesta se concentra en un punto negro latente en el centro de mi cerebro, un punto negro a punto de estallar. Y estalla. Mi ceño se frunce, mi estado de parásita sorpresa se transforma en uno de rabia. Las uñas se me crispan, los pelos de mi nuca se erizan, mis dientes se aprietan con fuerza.

—¿Estás bien? —me pregunta Mónica con voz miedosa al ver mi cara.

—Perfectamente —respondo, y para mis adentros pienso, «ojalá me equivoque, pero como esté en lo cierto descubrirás a la otra Gema, maldito cabrón».

Terminada la cena, me despido de mi amiga, que me conoce tan bien que no me pregunta si quiero ir a tomar algo. Se me nota que he dejado de estar presente hace tiempo.

Llego a casa con la esperanza de verlo en la cama y de llamarme tonta por equivocarlo con otro, pero tras la puerta de entrada solo está la negrura del silencio y la odiada soledad. Ni rastro de él. Maldito sea. Mi corazón me dice que tengo que estar equivocada, mi mente, más periodística, traza ya un plan para desenmascarar al culpable.

Tumbada en la cama, con los ojos abiertos como platos, sin poder conciliar el sueño, mi mente le imagina, de manera alternativa, sentado en la mesa de su despacho rodeado de consejeros y en brazos de otra mujer besándose de manera apasionada. Es tal el caos que reina en mi cabeza que al final le veo retozando sobre la mesa de su despacho con la rubia, no sé por qué la imagino con el pelo claro a la altura de los hombros, cabalgando sobre él. Mi corazón se seca, mis tripas se contraen en una mueca de dolor.

Despierta todavía, me sorprende el ruido de la puerta de casa al abrirse.

Son las cuatro de la mañana. Bonitas horas de llegar.

—¿Qué haces despierta, cariño?

—He tenido una mala noche —le contesto. El «por tu culpa» me lo callo. Se quita la ropa y se acuesta a mi lado. No huele a perfume barato de mujer roba maridos. Eso es buena señal. Tampoco huele a tabaco, y las reuniones de políticos siempre acaban llenas de humo. Aquí hay algo raro. ¿Se ha duchado? Algo no me cuadra. Tampoco me toca, me da un beso sin mucho sentimiento y se duerme.

Unas horas más tarde, no dejo sonar el despertador. Lo apago antes de que marque las ocho. Sigo despierta. Me levanto y lo dejo tumbado en la cama. Me pongo una ropa cómoda, unos vaqueros y una blusa. Hoy no voy a ir al despacho, así que puedo dejar el traje en el armario. Llamo a mi jefe y le aviso de mi ausencia. No es la primera vez que lo hago, él sabe que cuando encuentro una buena noticia me gusta perseguirla en primera persona. Y aquella podía ser la noticia del año. El futuro alcalde con su amante, su mujer escribe la noticia.

Me monto en mi coche y aparco frente a mi propia casa. Mi marido tardará en salir, pero no tengo ninguna prisa. Siempre he sido una mujer paciente. Dentro del coche vigilo la acera que pasa por delante de mi portal. La gente pasa de un lado a otro con prisas, sin verse unos a otros, ajena a mis pensamientos. Les miro sin mirarles, sería incapaz de distinguir alguno de sus rasgos unos segundos después de verlos pasar. Todo parece normal, pero yo le vi entrando en aquel motel por la noche. Ya nada será normal.

Cada vez que la puerta de mi portal se abre todos mis sentidos se aceleran y mis nervios me agarrotan, pero al ver que no es Javier quien sale de la casa, vuelvo a tranquilizarme y a reclinarme en mi asiento. Es curioso, es la vez que más nerviosa estoy de los cientos de veces que he estado escondida esperando poder tomar una foto o dar una noticia. Y estoy esperando a alguien que veo todos los días, que vive conmigo, que lo comparte todo en nuestra casa. Cada día menos, eso sí.

La puerta del portal se vuelve a abrir. Reconozco al instante esos pantalones vaqueros descoloridos y la cazadora de pana gris marengo. Son las once y media del mediodía. Atenta, con todos los sentidos alerta, me fijo en qué dirección toma. No va hacia su coche. Javier siempre suele ir al trabajo en transporte público, dice que aumenta su imagen de persona comprometida con el medio ambiente. Espera paciente en la parada. Yo sigo escondida dentro del

coche, a unos metros de allí, tras una esquina, para no ser descubierta. Si viera mi coche allí aparcado se extrañaría, yo siempre me lo llevo a trabajar. El autobús de línea no tarda en llegar. Coge el que le lleva cerca de su despacho. Parece que va a la sede del partido. Sería lo normal. Toma asiento al lado de una señora mayor que no se parece en nada a la rubia de media melena que imaginaba en mis tormentosas pesadillas. El autobús se pone en marcha, y yo tras él. No puedo ir al ritmo del autobús, son demasiadas paradas como para mantenerme por detrás sin que se note, así que decido arriesgarme y adelantarme hasta la calle donde está el despacho de mi marido. Si al llegar allí el autobús no se baja, habré perdido una buena oportunidad de descubrirlo *in fraganti*, pero habré confirmado mis sospechas.

El autobús tarda quince minutos en llegar desde que encuentro aparcamiento. Las puertas se abren y dos personas descienden del autobús. Ninguna de las dos es Javier. El autobús cierra las puertas y se pone en marcha. «Maldito cerdo, la próxima vez sabré dónde te bajas».

El autobús vuelve a detenerse fuera de la parada. Veo al chofer gesticulando enérgicamente, pero al final abre las puertas. Javier sale del autobús pidiendo disculpas. No sé si lo que siento es rabia, alegría o desilusión. «Tonto despistado mío, con las pocas horas que descansa, seguro que se ha dado una cabezada en el autobús».

Javier entra en su despacho. Si todo sigue normal, saldrá a la hora de comer. Lo mejor que puedo hacer es aprovechar que acaba de entrar para estirar un poco las piernas y comprar algo de comida para mi almuerzo. Eso sí, sin perder de vista la salida de su despacho.

La mañana es fría y el cielo está despejado. Llevamos un invierno de lo más seco y hace días que no llueve. La gente se cobija bajo sus gabardinas, abrigos o chaquetas. Entro en un bar cercano y, sin dejar de mirar por la cristalera, pido un café y un sándwich vegetal para llevar. Me atiende un señor mayor sin un pelo de tonto, ni de listo. Con los ojos ocultos tras unas enormes ojeras de color violeta y una mueca de asco dibujada en la cara. Por lo menos el café está bueno y el sándwich tiene buena pinta.

—Buenos días, Gema —me saludan de pronto y me sobresalto en la barra.

—¿Qué haces aquí, Roberto? —respondo al encontrarme cara a cara con el hermano de Javier.

—Eso mismo te iba a preguntar yo a ti. ¿No deberías estar trabajando en tu oficina?

—Hoy me he cogido el día libre.

—¿Para vigilar a mi hermano?

—Yo no estoy vigilando a nadie. Y menos a mi marido.

—Pues deberías. Harías bien en hacerme caso por una vez y no fiarte de él.

—Roberto, déjalo ya. Desde que nos conocemos has intentado meter mierda entre Javier y yo.

—Te equivocas. Lo mío con Javier empezó antes de que él te conociera a ti, pero desde que lo hizo, me preocupa que estés con alguien que no se merece a una mujer como tú.

—Claro. Y por eso intentaste besarme el día de nuestra boda.

—Eso fue un error. Culpa del alcohol y de lo que me revuelve las tripas ver a Javier tan feliz. Debería haberte intentado besar antes.

—Solo te hubiera servido para que te hubiera cruzado la cara antes.

—No estoy aquí para poner la otra mejilla. Solo para decirte que le digas a tu marido que si no cumple su parte yo no cumpliré la mía. Que más le vale tener contento a su hermano.

—¿Qué parte es la que tiene que cumplir Javier?

—Como te digo, es algo anterior a que te conociera a ti. No necesitas saber nada más. ¡Ah!, y dile también que de lo único que le tengo envidia es de que se casara contigo. ¡No te merece, Gema! —Y se va dejándome con la cabeza más enredada de lo que ya la tenía. ¿Qué les pasó a Javier y Roberto antes de conocerme? Lo único que sé es que a Roberto, desde el día que le conocí, siempre le he gustado. Su forma de mirarme me incomoda.

Pago los seis euros que me cobra el camarero por el café y el sándwich y salgo del bar sin intención de volver. A las dos, por fin, Javier sale del despacho. Llamo a casa para comprobar si me ha dejado algún mensaje en el contestador, como cada vez que se ausenta, pero esta vez la respuesta de mi buzón de voz es un «no tiene mensajes nuevos». Javi come en un restaurante cercano a su oficina. Come solo. Raro en él. Es la primera cosa rara que pasa desde que le vigilo. Mientras, yo mordisqueo el caro sándwich parapetada en el asiento delantero de mi coche. Espero cualquier situación anómala, extraña. Algo que me explique qué demonios hacía mi marido paseando solo por el lado opuesto de la ciudad al que debería estar y entrando en un motelucho de dos estrellas sin su anillo en la mano. Espero descubrirle con su amante...,

algo. Pero nada extraño pasa. Nadie se le acerca mientras come, nadie le susurra al oído, nada.

A las tres, vuelve al despacho y se queda en él. Cansada y aburrida de una espera inútil, a las cuatro vuelvo a casa. No hay notas en el frigorífico ni en el teléfono. ¿Será que esta noche duerme, al fin, en casa? Ojalá. Seguro que me equivoqué ayer y no era él quien entró en el motel. Seguro que no tiene ninguna amante y que me sigue queriendo como siempre. ¡Cómo he podido ser tan tonta de sospechar de mi amado si nunca me ha dado motivos de sospecha! Ni una mancha de carmín en la ropa, ni un olor a perfume que no fuera el suyo. Si no duerme en casa es porque el pobre tiene muchísimo trabajo estos días. Pero hoy ya duerme en casa. Seguro que aquel hombre que vi a través de la ventana del restaurante no era él..., pero se le parecía tanto.

A las nueve de la noche me llama por teléfono. Al oír su voz me pongo en tensión. ¿Para qué me llama? ¿Me irá a decir que le ha surgido una reunión de última hora?

—Cariño, en media hora llego a cenar. ¿Me esperas?

—¡Sí! Claro que te espero. ¿Cómo no te voy a esperar? —contesto con un énfasis y un entusiasmo salido del más profundo de mis alivios. Cena en casa. Los dos solos. Los dos juntos.

Mientras llega, preparo una cena ligera a base de ensalada y pescado. Algo llevadero que no se haga pesado de comer, liviano. Mi mente se olvida de las dudas y de los temores y viaja a mundos de ensueño con sus brazos rodeándome y sus húmedos labios sobre mi ardiente piel. Mis pensamientos se tornan lascivos, traviosos, provocadores. Terminada de hacer la cena, corro a nuestro cuarto a rescatar el conjunto azul del fondo del cajón al que lo arrojé después de la desilusión de la última vez que me lo puse. Esta vez, además, me pongo una bata japonesa de grandes flores azules y amarillas colocadas estratégicamente tapando las zonas más provocativas de mi cuerpo y dejando las demás casi a la vista con sus transparencias. Justo termino de acicalarme el pelo y de darme un fino toque de color rojo en los labios cuando oigo el ruido de las llaves de mi marido abriendo la puerta.

Salgo al salón. Esta vez mi indumentaria sí llama su atención. Me mira sorprendido y en su cara se va dibujando una sonrisa pícaro y un brillo en sus ojos delata que mi vestimenta le seduce. Se pone cómodo y me acompaña a la cocina a servir la mesa. Hablamos de cómo nos ha ido el día, aunque yo no le digo toda la verdad sobre el mío, y mientras pasea tras de mí, puedo notar su

mirada fija en el movimiento de mis caderas al andar y una llama de calor interna me recorre hasta hacerme mordisquear mis labios para no olvidarme de la cena y hacerlo mío sobre la encimera de la cocina.

Cenamos con una conversación parca en palabras, pero rebotante de miradas seductoras e insinuantes. Mis ojos le recorren de arriba abajo, desnudándolo. Desabrochándole con el poder de mi mente los botones de su camisa blanca de andar por casa que, del uso y de las veces que ha sido lavada, ha perdido consistencia y textura y transparenta su pecho, que me muerdo de ganas de besar. Su mirada, en cambio, intenta mantenerse fija en mis ojos, pero le traiciona en ocasiones perdiéndose en el escote de mi bata y deteniéndose en mi sujetador azul que, con toda mi intención, transparenta. Seguro que intenta con la fuerza de su mirada desabrochar los corchetes que lo mantienen aferrado a mis pechos. Sentirlo desearme, desearle como le deseo, me hace sentir los latidos de mi corazón por debajo de mi bajo vientre y me hace apretar mis muslos para contenerlos. Estoy empapada, deseosa, ardiente, excitada.

De postre he preparado una fuente de macedonia de frutas. Mi sonrisa se vuelve más traviesa. Él sabe que aquello es su definitiva perdición. Me deleito en cada gajo de naranja que muerdo humedeciendo mis labios con su jugo aumentando el brillo de mi boca. Me recreo en cada trocito de plátano que paseo por mi lengua, deshaciéndolo contra mi paladar. Juego con los trozos de manzana, rodeándolos con mis labios y succionándolos hasta introducirlos en la perversión de mi boca. Todo sin apartar la mirada de mi amado, que mastica nervioso los trozos de fruta mientras se retuerce en la silla luchando contra sus instintos. Todo sin dejar de notar los latidos cada vez más intensos de mi sexo. Disfruto del momento tan deseado de los últimos días de sentirlo mío. Le hago el amor con los ojos. Le provoco, le insinuó, le altero. No resiste más.

Se levanta de la mesa y, agarrándome de las axilas, me hace levantarme y estrellar su boca contra la mía con desbordada pasión. Tanta que me roba el último trozo de fruta de dentro de mi boca. Sus manos temblorosas buscan el lazo de mi bata y lo suelta no sin esfuerzo. Arranca, más que quita, la bata de mi piel con mi permisibilidad y se muerde la boca al ver mi ropa interior azul celeste de un tono mucho más oscuro en el valle de mis piernas. No tarda en despojarme de ella y la arroja al suelo al otro lado de la cocina. Con la fuerza de sus brazos me sube en la mesa y con un deseo desbocado me hace el amor.

Un amor salvaje y placentero, descontrolado, intenso. Con cada una de sus embestidas todo mi cuerpo vibra por dentro. Son tantas las ganas contenidas que tengo de él después de una semana sin sentirlo mío que no son ni uno, ni dos, sino tres los intensos orgasmos que me hace alcanzar antes de sentir cómo su sexo se convulsiona.

—¡Dios, cómo te he echado de menos, amor mío! —grito antes de caer agotada, rendida, con el olor a placer tatuado en la piel. Ojalá sea perenne y no una mera calcomanía infantil que se diluye con el agua. Le beso suavemente en la espalda y lo rodeo con mis brazos antes de me lleve a la cama y de caer en un plácido sueño después de una noche anterior de pesadilla.

Me siento feliz al sentir el olor de su cuerpo y su deseo aún en mi piel al despertar. Es más tenue que al anochecer, más leve, más difuso, pero inequívoco y placentero. Lo disfruto en pequeñas bocanadas de aire exhaladas por mi nariz como perfumista que se deleita con su última creación. Javier duerme a mi lado. Le beso con dulzura sin despertarlo. Soy feliz. Los fantasmas atormentadores del día anterior se han difuminado, empujados por la brisa fresca de su amor, como nubes de verano dejan ver el cielo azul con la brisa marina. Antes de irme a trabajar, le despierto con el roce de mis labios entre sus piernas.

Paso la mañana con la sonrisa perenne en los labios, que ni las malas noticias económicas y sociales que tengo que publicar consiguen borrar. Ni un solo pensamiento que me recuerde nada que no sea la velada anterior con mi marido y me recreo recordando cada uno de los orgasmos que me hizo alcanzar, con su habilidad para hacerme estremecer, y el sabor dulce con el que ha inundado mi boca por la mañana.

Ansiosa por el deseo provocado en mi mente por el recuerdo, le llamo a las dos de la tarde a su despacho. Quiero saber si va a ir a comer a casa y así escaparme de la oficina para ir a comer con él y, a ser posible, robarle tiempo al tiempo para comérmelo a él y que él me devore. Ayer a la noche no lo hizo y me muero de ganas por que él también se recree con mi sabor en sus labios.

—No, cariño, hoy no puedo. Tampoco iré a cenar, me han surgido complicaciones. Te quiero.

Los fantasmas retornan de golpe asesinando a mi libido con un golpe traicionero. Como una tormenta de verano, casi sin avisar y pillándome desprotegida y sin paraguas. En el momento en que mi cuerpo y mi mente eran más vulnerables por estar nublados por el deseo.



Cuelgo el teléfono después de contestar con un lejano, por lo menos a mí me suena así en mi cabeza, «te quiero», y voy al despacho de mi jefe como una autómata a decirle que vuelvo a ausentarme. Por segunda vez, no me pone ninguna pega. Una sonrisa y un «confío en tu instinto» son suficientes para salir con paso decidido al *parking* y coger mi coche. No es el Audi negro de mi marido, pero mi Volkswagen Passat también es precioso, aunque su color sea gris metalizado y sus asientos de vulgar poliéster acolchado.

Veinte minutos más tarde ya estoy estacionada en el mismo lugar que el día anterior. Esta vez cojo mi almuerzo en otro bar dado que, si estas vigilancias se alargan en el tiempo, no tengo presupuesto para pagar seis euros por un café y un sándwich. Además, temo volver a encontrarme con Roberto.

Javier sigue en su despacho. Por lo menos su Audi está aparcado frente a la entrada. Curioso, hoy no ha venido en autobús. ¿Tendrá que ir a algún sitio a causa de esas complicaciones surgidas? A la hora de comer presto especial atención. Veo salir a una de las secretarias del despacho con su escueto atuendo y a uno de los miembros del partido detrás con la mirada perdida en donde finaliza la tela de la minifalda. Javi no sale. Esta vez no come en el bar. Me armo de paciencia, a algún sitio tendrá que ir para no venir a cenar a casa. ¿O es verdad que las complicaciones le han surgido en el despacho y ha llevado el coche por si al salir ya no hay autobuses para volver a casa? Puede ser, pero mi instinto me dice que no. Y, como buena periodista, siempre le hago caso. Cuarenta minutos más tarde, la secretaria vuelve al despacho, otra vez seguida de cerca por el hipnotizado.

Hasta las ocho de la tarde, cuando ya tengo el culo plano de estar sentada y con las articulaciones entumecidas, la puerta del despacho no se vuelve a abrir. Mi instinto pega un brinco dentro de mi pecho. Javier se monta en su coche y se pone en marcha. Intento que entre su coche y el mío haya, al menos, dos vehículos. Es difícil seguir a tu propio marido sin ser descubierta. Por fortuna, ya ha anochecido y la luz artificial de las farolas y de los focos de los coches hacen más difícil que me reconozca. Conduce con tranquilidad mientras que yo, en mi coche, siento cómo los nervios empiezan a comerme por dentro. ¿Adónde va? ¿Irá a una reunión? ¿A una cena de negocios? ¿A ponerme los cuernos?

Sigue conduciendo casi hasta las afueras de la ciudad. Allí, la persecución se complica, ya que es difícil colocar dos coches entre nosotros con tan poco tráfico y me tengo que conformar con la distancia como único refugio a mi

mirada espía, pero así es más fácil perderle de vista, así que tengo que estar muy alerta.

Cuando llega a la zona de la ciudad en la que los edificios altos dejan paso a las casas con jardín, detiene el coche frente a una de ellas. Hago lo mismo a escasos doscientos metros. Javi rebusca entre unas piedras de la entrada, saca una llave y entra en el jardín. Es una preciosa casa blanca con dos plantas, con un jardín que la rodea con un árbol de hojas frondosas, pese a que estamos en invierno, en cada una de las esquinas. Con la llave abre un enorme portalón de color negro y le veo perderse dentro de la casa. ¿De quién es esa casa? ¿Por qué mi marido sabe dónde está la llave y entra sin llamar? ¿Será la casa de su amante?

Mientras le doy vueltas a estas preguntas, Javi sale de la casa con una bolsa negra en la mano derecha. No abulta mucho, pero está claro qué es lo que ha ido a buscar allí. Vuelve a montarse en el coche y se pone en marcha. Arranco tras él intentando no perderlo de vista, pero manteniendo la distancia para no ser descubierta.

Solo nuestros vehículos circulan por esa carretera. Nunca me había imaginado encontrarme en una situación parecida. A solas con mi marido, pero cada uno en su coche e intentando pasar desapercibida. Buscando averiguar algo que en mi fuero interno ya sé, pero que mis ojos necesitan comprobar para que en el juicio en mi cabeza puedan desmontar con pruebas la defensa de mi corazón. Una parte de mí se niega a aceptar lo que es, a cada instante, más evidente y, como Tomás cuando Jesús resucitó, necesita verlo para poder creer.

Mis sentimientos viajan, en una lucha interna, del amor a la rabia intensa dependiendo de si la razón o el corazón va ganando la batalla. Es curioso que ambas palabras terminen de escribirse igual cuando son tan diferentes en significado. Tras verlo salir de la casa con una bolsa en la mano y conducir por aquella carretera desierta, la razón se está imponiendo.

De pronto, al salir de una curva cerrada, no le veo. ¿Dónde diablos se ha metido? Detengo el vehículo en el arcén. Allí solo hay una recta enorme que sale de la ciudad y se pierde en el horizonte. Si hubiera seguido por la carretera tendría que ver las luces traseras de su coche, pero allí no se ve nada. Se ha esfumado. En donde me encuentro no hay otra cosa que maleza y un antiguo túnel de piedra debajo de las vías del tren que lleva por un camino de tierra y piedras a las laderas de un monte cercano, un camino de cabras.

Nada más. ¿Se lo ha tragado la tierra? ¿Me ha descubierto y me ha dado esquinazo? ¿Pero por dónde? Por mucho que miro, no veo ni rastro de él. Solo la oscuridad de la noche cerrada rota por los haces de luz de mi coche, que se pierden en la distancia dibujando figuras fantasmagóricas con la maleza de los arcones de la carretera.

Todavía aturdida, pongo de nuevo el coche en marcha y circulo un par de kilómetros por aquella interminable recta en busca de alguna casa o algún camino donde pudiera haber metido el coche antes de llegar yo. Pero nada, dos kilómetros de maleza, negrura y silencio, con la única compañía de mis confusos pensamientos.

Me decido a dar la vuelta. Lo he perdido, ocasión mal aprovechada, otra vez será. Retorno por la misma carretera recta y solitaria hasta llegar de nuevo a la curva al lado del túnel. Medio kilómetro después estoy llegando a la altura de la casa. Mis cavilaciones se cortan en seco. Mi rostro dibuja una mueca de asombro que veo con nitidez reflejada en el espejo retrovisor. ¿Por dónde ha vuelto? ¿Cómo es posible? Frente a la misma casa de antes está aparcado el Audi de Javier. El portalón negro está abierto y, esta vez, el coche lo ha metido hasta el jardín por un camino de piedras que lleva hasta la puerta principal de la casa. Busco un lugar donde estacionar mi coche y, cogiendo una chaqueta de emergencia que siempre procuro llevar en el asiento trasero para ocasiones como esta, salgo a la calle.

Aprovechando que el portalón está abierto, entro dentro del jardín de la casa. Andando sigilosamente para no hacer mucho ruido en las piedras. Por suerte, y pese a haber ido con uno de mis trajes a trabajar esa mañana, no llevo zapatos de tacón muy altos, si no las piedrecillas sueltas hubieran sido un auténtico peligro para mi integridad.

La casa parece muerta. No hay ni una sola luz encendida en lo que puedo llegar a ver. Pero su coche está allí y la puerta abierta, así que tiene que estar dentro. Lo que tengo que descubrir es si solo o acompañado. Dejando el camino de piedras y apartándome de la visión de las ventanas para no ser descubierta y acusada de allanamiento de morada, me adentro en el césped del jardín y rodeo la casa inspeccionándola con meticulosidad. En la oscuridad de la noche, sus paredes blancas se asemejan más al color de la luna. Las ventanas del lado derecho de la casa, de un color pino barnizado, están también a oscuras. En la parte trasera del jardín, más amplia si cabe que la delantera, hay una mesa y unos bancos de piedra rodeados por unos rosales sin

flor. Una pequeña fuente sin agua, imagen de alguna diosa griega con un cántaro en el hombro, me mira con sus ojos rocosos desde el extremo del jardín. Allí tampoco hay nadie. Las luces de la ciudad son pequeñas luciérnagas estáticas en la distancia. La puerta de atrás de la casa está cerrada. No sé muy bien por qué lo compruebo, si en el caso de habérmela encontrado abierta no me hubiera atrevido a entrar, pero de todos modos el pomo no cede.

Giro por el otro lado de la casa con paso quedo asomando antes la cabeza para cerciorarme de que no hay nadie. Parezco una especie de investigadora secreta bastante torpe, una especie de inspector Gadget en mujer.

En ese momento, la luz en la segunda planta se enciende en ese lado de la casa. Sorprendida, me pego todo lo que puedo a la pared y así, quieta como una estatua y con la respiración contenida oprimiendo mi garganta, me quedo hasta que los latidos de mi corazón se tranquilizan un poco y puedo analizar la situación. El haz de luz que sale de la ventana proyecta un cuadrado luminoso de tonalidad amarilla cortado en dos partes iguales por el marco de una ventana cerrada en la fachada blanca de la casa de al lado. Mi corazón se calma un poco con mi primer racionamiento. Si la ventana está cerrada, nadie se ha podido asomar, y si nadie se asoma, es imposible que me vean casi serigrafada en la pared como estoy.

Más tranquila, pero aún incrustada contra la fría pared de piedra encalada, sigo mirando atenta aquel foco de luz proyectado, como si mirara una pantalla de cine al aire libre, solo que sin palomitas y con la respiración agitada. Una silueta masculina aparece recortada en una de las partes de la ventana, como una sombra chinesca de Javier. Estática. Como esperando que algo suceda.

Mi corazón se vuelve a acelerar, algo está a punto de ocurrir. Tengo la misma sensación que recorre el cuerpo cuando, viendo una película de terror, la música se hace protagonista mientras la actriz principal pasea asustada por un callejón oscuro y tú esperas el momento en el que el asesino aparezca de pronto. Algo va a pasar, me lo dice mi instinto, me lo dice la actitud de aquella silueta dibujada, se acerca el desenlace de la película, el momento final.

Mi pecho acelerado estalla en mil pedazos cuando en el otro lado de la ventana se recorta la silueta de una mujer de pelo largo, algo más baja que la silueta masculina, que se acerca lenta y cadenciosamente a él. Le pone los brazos por encima del cuello y él la rodea por la cintura y las dos sombras se funden en una sola.

Una lágrima de dolor y rabia resbala desde mi alma hasta la comisura de

mis labios. Estoy viendo el final de la película de mi historia de amor destrozada. Un final que, no por ya sabido (es como cuando ves *Titanic* y no puedes evitar llorar al ver ahogarse a Leonardo DiCaprio pese a que desde que entraste a ver la película ya sabías que el barco se iba a hundir) es menos doloroso. Las sombras se deshacen en el reflejo, en la realidad lo más probable es que se hayan dejado caer sobre las sábanas blancas de alguna cama, y yo pateo de rabia el verde césped del jardín. «¡Cabrón!».

Después, un último aliento de estúpida y pueril esperanza se aferra a mi corazón. «¿Y si la sombra no era él?». Yo misma me contesto lo imbécil que soy. Su coche está frente a la puerta, yo misma le había visto entrar antes en aquella casa, pero la tenue luz de esa esperanza sigue aferrada a mis entrañas y me empuja a quedarme tras la esquina de la casa de enfrente a la espera de verlos salir.

Miro a la puerta con los ojos llenos de lágrimas, que hacen de mi visión un cuadro de acuarela con las pinturas demasiado aguadas. Los minutos se hacen eternos, cada segundo es una aguja fría de metal que se clava en mi piel.

Con más de cuatro mil agujas atravesándome, la puerta de la casa se abre. En mi reloj pasan las doce de la noche. Está oscuro y apenas distingo la figura de las dos personas que salen de la casa. Espero impaciente que salgan hasta donde está el coche y donde la luz de las farolas de la calle les dará rostro. Eso no tarda en suceder y, por fin, la luz les ilumina. Con ella, la ilusa y minúscula esperanza se desvanece. Me fijo en ella. A él creía conocerlo bien, por lo menos físicamente no tengo ninguna duda de quién es, como tampoco la tuve en el restaurante, pero tendemos a aferrarnos como tontos a la esperanza, cuando en realidad solo es una roca aferrada a nuestro tobillo que nos hunde con más fuerza.

Ella es castaña clara con mechas rubias. Tiene el pelo largo por debajo de los hombros, como había visto ya en la sombra reflejada, y rizado. Medirá cerca del metro sesenta y cinco cuando se baje de los tacones de sus botas de cuero negras. Lleva un pantalón vaquero, que termina justo donde lo hace su culo, que le permite lucir unas bonitas piernas cubiertas por unas medias de rejilla, y una camiseta negra de tirantes en la que se perfilan sus abundantes pechos. No lleva sujetador.

Pese a la baja temperatura de la noche, lleva un abrigo blanco en el brazo sobre el bolso y no parece tener frío. Debe salir acalorada de la casa. Su cara es ovalada, con rasgos juveniles, no debe pasar de los veintitrés años. ¡Podría

ser su hija! Es atractiva, sumamente atractiva, pese a que no puedo ver con nitidez su cara.

Se montan en el coche. Ella en el asiento de cuero en el que suelo sentarme yo, él en el asiento del conductor donde días antes hicimos el amor en nuestro mirador particular de la ciudad. «¡Cerdo!».

Salgo corriendo de detrás de la casa cuando se montan en el coche y me dispongo a seguirles. La noche es cerrada y la calle no está bien iluminada, así que esta vez me arriesgo a pegarme más a él para que no vuelva a escabullírseme como antes. No corro peligro, con la poca luz que hay y la luminosidad de mis focos deslumbrando en su espejo retrovisor es imposible que llegue a distinguir ni siquiera el color del coche, además no espera estar siendo seguido, así que no prestará excesiva atención. Con seguridad, tiene otras cosas entre manos. Mientras conduzco estoy tentada a estrellar mi coche contra el suyo. De sacarlo a golpes del vehículo, insultarle, pero no lo hago. Me limito a enjuagarme las lágrimas con el dorso de mi mano y a maldecir mientras intento no dejarme llevar por la rabia.

Volvemos a llegar a la recta donde le perdí la primera vez y, para mi asombro, marca con el intermitente a la altura del túnel que pasa bajo las vías. Allí se mete en el camino de tierra y se pierde bajo las vías del tren. ¿Qué demonios hay ahí? Yo finjo seguir por la carretera y, cuando el coche de mi marido entra en el túnel, doy media vuelta y regreso. Meterme en aquel túnel tras él sería un suicidio como investigadora.

Ya volveré otro día a descubrir qué se trae entre manos, ahora me tengo que asegurar de llegar a casa antes que él y fingir que estoy dormida mientras le doy vueltas a mi cabeza. Mi marido me engaña. Ya puedo ir haciéndome a la idea.

Las lágrimas me acompañan en el inicio del viaje de regreso a mi casa. La sensación de amarga tristeza, de traición, las hacen inundar mis ojos y caer por mis mejillas. Intento serenar mi respiración entrecortada por los sollozos, intento calmarme y meditar mi situación como si no fuera la persona afectada. Como si fuera una noticia de mi periódico. En mi cabeza, poco a poco, deja de haber sentimientos compasivos o de tristeza. Si de algo estoy segura es de que la culpa no es mía. Yo le he dado todo mi amor, todo mi tiempo, todo mi cuerpo. Le he entregado mis pensamientos, mis deseos, mis sueños, mi vida. Cambié mi manera de enfrentarme a la vida por él, dejé atrás mis convicciones por el amor que sentía por él y me lo paga traicionándome con

una mujer más joven. Yo no soy la culpable de que vaya a refugiarse en los brazos de otra, así que no tengo que lamentarme de nada. Aquí el único que va a tener algo que lamentar, el único cerdo, es él. No sé cómo ni cuándo, pero algo se me ocurrirá.

Cuando me meto en la cama siento más rabia que dolor. No tardará en llegar a casa, así que tengo que serenarme lo suficiente como para que no se dé cuenta de que lo sé. Fingiré seguir siendo la mujer enamorada y paciente que hasta ahora he sido, por lo menos hasta que llegue mi momento.

Consigo serenar mis ánimos y me empiezo a impacientar por su tardanza. ¿Por qué no llega ya? ¿La cita no había terminado? ¿Tenía que haberlo seguido? ¿Qué hay al otro lado de aquel túnel? ¿Le habrá pasado algo de vuelta a casa? ¡Dios no lo quiera! La venganza, por favor, que me la deje a mí, es cosa mía.

La impaciencia, poco a poco, se convierte en intranquilidad. Son las dos de la mañana y Javier no ha vuelto todavía. Supuse, ahora me doy cuenta de que de forma equivocada, que después de llevar a aquella joven a aquel túnel volvería a casa. ¿Qué demonios estará haciendo? Mis cavilaciones son interrumpidas por el tintineo de las llaves en la puerta. Lo espero en la cama con los ojos cerrados. Entra en la habitación sin hacer ruido, imaginándome dormida a esas horas e intentando no despertarme, se desnuda y se acuesta. Apoya su espalda contra la mía, lo que me hace sentir un desagradable escalofrío de rechazo, puedo notar cómo su respiración se va relajando mientras me debato internamente entre seguir fingiéndome dormida o hacerle ver que no lo estoy. Sin llegar a decidirme, se duerme. Su olor sigue siendo su olor. Creo saber qué ha estado haciendo para llegar tan tarde.

**A** las ocho de la mañana, tras otra noche de duermevela, me levanto con la intención de ir a contestar la pregunta que me lleva martilleando toda la noche la cabeza. ¿Qué hay al otro lado del túnel? Lo dejo en la cama dormido, es curioso, ya no me parece un bello Adonis en brazos de Morfeo, sino la mismísima reencarnación de Lucifer. Atractivo como el pecado, amargo como la traición.

Al salir a la calle, y antes de ir a buscar mi coche, voy al garaje donde debe estar aparcado el Audi. Un simple vistazo me vale para comprobar lo que ya pensaba. Está claro en qué había empleado el tiempo Javier desde que dejó a su amante hasta que llegó a casa. En borrar las huellas. El coche está brillante, hasta los neumáticos brillan. Ni un solo rastro de la tierra y el polvo del camino de cabras por el que se había metido al salir de aquella misteriosa casa. Seguramente volvería allí y, después de limpiar el coche con minuciosidad, se había encargado de eliminar cualquier huella que hubiera quedado en su piel con una buena ducha. Por la precisión con que ha hecho el trabajo, está claro que no es la primera vez que lo hace.

Monto en mi coche con mi cabeza dando vueltas. Como si fuera una parte de mí encerrada durante mi matrimonio y liberada con el indulto de su infidelidad, mi lado más feminista y calculador va tomando otra vez el control de mis ideas que jamás debió perder, encerrando en la misma celda de castigo que había estado recluida ella a la Gema enamorada, dulce, cariñosa y comprensiva que durante aquellos últimos años había gobernado los designios de mi pensamiento.

Ideas de traición, venganza, escarmiento y dolor se suceden en mi cabeza mientras conduzco como una autómatas por las calles hacia las afueras de la ciudad. Cuando las casas se empiezan a separar y me acerco al barrio de los lujosos chalés me entra la risa. Ese lado frío y calculador de periodista



aventajada no ha perdido su capacidad de maquinarse, pese a los años encerrada. Las pinceladas de su idea son brutalmente buenas. Faltan muchísimos detalles y trazar un elaborado plan. Lo único que no sé es si seré capaz de llevarlo a cabo.

Abandono por un momento mis venganzas al llegar a la altura de la casa. Vista a la luz del día es más bonita, si cabe. El jardín es más verde, el rocío de la mañana le da un tono mucho más intenso. Las hojas de los árboles se mecen al ritmo de la brisa fría del invierno. La casa duerme, sus ojos, en forma de ventanas delanteras, tienen los párpados cerrados. Al cruzar en dirección a las vías del tren, echo un pequeño vistazo por el retrovisor, allí está la ventana que me desveló la traición.

A la llegada al túnel, un cosquilleo en la boca del estómago. Estoy a punto de descubrir algo, mi cuerpo lo sabe y me avisa con aquellas mariposas mordientes en mis entrañas. No me atrevo a entrar con el coche. Lo aparco en el arcén del otro lado, unos metros más atrás de donde aparqué la vez que perdí de vista el coche de Javier. El hormigueo se hace más intenso, él sabe, aunque aún yo no sepa, qué hay al otro lado. ¿Un camino que lleve hasta la casa de la amante? ¿Una casa escondida entre los árboles? O, peor, ¿el lugar donde Javier se había deshecho del cadáver de la joven sin ser visto después de matarla dentro de la galería para que no contara a nadie que se acostaba con ella? ¡Dios, qué estoy pensando! ¿Javier un asesino? Eso no podía ser, me estaba volviendo más loca de lo que yo creía. ¿O no? Tampoco me hubiera podido imaginar jamás a aquel concejal de cautivadora sonrisa follando con nadie que no fuera su amada esposa. Habría puesto mi mano en el fuego por defenderlo, y ha quedado claro que no lo conozco tan bien como pensaba y que me hubiera chamuscado la mano hasta los huesos. ¿Qué otras sorpresas me podía esperar de él? Quien había sido la persona más importante en mi vida se había convertido, en una sola noche, en un completo desconocido.

La entrada al pasadizo está a oscuras. La oscuridad de su interior solo es rota por la luz al otro lado. Huele a humedad y a tabaco. Extraño olor para un corredor. Con cierta cautela, y esperando a que mi visión se acostumbre a la oscuridad del pasaje, doy pasos temblorosos hacia mi destino incierto. Tengo miedo. Un estúpido miedo a descubrir más verdad que la que quiero o necesito saber, como si al otro lado de aquella bóveda oscura estuvieran escondidas, en un cofre, todas las respuestas. La luz se va ensanchando al fondo del pasillo, cada vez su claridad, su tranquilizadora y apacible claridad,

ilumina con mayor nitidez mis pasos. El miedo se va calmando, los latidos de mi corazón dejan de golpearme las costillas. Unos cuantos pasos más y estaré al otro lado. «Respira, Gema, tranquila, ya casi está».

—¡Joder! —El silencio del túnel se vuelve, de pronto, sin aviso, crispando mi delicado estado y colocando mi pobre corazón al borde de mi garganta, en un alocado y escandaloso estruendo. Las paredes empiezan a temblar, sobre mi cabeza el ruido es ensordecedor, quiero echar a correr, pero mis piernas no me responden. El pánico me tiene paralizada. Unos angustiosos segundos después, el ruido cesa y con el silencio vuelven la movilidad y la cordura. ¡Seré estúpida!, solo es un tren, inoportuno y que casi me provoca un infarto, pero un simple y vulgar tren de mercancías que circula por las vías que pasan por encima del túnel.

Acelero el paso, a fin de evitar más sorpresas desagradables, hasta llegar a la luz. La claridad me ciega y torno mis ojos y los cubro con la palma de mi mano hasta que se vuelven a acostumbrar. Entonces son la desolación y la perplejidad las que toman posesión en mi cabeza. Allí no hay nada, ni cofre con respuestas, ni cadáver abandonado, ni camino a casa alguna. Solo árboles, hierba, piedras y tierra. ¿Y por qué Javier metió el coche allí? ¿Y por qué había ese olor a tabaco en la galería? ¿Acaso mi marido y su amante entraron en aquel pasadizo a fumarse el cigarrillo de después? Suena estúpido, lo sé, pero no tengo más explicaciones.

Cuando, tumbada en la cama, pensaba en acudir a aquel lugar, imaginaba encontrarme el camino hacia alguna casa en el bosque de la amante de mi marido y, con sigilo y tenacidad, vigilarla hasta saber todo lo que de ella pudiera. Mi intención era revisar aquel otro extremo del corredor con detenimiento en busca de cualquier indicio, pero todas mis intenciones y elucubraciones se habían ido al traste al comprobar que allí no había nada.

«Has venido a inspeccionar, bonita, pues inspecciona», me digo a mí misma antes de ponerme a buscar entre los árboles o en la entrada, que antes era la salida, del paso. Al principio, nada me llama la atención. Después veo una, dos, tres, diez, veinte, cien colillas de cigarrillos que brotan, nacen, surgen de entre las piedras como setas y todas ellas, o al menos una inmensa mayoría, con manchas de carmín en su boquilla de tonos fucsia, rojo bermellón, rojo fuego, naranja pastel, hasta negro.

Entonces recuerdo una noticia que publicamos meses atrás en el periódico y que había sido tema de conversación en casa porque Javier era el principal

defensor de la ley. «El alcalde quiere acabar con la prostitución callejera», rezaba el titular, y básicamente en eso consistía la ley. No era acabar con la prostitución, lo que hubiera supuesto una merma considerable de votos para el partido, teniendo en cuenta lo solicitado que estaba el servicio, sino limitarse a quitarlo de la vista de inocentes transeúntes que pasearan por la ciudad. Putas sí, pero cada una en su local y ninguna por las calles. La ley salió adelante, pero no hubo locales en los que reagrupar a todas las trabajadoras del sexo, así que muchas de ellas, ante el riesgo de ser multadas, decidieron emigrar a las afueras de la ciudad y allí ofrecer sus servicios.

Así que eso es este túnel, el lugar de reunión de un grupo de fulanas. Así que Javier no tiene una amante. ¡Se va de putas! La joven con quien le he visto la noche anterior no es su amante. Es, simplemente, una de tantas vendedoras de carne que podían estar pasando por sus brazos, teniendo en cuenta sus continuas ausencias. Ahora ya no me sirve de nada intentar descubrir quién es esa mujer de pelo rizado. No puedo enfrentarme a ella y pedirle explicaciones, no puedo cruzarle la cara, llegado el caso. Tengo que seguir espiando las idas y venidas de mi marido, averiguar sus costumbres, quizá incluso sus gustos. Por lo menos la mañana ha servido de algo, no solo soy una cornuda, sino que, además, Javier es un putero.

Regreso a casa dándole vueltas a la cabeza. A este paso, mis neuronas van a terminar como un ovillo de lana. Javier ya ha salido, pero no ha dejado ninguna nota ni ha llamado, hoy, al parecer, dormirá en casa. Se le habrá terminado el presupuesto. Me cambio de ropa y me pongo uno de mis trajes para presentarme en el despacho. Casi no me da tiempo ni a sentarme en mi silla cuando el director del periódico llama a la puerta.

—¿Cómo van tus investigaciones, querida?

—Muy bien —contesto—, mejor de lo que yo misma esperaba.

—¿Cuándo tendremos la noticia en nuestra primera página?

—Deme un poco de tiempo. Le aseguro que la noticia le va a impactar. Tendremos que duplicar o triplicar la tirada ese día, se lo puedo asegurar. —Y estoy convencida de ello.

—Confío en ti, Gema, ya lo sabes. —Y sin decir nada más sale de la oficina y vuelve a su despacho. En realidad, en lo que confía es en que mi noticia le haga triplicar la tirada de su periódico. Se le han puesto ojos de cordero degollado al oírme esas palabras.

A las cinco de la tarde llamo a mi casa para ver si tengo mensajes en el

contestador. En el buzón de voz hay un mensaje de Javier.

—Cariño, hoy tampoco puedo ir a casa, esta gente del partido no me deja tranquilo. Tenemos que preparar el mitin de la semana que viene. Ya lo siento.  
—Y sin decir más, cuelga.

Está visto que todavía le sobra algo de dinero para pagarse caprichos. ¿Pero de dónde lo saca? De nuestra cuenta no, eso seguro, me hubiera enterado muchísimo antes.

Esta vez me llevo la cámara de fotos, ya no es solo un tema personal, ya lo voy a convertir en noticia y no hay exclusiva sin pruebas. «Creo que por muy bien que preparen tus apariciones en público no vas a tener nada que hacer cuando las fotos salgan a la luz. No ganarás ni aunque el partido de la oposición no presente a nadie».

A las siete ya estoy pertrechada en la puerta de su despacho. Tengo que estar atenta, porque no sé qué nuevas sorpresas me deparará el día de hoy. ¿Volverá a ir al mismo túnel? ¿Pagará los servicios de la castaña con mechass que podría ser su hija, o esta vez elegirá a una morena más adecuada a su edad? ¿Volverá a la misma casa? ¿Y de quién es la casa? Parece evidente que de la puta no, a no ser que le vaya muy bien en su trabajo, no creo que su sueldo le alcance para cubrir los gastos de aquel chalé. ¿Sería de Javier? Pero de Javier es imposible, me hubiera enterado mucho antes. Muchas cosas todavía por esclarecer.

El marido infiel sale a las ocho, más o menos como el día anterior. Se monta en el coche y vuelve a tomar dirección a las afueras. Parece que es un cerdo de costumbres. Esta vez no me tomo tanto celo en perseguirlo, por la carretera que ha tomado ya sé adónde va.

Cuando llego a la casa tiene el coche aparcado fuera. El portalón está abierto y la casa ya ha despertado, Javier ha levantado las persianas delanteras. La puerta se abre y le veo salir con la misma bolsa negra que el día anterior. ¿Qué llevara en aquella extraña bolsa? Se pone en marcha dirección a las vías del tren. No le sigo. Me busco un buen lugar donde esconderme y desde el que poder fotografiarle entrando en la casa en compañía de alguna prostituta de provocativa ropa y maquillaje excesivo. Finalmente, coloco mi objetivo tras unos matorrales y espero. No ha de tardar mucho.

Y no me equivoco. No pasan ni veinte minutos cuando veo acercarse al Audi a la casa. Me tumbo sobre la piedra fría que rodea su jardín para no ser vista y observo a través del visor de mi cámara. Javier sale del coche para

abrir la puerta. Lleva la bolsa negra otra vez en la mano. Su cara refleja seriedad. Yo diría que algo de enfado. Conozco bien las expresiones de su rostro. Más bien todas excepto la de la mentira, porque me ha sabido engañar como a una tonta. Desde donde me encuentro no puedo llegar a ver quién va con él, lo que está claro es que no viene solo.

Vuelve al coche y lo mete en el camino de piedras. Pongo el dedo sobre el disparador automático de mi Sony Cyber-Shot DSC-W5 (una auténtica maravilla que me agencié en el trabajo con pantalla LCD de 2,5 pulgadas y que me permite sacar más de cuatrocientas fotos antes de que se le termine la batería) dispuesta a sacar todas las fotos posibles. La puerta del copiloto se abre y veo salir una pierna de piel blanquecina con un zapato negro y una media de color verde caída. La perplejidad se debe dibujar en mi cara, por lo menos es como yo me siento. ¿Una colegiala?

Cuando la chica sale del coche, el asombro me hace abrir los ojos de par en par, como los de un búho. Es la misma chica de pelo castaño con mechaz rubias de ayer, de eso no hay duda, pero ¿por qué va vestida así?

Además de los zapatos negros y las medias verdes, lleva una falda a cuadros negros y rojos que termina justo por encima de sus rodillas, y una blusa de un blanco amarillento, por el mal uso de la lejía al lavarla, que se ve debajo de un jersey verde que le queda visiblemente pequeño y que no le cubre los brazos cuando los estira, contra la que se oprimen sus desarrollados pechos pese a su tierna edad. El pelo atado en dos coletas, una a cada lado, que comienzan en lo alto de su cabeza, con dos gomas para el pelo de color rojo cereza, y la cara limpia de maquillaje, lo que le da un aspecto mucho más infantil. ¡Solo le falta una piruleta en la boca para ser una Lolita de libro!

Entran en la casa sin dirigirse palabra. Javier delante, Lolita detrás. Cierran la puerta y solo entonces me atrevo a moverme tras los matorrales. Aquel ya no es un lugar seguro, desde las ventanas abiertas de la primera planta podrían verme sin demasiados impedimentos. Lo mejor, volver al coche y esperar. Salgo con prisa de entre la maleza no sin antes recoger mi cámara.

¡Mierda! ¡La cámara! Me he quedado tan sorprendida con la vestimenta de la chica que me he olvidado por completo de que la cámara, por muy buena que sea y por muchos seiscientos euros que haya costado, no saca fotos si no pulsas el botón. Tendrá que ser en otro momento cuando tome las fotos para la portada del periódico.

Vuelvo al coche y espero. Una parte de mí está tentada de reaccionar como

la típica mujer temperamental despechada que rompe a llorar después de tirar a patadas la puerta de la casa y de sacar a bolsazos a su marido y a la furcia de la cama, gritándoles insultos sobre su poca hombría o la dudosa reputación de su madre. Mi marido, en la casa con una fulana vestida de niña, fornicando y haciendo vete a saber el qué y yo sentada en mi coche comiendo un paquete de pipas haciendo tiempo hasta su salida. Mi lado sereno, mi yo periodista guardado en la recámara de mis sentimientos, me permite ver las cosas desde fuera, como si la situación no perteneciera a mi vida, como si fuera una detective privada contratada por mi yo esposa engañada para conseguir pruebas de la infidelidad. Esa mujer engañada ha sido parte de mí el tiempo suficiente como para ganarse la simpatía y el aprecio de mi yo periodístico, y la mujer dolida reaccionaría con rabia, pero la yo serena se reservaba para mejor ocasión vengar cumplidamente a su buena amiga.

Lo que sí tengo claro es que tengo que hablar con esa mujer de vestimenta infantil, cuerpo adolescente y vida adulta. Tengo que descubrir todo lo que ella pueda contarme. Está claro que, de entre los cientos de mujeres de la calle de la ciudad, Javier la ha elegido a ella. ¿Por qué? Lo que no tengo claro es si acercarme a ella como periodista o como mujer engañada que pide explicaciones sobre la actitud de su marido, pero en cuanto tenga la ocasión hablaré con ella.

Me he terminado el paquete de pipas, limpiado con unos clínex el salpicadero de mi coche y mandado mensajes con el móvil a toda mi agenda (bueno, a casi toda, porque a Javier no le he mandado ningún mensaje, aunque quizás debería haberlo hecho) cuando la puerta de la casa se vuelve a abrir. Han pasado más de tres horas. El primer pensamiento que me viene a la cabeza es en qué demonios habrán estado pasando el tiempo si mis encuentros sexuales con él jamás han excedido la hora, ¿qué otras cosas más tienes que hacer con una puta que no sea tirártela?

Ella se ha cambiado de ropa. Ya no va vestida como una colegiala. Su atuendo ha variado sensiblemente y ahora lleva una minifalda de cuero negro y un top azul e incluso bajo la luz de la farola se puede ver que se ha maquillado. Javier ya no lleva la bolsa negra en la mano. El disfraz de colegiala ha debido quedarse en la casa.

A esas horas de la noche y desde la distancia a la que estoy aparcada, apenas puedo sacar un par de fotos decentes de Javier y la joven abrazados en

la puerta de la casa o subiendo en el coche. Esta vez tampoco le sigo. Quiero comprobar si es verdad que vuelve a limpiar las huellas del crimen.

Si las casi tres horas que he estado esperando a que salieran de la casa habían sido controladas por mi yo periodístico, la que espera a su regreso es la mujer engañada, quien tiene que soportarla. Esta vez los clínex tengo que usarlos para enjuagar mis lágrimas y me hago daño en las palmas de las manos golpeando el salpicadero con rabia.

Por fortuna, quince minutos más tarde aparca de nuevo dentro de la casa y empieza a limpiar el coche con la ayuda de una manguera. Son casi las doce y media de la noche, hay que tener ganas, o mucho te tiene que merecer la pena, para ponerte a limpiar a esas horas el coche de gravilla y tierra. No necesito ver más, así que me voy a casa. Tengo todas las pruebas que mi cliente necesitaba. Soy una mujer a la que su marido engaña con una prostituta. Solo me queda decidir cuál de mis dos mitades toma el manejo de la situación. O le espero en casa con la maleta en la puerta dispuesta a echarlo a patadas de nuestro hogar, o bien busco una mejor manera de devolverle el daño que me ha hecho. Una forma de vengar su traición golpeándole donde más pueda dolerle.

Me cambio de ropa, me doy una ducha de agua caliente que relaja mis músculos adormecidos y, con el cuerpo todavía conservando esa agradable sensación de calidez y suavidad, me meto en la cama. Una vez tomada la decisión de no dejarme llevar por la rabia del momento, el sueño no tarda en llegar.

El dios de los sueños me atrapa profundamente porque, al despertar, Javier ya se ha marchado. Ni siquiera le oí llegar, pero sé que ha pasado por casa porque ha dejado una nota en el frigorífico. «Esta noche tenemos cena de beneficencia, te paso a recoger a las ocho». No me apetece en absoluto acudir como una pareja feliz que, por otro lado, seguiríamos siendo si en la cena con Mónica no se me hubieran abierto los ojos, pero tengo que ir si no quiero levantar murmullos y cotilleos entre las gentes del partido. Eso lo reservo para una ocasión más adecuada. Al menos esta noche cenaré caliente y no dentro de mi coche. Además, la economía de mi marido lo agradecerá.

Paso el día en la redacción trabajando como una autómatas. Sin verdadera consciencia de las noticias que escribo. Incluso me gano una reprimenda de mi jefe, por mi mala redacción, que mi cerebro, ausente del lugar, ignora. Mi cabeza, a punto de estallar sobrepasada por la información recibida, necesita hacer limpieza. Como un teléfono móvil lleno de imágenes y recuerdos que lo

dejan sin capacidad de memoria y no le permiten actualizarse. Necesito eliminar aquellos recuerdos que ocupan un espacio innecesario, dadas las nuevas circunstancias, y permitirme así hacer una actualización de mis ideas y pensamientos. Terminada la jornada laboral, regreso a casa con la mente ordenada y la decisión meditada de no dejarme llevar por la rabia y reaccionar de forma impulsiva. Me visto elegante para mi papel de mujer del futuro alcalde durante la cena.

El local donde se celebra el acto es amplio, luminoso y cálido, pero está pésimamente decorado. Las lámparas son de un estilo barroco, que no pega en absoluto con unas mesas que parecen sacadas de uno de estos centros comerciales que te venden los muebles en sus cajas para que seas tú mismo quien los monte. Las paredes están pintadas en un tono amarillo pastel que no se sabe muy bien si es el color original o una degeneración temporal de un blanco anterior. Las sillas, que tampoco se ajustan al buen gusto decorativo, al menos son cómodas. A Javier y a mí nos sientan en una mesa redonda con otros seis comensales. Un miembro del partido, horrorosamente vestido con un traje que por el tamaño bien podría ser el de la primera comunión de su hijo, y su esposa; una exministra que seguía acudiendo a actos sociales para no verse apartada de la vida pública y su segundo marido; y un joven e imberbe empresario con mucho futuro e incierto presente que viene acompañado de su anciana madre.

Lo primero que nos sirven son unos aperitivos a base de salmón, tartaleta de marisco y caviar, y un cóctel con fuerte sabor a naranja para acompañar. Como un poco de cada y tomo tres copas de aquel cóctel afrutado. Ya que no quiero estar allí, por lo menos mantener entretenida la garganta y el estómago.

La exministra no tarda en tomar la voz cantante en la conversación, habla tanto que no la veo probar bocado, si lo hiciera correría serio peligro de atragantarse. Sopas y sorber no puede ser. Solo ceja en su empeño de ser el centro de atención cuando los labios pintados de rosa se le secan como unos pétalos marchitos y tiene que beber un par de sorbos de líquido antes de retomar el hilo de su monólogo.

Javier de vez en cuando asiente con la cabeza al discurso de la pesada exparlamentaria. El hombre mal vestido se dedica a ir vaciando platos de caviar y salmón sin prestar ninguna atención, como si fuera el único día de la semana que fuera a probar bocado; su esposa come a poquitos, queriéndose llenar más del aire que inspira en cada bocado que de lo que se lleva a la



boca; el joven empresario y su madre mantienen una conversación propia, alejados de la verborrea de la política, sobre si la corbata que ha elegido no le sienta bien o si es aconsejable o no que se ponga la servilleta sobre los pantalones para no mancharse la ropa.

—Recuerda que eres muy torpe, cariño.

—Mamá, me estás poniendo en ridículo.

El segundo marido simplemente me mira. La primera vez que nuestras miradas se cruzan le devuelvo la sonrisa que me dedica, una sonrisa en la que se le ven las encías. La segunda vez me limito a hacerle un pequeño gesto de saludo con la cabeza. La tercera, cuando nos sirven el primer plato, directamente le ignoro.

Nos traen una sopa de verduras acompañada con un vino blanco reserva. Apenas como dos cucharadas, nunca he sido muy amante de las verduras. Me tomo dos copas de vino blanco mientras espero el segundo plato esquivando la sonrisa «enciada» e intentando hacer caso omiso de la continua y tediosa charla de la vieja de labios rosas reseca. La fiesta está consiguiendo ser peor de lo que me esperaba, y eso que yo ya iba con muy pocas intenciones de darle ninguna oportunidad.

—¿Estás bien, cariño? —me interroga Javier en un momento en que la conversación se detiene por incontinencia urinaria de la interlocutora. No solo tiene incontinencia verbal.

Un seco, vacío y lacónico sí es mi respuesta. Cómo voy a estar bien, cerdo asqueroso, si de lo único que tengo ganas es de ahogarte con el nudo de esa estúpida corbata que te has puesto y no detener mi presión hasta que tu cara tenga el mismo tono que los labios de la exministra. Cómo tienes el valor de llamarme cariño. No te haces a la idea de lo que me cuesta controlar mis instintos y no partirme la cara aquí mismo. Delante de todos estos lameculos.

Nos sirven el segundo plato, lubina al horno para los que eligen pescado, y un solomillo con salsa para los que, como yo, disfrutamos más del sabor de la carne acompañada de un vino tinto gran reserva de la ribera del Duero de aroma intenso y mejor sabor, con un color rojo cereza digno de un gran diamante. Seguramente todos aquellos a los que pretendemos ayudar con esta cena estarían mucho más agradecidos si les diéramos de comer como estamos comiendo nosotros.

Después de saborear la carne y beber un par de vasos de vino, uno de los comentarios de la empleada del Gobierno me hace gracia y me río con ganas

mientras Javier me mira con mala cara. Él nunca ha tenido sentido del humor. Un nuevo bocado del succulento solomillo y un nuevo sorbo de vino tinto y la ministra me vuelve a hacer reír. Va a resultar que no es tan aburrida como me parecía en un principio.

Su marido ha dejado de mirarme, ahora se dedica a mirar las piernas de una jovencita adolescente de la mesa de al lado que ha sido descuidada a la hora de sentarse y deja ver mucho más de lo que seguro ella espera. Me sienta mal. ¿Qué tiene aquella niñata que no tenga yo para que no siga mirándome a mí? ¿Por qué prefieren más a aquellas adolescentes indecorosas que a mi belleza serena? ¿A todos los hombres les gustan las que visten como putas?

Vacíó mi vaso de vino de un trago y muestro mi vaso a uno de los camareros para que venga a llenármelo.

—Estás bebiendo demasiado, cariño, deberías parar ya.

—¿Acaso te importa? —Me devuelve una mirada vacía y un gesto de negación con cierto matiz de condescendencia mientras doy un sorbo a mi copa de vino llena. ¿Y qué si estoy bebiendo de más? ¿Acaso no puedo hacer lo que me dé la gana? ¿Él me es infiel y yo no voy a poder emborracharme? Seguro que teme que pierda las formas y le deje en evidencia delante de sus votantes. Siempre preocupado en su meteórica carrera política. Que esté tranquilo, no tengo ninguna intención de montarle ningún espectáculo. Por ahora.

Finalizados los postres, y a la primera ocasión que se me presenta, me levanto de la mesa para ir al baño. Al ponerme en pie me doy cuenta de que los vasos de vino han hecho más efecto en mí del que yo pensaba. Me siento mareada y la vista se me nubla. Me tengo que apoyar en el respaldo de mi silla para no perder el equilibrio y me mantengo agarrado a él mientras las mesas y los invitados giran a mi alrededor.

Con paso decidido, pero nada firme, voy al baño. Además de hacer un uso debido del urinario (no sin esfuerzo), me mojo un poco la cara con agua para mitigar la sensación de borrachera.

Vuelvo al salón. La iluminación del local ha cambiado. La luz es más tenue y han puesto música. Muchos de los invitados bailan en una zona acotada sin mesas. Focos de luz atraviesan la estancia, dándome la sensación de encontrarme en una sala de fiestas, lo que aumenta mi mareo. En nuestra mesa están sentados la exparlamentaria, el joven y su madre y Javier. Los demás parecen haber ido a la pista. Dejo mi bolso sobre las piernas de mi marido sin

casi dirigirle la mirada y me voy a bailar. Él se queda haciendo la pelota a la cotorra.

Suena pop español, El Sueño del Más Feo o algo así creo que se llama el grupo. Nunca he sido muy fanática de la música, aunque ese grupo me suena por los amoríos de la cantante con el primer campeón del mundo de Fórmula Uno español, aunque hiciera tiempo que habían roto. Parece que ninguna relación es duradera en los tiempos que corren.

Bailo alegremente. Siento que alguien me observa. Tengo la sensación de que dos ojos se clavan en el final de mi espalda desnuda por el corte del vestido. Suspiro. Seguro que es el segundo marido de la ministra que viene a decirme alguna gracia sin sentido después de haberme desnudado con la mirada. Al menos he conseguido que deje de mirar a la adolescente descuidada. Siento una mezcla de satisfacción y de náuseas. Sigo bailando, sin girarme, sin dejar de notar esos dos ojos clavados en mi fisonomía.

—Cada día estás más guapa —me dice una voz femenina que me eriza la piel. Esa voz la conozco. Me giro a cámara lenta, como una repetición de moviola de un partido de fútbol. Es la morena de ojos grises. Viene vestida con un espectacular vestido amarillo entallado que resalta su figura, tan corto que deja ver toda la largura de sus esbeltas piernas. En cuanto nuestros ojos se cruzan mi mirada baja al suelo.

—Veo que tu marido no te acompaña, ¿has venido sola?

—No. Está sentado en la mesa hablando con la exministra —contesto sin alzar la mirada. Tengo la sensación de que debería haber añadido un «mi señora» al final de la frase. ¿Por qué me hace sentir así?

—Vaya, ¡qué lástima! Pues nada, a ver si nos vemos en otra ocasión. Toma, esto es para ti —Me agarra de la mano y una descarga de sensual electricidad me recorre de los pies a la cabeza. Me deja una tarjeta en la mano y, sin decirme nada más y no esperando respuesta, se pierde entre la gente. Solo cuando su aureola de poder se aleja lo suficiente me atrevo a levantar la mirada y a buscarla entre la gente. Estoy temblando. Es la segunda vez que esa mujer me toca y la segunda vez que me descontrola por completo. Me tengo que estar volviendo loca, a mí nunca me han atraído las mujeres, y mucho menos aquellas ante las que, sin saber por qué, me siento inferior.

Miro la tarjeta que ha dejado en mi mano. Stela Miró, empresaria. Por la parte de atrás un número de móvil y la marca impresa de sus labios rosa

chicle. Siento mi corazón acelerado, emocionado, dichoso. Definitivamente, me estoy volviendo loca. Debe ser que estoy más borracha de lo que pienso.

Con la tarjeta agarrada con firmeza vuelvo a la mesa. La loro parlante y Javier siguen hablando, los demás ya han abandonado la mesa hastiados de conversaciones intrascendentes sobre el momento político que atravesamos y las expectativas depositadas por el partido en mi esposo.

Recojo mi bolso de donde lo ha arrojado Javier y, con una ilusión inapropiada, guardo la tarjeta en un lugar seguro. Algo dentro de mí me dice que no voy a tardar mucho en necesitarla. Unos segundos más tarde se nos une en la mesa el esposo de sonrisa enciada. No tarda en clavar sus ojos en mi escote y en incomodarme. Me compadezco internamente de la vieja política. No creo que tarde mucho en divorciarse por segunda vez.

Pasada la medianoche, cuando el mareo se convierte en un intenso dolor de cabeza acentuado por las luces parpadeantes y la conversación aburrida, le hago ver a Javier que no me encuentro bien y que me quiero ir a casa.

—Claro, eso te pasa por beber tanto —es su respuesta antes de ignorarme de nuevo.

—Si no te importa, me voy a casa, si no vienes, cogeré el metro. — Estúpidamente espero una respuesta que no me llega a dar. Mis nervios están a punto de consumirse en la llama de mi ira y a duras penas consigo controlarlos, recoger mi chaqueta, y salir de allí sin propinarle una sonora bofetada y dejarle en evidencia delante de todos aquellos lameculotodopoderosos. ¿Cómo puede ser tan capullo y no haberme dado cuenta antes? ¿Tan grande era la venda que tenía tapándome los ojos?

Dicen que el amor es ciego, que oculta los defectos de la persona amada debajo de aquellas virtudes que el amor resalta. Que una se vuelve incapaz de apreciar la verdadera naturaleza de la otra persona. Llega a tal punto que sustituyes el yo por el él. Un amigo mío decía que el amor nunca puede ser bonito porque el amor debe ser altruista, no esperar nada a cambio del amor dado, y siempre hace sufrir porque antepone a la persona amada a uno mismo. Cuando el amor desaparece y la venda se cae y una recupera la cordura y se antepone a sí misma antes que a nadie se da cuenta de todos los defectos que tiene quien consideraba perfecto. Yo empiezo a darme cuenta de los defectos de Javier.

La estación de metro está muy concurrida. En el andén se cruzan los adolescentes que vuelven de fiesta con los jóvenes que la empiezan. Es una

curiosa mezcla entre borracheras ya concluidas y bolsas con litros de alcohol dispuestas a ser bebidas en el verde jardín de algún parque hasta que les resulte dificultoso levantarse.

El metro no tarda en llevarme al otro lado de la ciudad mientras mis pensamientos siguen en la fiesta donde se ha quedado Javier. Todavía tendrá para unas cuantas horas, esas fiestas benéficas acaban siempre a las tantas.

Cerca del portal, un destello me deslumbra y me llama la atención. Confundida, miro hacia la procedencia de la luz. Tengo que estar todavía borracha. En el espejo retrovisor de mi coche, aparcado a unos metros a la derecha del portal, la luz de la farola incide de tal manera que la luz se desvía hacia donde me encuentro. Es como si mi coche quisiera llamarme. Definitivamente, el vino del Duero estaba riquísimo, pero he bebido más de lo que debería. Saco las llaves de mi bolso y me dispongo a abrir la puerta del portal cuando de nuevo la luz me ciega un segundo. ¿Y si no estoy borracha? ¿Y si de verdad mi coche me quiere decir algo? Borracha no sé, lo que estoy es como un cencerro, pero el pensamiento sin sentido se mete en mi cabeza y en lugar de subir a casa dejo que el portal se cierre y voy a mi coche. Lo miro con aire interrogativo como queriéndole preguntar qué demonios quiere, pero sin atreverme a hacerlo en voz alta por miedo a que pongan en duda mis capacidades psíquicas. El coche no responde. Se limita a mirarme con sus ojos apagados y una siniestra sonrisa en el morro. Considerando la posibilidad de pedir cita en psiquiatría a primera hora de mañana, me dispongo a dar las buenas noches a mi coche y a volver al portal cuando veo, debajo del asiento del copiloto, una de las bolsas de pipas que me había comido el día anterior, que se me debió caer sin darme cuenta. Entonces una serie de pensamientos se entrelazan unos con otros, jugando a los pensamientos encadenados (se juega igual que a las palabras encadenadas, pero aquí se utiliza el último pensamiento para hilvanar el siguiente): se me olvidó la bolsa de pipas, me comí la bolsa mientras esperaba ver salir a Javier, Javier estaba con la prostituta de pelo castaño, ¿no esperaba yo una oportunidad para ir a hablar con aquella mujer? ¿Y no es ahora una buena oportunidad? Quizás hoy, que su cliente habitual está ocupado, tenga menos trabajo y esté aún bajo el puente. Si está allí, puedo ir ahora con el coche. ¡Diablos!, por eso el coche me llamaba. ¡Qué coche más listo tengo!

Y después de tanto pensar, me siento al volante, recojo el paquete de pipas catalizador de pensamientos y me pongo en marcha. Aún no sé qué le voy a

decir si la encuentro, pero algo se me ocurrirá en el último momento, todo dependerá de cómo se presente la situación.

Según me acerco a mi destino, los nervios empiezan a atenazarme y un par de veces siento la tentación de pegar un volantazo y volver a casa. Por un momento, mi lado de esposa intenta escapar de su celda y me siento acobardada. ¿Cómo se enfrenta una esposa a la fulana con la que se acuesta su marido? Entre dudas y miedos, llego a las cercanías del pasadizo. Un coche sale en esos momentos del interior. Al volante, un señor bigotudo con cara de pocos amigos y a su lado una rubia con mechones negros en las raíces. Sin pensármelo más, a riesgo de cometer una locura, pero con la seguridad de arrepentirme si no la cometo, entro con mi coche en el túnel. Casi al instante, una serie de puntos rojos de luz se iluminan en la oscuridad (con la medio borrachera se me ha olvidado encender las luces) mientras mis ojos se acostumbran a la escasez de luz. Después, alrededor de los puntos de luz se van dibujando, como esbozos en un lienzo negro, los labios y las facciones de las caras de aquellas fumadoras. Según se acercan al coche y miran por la ventanilla, sus caras se deforman en una mueca de sorpresa. No deben estar acostumbradas a ver entrar una mujer allí, y menos vestida con vestido de noche. Intento escudriñar en la oscuridad ayudada por los haces de luz de mis focos (que me he acordado de encender) en busca de la predilecta de Javier, pero no consigo localizarla. ¿Estará con algún otro cliente? Seguramente. Por lo que puedo ver a través de la ventanilla y comparando con lo que vi de ella a la salida de la casa, es de las más guapas del lugar. Caras excesivamente maquilladas, sonrisas llenas de dientes amarillos por la nicotina, miradas inyectadas en sangre por el humo, cuerpos delgados al extremo y sin apenas atractivo, brazos desnudos con agujonazos de la adicción a algún tipo de droga. Todos se agolpan alrededor de mi coche y, pasada la primera reacción de sorpresa, me ofrecen sus servicios con descarado mostrándome sin pudor sus blancos pechos de grandes pezones purpúreos o el interior de sus muslos levantándose ostensiblemente sus minúsculas minifaldas enseñándome el poco gasto que tienen en ropa interior.

Empiezo a sentir náuseas. Más mareada incluso que cuando me levanté de la mesa en la fiesta. Lo único que deseo es llegar al otro lado del túnel, dar la vuelta y volverme a mi casa sin importarme no haberla encontrado. Solo deseo salir de aquí. Al salir al otro lado del escaparate de fulanas, el agobio de cuerpos ofreciéndose se calma. La noche es fría y el interior del túnel da

mayor cobijo. Doy la vuelta y me enfrento, no sin temor, al regreso por aquel mar de cuerpos enfermizos. No avanzo ni dos metros cuando mi coche vuelve a ser asediado.

—¡Señora, por diez euros y un rato con la calefacción del coche puesta le como el coño! —me suelta desde la ventanilla del copiloto una de las putas mientras yo miro por la otra ventanilla. Me giro con la intención de fulminarla con mi mirada y de devolverle la grosería haciéndole ver su descaro. Y entonces la veo. La grosera no es otra que la castaña de cara aniñada. Lleva un top blanco en el que se marcan considerablemente sus pezones endurecidos por el frío y una minifalda azul celeste. Si ayer me recordó a la Lolita de Nabokov, hoy me recuerda a Julia Roberts en su papel de *Pretty Woman*. En lugar de responderle a la grosería, le abro la puerta. Entra de inmediato y se sienta, bajándose la minúscula falda con las manos para no dejar a la vista sus muslos. En el momento que ella entra en el coche, las demás se apartan. Cliente ocupado, otra vez será. Algunas la miran con cara de pocos amigos, teniendo en cuenta su escasa belleza creo entender que no es la primera vez que aquella jovencita les levanta la clientela y la miran con cierto odio y recelo.

Salimos de la gruta del infierno y tomo la carretera rectilínea y oscura que se aleja de la ciudad. Circulamos cerca de dos kilómetros sin decir palabra. A mí no se me ocurre por dónde empezar. Ella, mientras tanto, se entretiene mirándose en el espejo retrovisor acicalándose el pelo y adecentando su vestimenta. Tengo que decirle algo, hacer algo, que rompa esta tensa situación de algún modo.

El paisaje está cada vez más desierto, ya apenas quedan casas y los árboles tapan el brillo de las estrellas. Salvo nosotras, nadie más circula por la carretera. Me meto en el arcén. Apago el motor del coche y me enfrento cara a cara a mi destino. Se me queda mirando sin decir nada. Es curioso, vista desde el otro lado de la acera bajo la luz de la farola, me pareció atractiva, con un rostro sereno y bello, pero duro, serio; en cambio ahora, teniéndola a escasos centímetros, con sus enormes ojos negros fijos en mi mirada, me parece, además de atractiva, tremendamente guapa. Su pelo rizado cae sobre los hombros como si tuviera la intención de acariciarlos. Sus ojos, como ya he dicho, de un intenso color negro, parecen dos perlas por su fuerte brillo y luminosidad, y sus largas y densas pestañas la concha de ostra protectora de aquel tesoro. Sus labios son finos y sensuales, no necesitan

maquillaje para brillar en un suave tono rosáceo. Lleva un poco de maquillaje, que no necesita, que le da un toque de color a sus ya de por sí tostadas mejillas. Dicho de otro modo, si de lejos era atractiva, de cerca era un rostro perfecto.

—No te he montado en mi coche por tus servicios. —Es lo primero que consigo decir con mi voz tartamudeante y en un tono tan bajo que apenas yo misma llego a oírme.

—Ya lo sé, sé que me buscaba y también sé por qué. —Su respuesta acaba por descolocarme del todo. Mi gesto se debe de volver interrogativo, aunque yo en ese momento no sé distinguir si es de noche o de día, ya que ella contesta a mis pensamientos. —Soy puta, no tonta. Su marido y usted han salido varias veces en las páginas del periódico. Sé que es la mujer de Javier Márquez y, como llevo un tiempo follándome, en cuanto la vi en su coche supe que venía buscándome. No suelen entrar mujeres en el túnel en sus coches, y menos tan elegantes como usted, por eso llamé su atención.

¿Cómo se reacciona ante esa demostración de frialdad y sinceridad? ¿Se le da las gracias por no andarse por las ramas? ¿Se le echa en cara su vocabulario inapropiado? (Javier no folla, eso suena soez, Javier hace el amor, o al menos eso pensaba yo) ¿Se estampa su delicada cabecita de furcia contra el cristal del coche hasta inhabilitarla para su trabajo?

—Supongo que querrá saber cuánto tiempo hace que su marido se lo monta conmigo, ¿no es así? —Antes de incrustar su cara en el cristal lo mejor será escuchar qué me tiene que decir. Asiento con un leve movimiento—. Cerca de tres meses. —¡Tres meses!—. Unas dos veces por semana, algunas menos, otras más. —Eso son más de veinte veces, no sé cómo sigo entrando por debajo de las puertas con los cuernos que tengo—. Al principio empezaron siendo encuentros semanales, luego me llamaba dos veces por semana, últimamente me llama muy a menudo.

—¿Cómo os conocisteis? —Es la siguiente pregunta tonta que sale de mi boca.

—En una fiesta de su partido. Yo iba de acompañante de uno de los empresarios invitados, ya sabe, uno de esos cincuentones solteros que quieren presumir de novia guapa y joven delante de sus conocidos y no les importa pagar cerca de dos mil euros para quedar de puta madre y fanfarronear. Nos presentaron durante la fiesta, no me recuerda, ¿verdad? Cambio mucho cuando me visto de manera elegante, pero discreta. Además, por aquel entonces tenía



el pelo completamente rubio. Pues su marido sí. Un par de horas más tarde, volvimos a encontrarnos en la barra. Javi es un hombre muy observador y conocedor de la gente y enseguida se había dado cuenta de que mi presencia allí se debía más a los encantos monetarios del empresario que a su encanto personal. —Javi, lo ha llamado Javi, como si lo conociera de toda la vida—. Hablamos un rato y le di mi tarjeta, desde entonces, como ya le he dicho, nos vemos dos o tres horas al día, dos o tres días por semana.

—¿Y que hacéis durante ese tiempo? —Se ríe con risa escandalosa, que desentona bastante con su belleza.

—Vaya con la mujercita del político, nos ha salido morbosa y quiere detalles.

—No es eso —respondo sin mucha convicción de lo que voy a decir—. Simplemente me sorprende que tus encuentros sexuales con mi marido (quiero recordarla que es de mi esposo de quien hablamos y por eso hago especial énfasis en esas palabras) duren tanto tiempo. —Una vez terminada la frase, mi Pepito Grillo particular me llama estúpida. Ella estalla en otra carcajada.

—Vaya con Javi. Así que en casa no se anda por las ramas y es de los que desenfundan rápido, quién lo diría. —Lo ha vuelto a llamar Javi, ¡será cerda! —. Pues tu marido (la muy guarra recalca las dos palabras con la misma entonación que le había dado yo) es un fanático de los disfraces, una fascinación como otra cualquiera; otros adoran los zapatos, la lencería, un tipo concreto de color de labios, tu marido se pone cachondo disfrazándose. —Vuelvo a ser delatada por mi mirada interrogativa—. Pues de enfermera, colegiala, secretaria, azafata, gatita, devora hombres con mi traje de cuero negro y mi látigo, incluso de prostituta, aunque para esa ocasión no necesite excesivo disfraz. Lo que sí me tiene pedido es que ejerza mis servicios en ese túnel. Aunque cobro muchísimo más que mis compañeras, le da morbo poder tratarme como una puta de barrio y no como una puta de lujo.

—¿Y dónde os veis?

—Pues en algún motel o en algún cine nos hemos encontrado un par de veces, por morbo, creo, pero normalmente nos encontramos en la casa. Una preciosa casita de dos plantas muy cerca de aquí.

—¿Por qué lo hace? —le suelto aprovechando el momento en el que deja de hablar.

—¿Quién? ¿Javi?

—No, tú, por qué lo haces tú. —Si vuelve a llamarle Javi destrozo su

pequeña naricita de un tortazo.

—Obviamente, por dinero. Mi meta es ser actriz, triunfar en el mundo del celuloide, pasear por la alfombra roja de los Óscar con un vestido entallado de Versace o Armani, pero los estudios salen tremendamente caros, y yo hace un par de años que no recibo ayuda de mis padres para seguir adelante, así que de algún modo tengo que pagarme los estudios y esta era una manera rápida, que no cómoda, de ganar dinero, solo se necesita un cuerpo bonito como el mío y un buen estómago. Aunque a veces no hace falta y hasta disfrutas del trabajo, como con Javi.

Le suelto un sonoro bofetón. Me retuerce las tripas que se atreva a llamarle, constantemente, Javi. Unos segundos después le pido disculpas.

—No se preocupe, no es la primera ni será la última que recibo. La gente se piensa que por ser prostitutas tiene todo el derecho a pegarnos. Disculpas aceptadas. —En su tono de voz, en cambio, se aprecia cierta rabia o incompreensión y algo dentro de mí me empuja a justificar mi acto.

—No lo he hecho porque seas prostituta, ni por considerarme más que tú, ni siquiera porque te acuestes con mi marido, al fin y al cabo es él quien te paga, tú te limitas a hacer tu trabajo. Ha sido porque me duele en el alma que tengas tanta confianza con él como para llamarlo, constantemente, Javi, como si fuerais íntimos amigos, como si os conocierais desde la niñez, cosa que en tu caso podría llegar a ser cierta, pero él está ya más cerca de la vejez que de esa etapa de su vida.

—Lo siento, no volverá a pasar. —Tras la explicación es ella la que me pide disculpas y me quedo en blanco, sin nada más que preguntarle. De camino había tenido cientos de preguntas rondando en mi cabeza y ahora, o bien se habían quedado atascadas en algún rincón o las había difuminado la calidez de sus disculpas. Suena su teléfono móvil.

—Tengo que volver al túnel. —La miro con una mezcla de sorpresa e inseguridad—. Sí, es Javier, que va a venir a buscarme. Ya me había mandado un mensaje antes, imagino que cuando usted se fue de la fiesta, para que viniera, por eso estaba en el túnel. Ahora me escribe para decir que llega en diez minutos. Si no quiere encontrarse cara a cara con él es mejor que me deje en el túnel y se vaya. Ya hablaremos en otra ocasión.

Sin mediar más palabras, pongo el coche en marcha e inicio el camino de regreso. Ella mira en el cuadro de mandos la hora. Toma aire y suelta un suspiro, mitad de liberación, mitad de lamento.

—Me debe veinte euros, no ha utilizado mis servicios, pero sí mi tiempo, y es algo que cuesta dinero.

—Si te pido vernos por las mañanas, ¿qué me dirías?

—Que si me paga, no tengo ningún inconveniente.

—De acuerdo. —Detengo el coche cerca del túnel, no me atrevo a volver a entrar. Abro la guantera y saco un boli y una hoja de papel. Apunto la dirección de un bar y mi número de móvil, además de una hora. Después saco del bolso un billete de cincuenta euros y se lo doy.

—Muy bien, no tengo cambio, pero me quedo con los treinta euros que sobran como adelanto de nuestra cita de mañana.

—No faltes.

—No se preocupe, allí estaré. —Y se baja del coche. La veo caminar, con paso lento, hacia el túnel mientras se guarda el dinero en el escote. Después, pongo el coche en marcha. No quiero encontrarme con el de Javier. Decido regresar a casa por un camino distinto, aunque más largo, para no cruzarme con él.

La vuelta a casa es un tormento de pensamientos. No puedo dejar de pensar en las cosas que me ha dicho la joven fulana. Tres meses, dos o tres veces por semana. Y si no fuera porque Mónica me había invitado a cenar aquella noche, seguramente yo seguiría sin enterarme de nada. Feliz en mi falsa vida, fruto de la ignorancia, pensando en el gran esfuerzo y dedicación que le estaba costando llegar a la alcaldía al bueno de mi marido. Y sería feliz. Feliz y tonta. Pese a que pensaba que ya las tenía controladas, las lágrimas vuelven a caer por mis mejillas. La Gema esposa toma el control de mis actos durante unos instantes, quizás porque la Gema independiente está afectada por el alcohol. Siento cómo me duele el corazón en el pecho y entre sollozos golpeo con rabia el volante del coche.

Fanático de los disfraces, curioso, a mí jamás me ha hecho poner ninguno, ni siquiera me ha regalado nunca ropa interior. Dice que es muy malo en eso de las tallas. Ahora que lo pienso, en eso dice la verdad, solo había que ver cómo le quedaba a la chica el jersey de colegiala.

No puedo imaginarme a Javier, mi Javier, babeando como un animal en celo ante una prostituta vestida de enfermera o azafata. Es algo que mi cabeza no llega a concebir, pero, como casi siempre, la realidad supera a la ficción y a la imaginación. Ni siquiera sé por qué la he propuesto volver a vernos por la mañana, pero ha sido una corazonada y yo siempre hago caso de mis

corazonadas. Quién sabe, quizás durante la noche asimile la información y tendré más preguntas que hacerle. Hasta las once de la mañana todavía quedan nueve horas, hay tiempo.

No me doy mucha prisa en ir a acostarme, sé que mi marido va a tardar en llegar, así que no corro peligro de que me encuentre despierta y quiera darme la charla por mi huida de la fiesta. Estará más que ocupado. Me doy una ducha para despejar un poco la cabeza de pensamientos y del mareo de la borrachera antes de acostarme. El agua tibia siempre me viene bien para relajarme. Cuando me meto en la cama y, como hacía en mi época de estudiante, dejo que mi cerebro guarde, analice y estudie la información mientras duermo.

A las ocho de la mañana suena el despertador, Javier lo apaga. No le oí llegar a casa. Debió pillarme completamente dormida. Tengo el sueño muy profundo y, en esos momentos, no me sacaría del mundo de los sueños ni el ruido de un terremoto.

—¿A qué hora has llegado?

—A las cuatro de la mañana. Me voy a quedar un rato más en la cama, que tengas un buen día en el trabajo. —Sí que se entretiene con los disfraces y limpiando el coche.

Me visto sin prisa. Hasta las once tengo tiempo. Mi intención es esperarla en el bar, llegar antes que ella. Le di mi número de teléfono por si tenía algún inconveniente para venir, pero no ha llamado. Durante la noche he estado dándole vueltas sobre cómo afrontar la situación, mi mente funciona a veces mejor mientras el resto del cuerpo duerme.

El bar que he elegido es un sitio tranquilo, céntrico, pero no muy concurrido, pese al excelente café y no menos excelente bollería que sirven. Tiene varias mesas esparcidas, sin mucho orden, por el local, quizás demasiadas (cuando el bar se llena alguna que otra vez es difícil levantarse de la silla sin producir molestias en las mesas adyacentes) y la camarera siempre te recibe con una sonrisa antes de atenderte.

Me siento cómoda en este bar, quizás por eso lo he elegido. Llego al bar media hora antes de la cita. Pido un *croissant* recién hecho y una taza de café solo bien caliente y cargado. Cojo el periódico, que descansa desde primera hora en el rincón de la barra, y busco una mesa en la que pueda verme bien desde la entrada. Nerviosa, me siento y doy un sorbo al café. Me quemo la boca. Doy dos soplos enérgicos sobre el café, más para aliviar mis

achicharrados labios que para enfriarlo, y doy un mordisco al *croissant*. Me nuevo inquieta en la dura silla de madera.

Tenía intención de leer un poco la prensa mientras esperaba, pero ni siquiera abro el periódico. Me dedico a pasear mi vista por la decoración del local con mirada inquieta, de esas que lo ven todo, pero no se quedan mirando a nada. Cuadros de pintores desconocidos que reflejan paisajes más desconocidos todavía decoran las paredes azuladas (un tono azul parecido al que se le queda a la ropa blanca cuando la lavas con azulete para intentar recuperar su blancor), las luces fosforescentes del techo dan demasiada luz y ciegan al mirarlas.

En la barra, la oronda camarera de sonrisa perenne pasea de un lado a otro, con un trapo siempre en la mano, limpiando las migas y los restos de café de los descuidados clientes. En la esquina, uno de esos descuidados bebe una taza de café a sorbos haciendo un ruido muy desagradable, parecido al que te hacen las tripas cuando una comida se te revuelve en el estómago. A su lado, la que debe ser su esposa lee una revista mientras unta un churro en una taza de chocolate sin, al parecer, sentirse molesta por el desagradable ruido. Es lo que tiene la fuerza de la costumbre, que nos hace soportar cosas que normalmente no aguantaríamos.

Las puertas de los baños siempre están cerradas. La camarera y la dueña siempre las mantienen bajo llave y solo te las entregan una vez abonada una consumición. Si quieres usar los urinarios hay que pasar por caja, que aquello era un bar, no un meadero. Luego, una vez conseguidas las llaves, venían las dudas. Desde que la modernidad había llegado a las puertas de los retretes era difícil saber cuál te correspondía. Antes era sencillo, un muñeco vestido con pantalón, cuarto de baño de hombres, un muñeco vestido con falda, aseo de mujeres. ¿Pero dónde entras cuando el único distintivo que hay en las puertas son una tuerca y un tornillo? Pues eso, que en aquel bar, como fueras con prisas, entre una cosa y otra acababas orinándote encima.

El reloj de la cafetera marca las once y cinco. Empiezo a impacientarme. Si hay algo que no soporto es la impuntualidad. La odio. Es tal mi animadversión hacia ella que siempre llego a los sitios con antelación (salvo alguna fiesta privada organizada por mí, como antes mencioné), en cuanto la hora pasa de la fijada empiezan los nervios y las interrogaciones. ¿Y si no viene? ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si no la vuelvo a encontrar y me quedo sin

saber detalles sobre lo que ha pasado por no haber preguntado ayer? ¿Y si, y si, y si?

A las once y veinte, cuando tengo ya los nervios a flor de piel y los «y si» se agolpan en mi cabeza, la puerta del bar se abre. Una chica con el pelo recogido y cara somnolienta, vestida con unos pantalones vaqueros raídos y ajustados y una blusa azul marino dos tallas más grande de lo que su cuerpo pide, se acerca con paso firme hacia mí después de echar un vistazo al local.

—Disculpe mi tardanza, me he quedado dormida. Ayer terminé muy tarde mi jornada laboral. Si no le importa, voy a pedirme un café, ahora vengo. —Si no hubiera venido a hablar conmigo, jamás la hubiera reconocido. Sin maquillar, con cara de tener las sábanas todavía pegadas a la cara, con aquella ropa juvenil e informal, es igual que cientos de universitarias que pasean por las calles de la ciudad con una carpeta llena de apuntes bajo los brazos. Nada que ver con la provocativa y seductora prostituta de ayer por la noche.

Vuelve a la mesa con una taza de café con leche y un bollo y se sienta frente a mí.

—No me ha dado tiempo ni a desayunar. Espero que nuestro acuerdo incluya pagarme el desayuno. Lo he dejado a deber en la barra.

—Sí, por eso no te preocupes.

—Pues usted dirá, ¿para qué quería verme? —No sé por dónde empezar, así que busco una pregunta con la que romper el hielo.

—¿Así que anoche terminaste tarde?

—Sí, su marido venía algo tenso de la fiesta. Ya era tarde cuando me vino a recoger. Vino quince minutos después de marcharse usted. Como le dije, le gusta quedar conmigo en ese túnel, yo normalmente no trabajo allí a no ser que sepa que él va a venir. Venía muy elegante, así que supongo que vendría de la misma fiesta de la que venía usted. ¿Se marchó antes? Bueno es igual, no tiene que decirme nada. La cuestión es que vino y quiso llevarme a la casa. Le dije que era muy tarde, nuestros encuentros suelen empezar mucho antes, y que por la mañana tenía que ir a la universidad, me dijo que si fuera tan tarde no habría acudido a su llamada y me ofreció el doble de mi tarifa habitual, así que no pude decirle que no.

—¿Y qué quería a esas horas? —pregunto como una tonta.

—Follar, qué iba a querer. —Me pasa por preguntar. Se me va a hacer duro seguir con esto, pero me lo he propuesto y estoy decidida.

—Hoy sí, hoy cuéntame los detalles.

—Vaya, por qué será que me lo esperaba. ¿Curiosidad?

—No, bueno, quizás un poco, pero en realidad lo que quiero son todos los detalles posibles para... intentar saber por qué lo hace. —En realidad me disponía a decir «para hundirle», pero después de la familiaridad con la que le había tratado en el coche quizás no era la mejor manera de afrontar la entrevista y sonsacarle información. Antes de que empiece a contarme la historia, pongo mi móvil a grabar la conversación, sin sacarlo de la chaqueta.

—Pues nada, usted es la que paga, y si lo quiere con detalles yo se lo cuento con detalles. Como le decía, vino unos minutos más tarde que usted. Me recogió y me llevó a la casa de la que hablamos ayer. En una bolsa negra traía un vestido de criada que me hizo poner dentro del coche. Siempre suelo hacerlo así. Le gusta ver mi transformación de puta a su fantasía mientras conduce. —Así que para aquello era la bolsa negra—. Ya vestida de criada, con mi faldita negra, mi blusa negra y mi cofia blanca, plumero en mano entramos en la casa. Él se sentó en su sofá favorito, el que siempre suele utilizar para observar mi actuación, y me ordenó que empezara a limpiar la casa. Creo que venía algo enfadado y tenía ganas de que le obedecieran. Yo, claro, obedecí. Iba pasando el plumero por los muebles quitando un polvo prácticamente inexistente en toda la casa. Cuando tenía que limpiar la parte baja de algún mueble procuraba colocarme frente a él y agacharme sin doblar las rodillas para que se me subiera el vestido y pudiera ver mi tanga y mi culo sin problema. Esa actitud de guarra descuidada le pone a cien. Estuve limpiando y provocando alrededor de media hora y después le miré y le pregunté si tenía algo más para limpiar.

—¿Y qué te contestó? —Durante unos segundos se queda callada. Parece que lo que me fuera a contar no le resultara fácil. Busca las palabras en su cabeza para no ser muy cruel con mis sentimientos. Un detalle por su parte—. No te preocupes —le digo—, dímelo tal y como pasó. —Me sonríe como dándome las gracias por leerle sus pensamientos.

—De acuerdo, pues... se soltó los botones del pantalón, se los bajó hasta los tobillos y me dejó ver cómo su polla deformaba sus blancos calzoncillos. Estaba muy duro, parecía que le iba a reventar las costuras si no la sacaba rápido de allí, y me dijo: «Sí, quiero que limpies mi sable». —La miro con perplejidad. Ella se da cuenta—. Se lo cuento tal y como pasó, se lo juro.

—Y te creo —respondo—. Pero me sorprende tanto que Javier se exprese de ese modo tan vulgar...

—¡Uy!, pues tendría que oírle cuando me folla. —Inmediatamente se tapa la boca con la mano al darse cuenta de que el comentario pudiera no ser demasiado apropiado. Con un gesto le hago ver que no me ha molestado. Miento, pero no es culpa suya. Se queda algo más aliviada.

—Sigue, ¿qué pasó después?

—Pues le saqué su sable —vuelve a utilizar la misma expresión vulgar— del interior de su *bóxer* y, primero con el plumero y después con mi boca, hice lo que me pedía. Se fue poniendo más y más duro dentro de mi boca y, cuando yo ya pensaba que iba a correrse dentro, me levantó de los pelos y me apoyó contra una mesa de madera cogiéndome por detrás. Solo se tomó el tiempo necesario para ponerse el preservativo, no me quitó ni las bragas. Se limitó a apartarlas a un lado con los dedos antes de penetrarme y después no paró de follarme hasta correrse. Normalmente suele ser más delicado en los preliminares, pero, como le digo, ayer venía enfadado por algo. ¿Quizás porque usted se había marchado de la fiesta sin él? No sé. Pero venía con más furia que otras veces. Después me dijo que volviera a cambiarme y que dejara el vestido donde siempre. La casa tiene un armario enorme donde dejo la ropa después de cada sesión. Me di una ducha mientras él no dejaba de mirarme. Nos montamos en el coche y me dejó en el túnel.

Yo estoy sin habla. Asimilando lo que me acaba de contar y el vocabulario soez que ha utilizado. No puedo evitar pensar que Javier había estado tan distante y arisco durante la cena para provocar mi marcha y que, en cuanto tuvo ocasión, salió corriendo al encuentro de aquella mujer para desahogar sus ansias fetichistas. No solo me es infiel, sino que además la prefiere a ella y yo solo soy un estorbo para sus encuentros.

—¿Cómo te llamas?

—Marta.

—Está bien, Marta. Yo estoy tuteándote todo el rato, tú puedes hacer lo mismo si quieres. Así que Javier ayer no actuó de manera habitual.

—Como quieras. Bueno, normalmente no suele venir tan tarde, así que se comportó con más prisa de lo normal. Suele tomarse más tiempo para observarme y le gusta que juegue para él antes de follarme, pero ayer tenía prisa. Estaba ansioso. Además, sabía que se hacía tarde y que, pasada la hora, mi ángel de la guarda se impacienta.

—¿Jugar para él? ¿Ángel de la guarda? —Sin inmutarse siquiera, con toda la naturalidad del mundo, como si fuera la cosa más normal, me aclara las dos



interrogantes.

—Sí, normalmente a tu marido —hoy evita llamarlo Javi después del bofetón del día anterior— le gusta que utilice alguno de sus juguetes delante de él. Tiene una interesante colección de vibradores, bolas chinas, huevos vibradores, consoladores y esposas en la casa. Le gusta que, antes de penetrarme, me haya masturbado con uno o varios de esos juguetes y después, mientras me folla, se entretiene oliéndolos. Y con respecto a lo de mi ángel de la guarda, es un chico joven, muy atractivo, por cierto, que se encarga de protegernos y de irnos a buscar a los lugares donde trabajamos o donde nuestros clientes nos dejan. Se llama Ángel, y por eso lo llamamos nuestro ángel de la guarda. Sí, ya sé qué está pensando, que es nuestro chulo, pero se equivoca. Ángel no se comporta como un chulo, ninguna de sus chicas trabaja obligada, todas estamos en este mundillo porque queremos y lo podemos dejar cuando queramos, tampoco nos cobra excesivamente por su protección, apenas nos llega a cobrar un mísero porcentaje de lo que ganamos. Él nos suele decir que no lo hace por dinero y que, de todas maneras, tiene otras formas más lucrativas de ganarse la vida. Nosotras somos sus chicas y está encantado de protegernos. Alguna de nosotras, yo misma alguna que otra vez, solemos pagarle sus servicios en carne. Y aquí, entre nosotras, eso más que un pago es un auténtico placer. ¡Uy, mira qué hora es! Debo ir a clase. —Extiende su mano para cobrar el resto del servicio.

—¿Tienes algún inconveniente en que nos veamos en esta misma cafetería a la mañana siguiente de cada encuentro con Javier? —le pregunto mientras busco el dinero en el bolso. Me dice que no y quedamos en que, cada vez que Javier se encuentre con ella, me mandará un mensaje al móvil y nos veremos a la misma hora. Después recoge el billete que le tiendo y sale corriendo.

Poco a poco mi cerebro va tomando conciencia de la mentira que ha sido mi vida los últimos meses. Mi marido se desespera por deshacerse de mi presencia para ir a pagar a una puta para que se vista de criada y, ¿cómo había dicho ella?, ¡Ah, sí!, le limpie el sable. No lo comprendo. A mí jamás me había pedido una cosa de esas. Sí, claro que habíamos practicado alguna que otra felación, incluso me agrada sentir el calor de su sexo en mis labios o el sabor de sus primeros deseos en la punta de mi lengua, pero jamás había utilizado aquellas palabras conmigo, jamás me había pedido que lo hiciera, surgía. Intento pensar en cómo hubiera sido la misma situación que Marta me ha descrito, pero conmigo de protagonista. Él allí sentado mirándome y yo,

vestida de criada, provocándolo, y por más que rebusco en lo más interno de la fantasía, no veo nada que yo no hubiera sido capaz de hacer o a lo que me hubiera negado. Y lo hubiera hecho gratis. ¿Por qué entonces con ella?

La robusta camarera se acerca y me saca de mis pensamientos.

—Disculpe, si no consume, no puede ocupar la mesa. —Con cara de pocos amigos, no me gusta que me interrumpen mientras pienso, le señalo las dos tazas de café y los dos platos que hay sobre la mesa—. Ya, pero su amiga ya se ha ido y usted lleva ocupando la mesa más de una hora con un solo café. — Sorprendida, miro a mi alrededor buscando a las personas impacientes por ocupar mi mesa pero, o yo ando mal de la vista o allí solo estamos yo y la gorda camarera, que, a fuerza de ser sinceros, ocupa casi la mitad del local. Cada vez entiendo más por qué aquella cafetería tiene tan poca clientela, pese al excelente café que sirven. Sin discutir, pago el desayuno de Marta y salgo de allí. Decido dar un corto paseo hasta mi oficina.

**E**l día es despejado y frío, los primeros días del mes de febrero siguen siendo parte del invierno. El cielo está raso y tiene un color azul blanquecino, como si debajo de su manto azul hubiera kilos y kilos de nieve blanca esperando a la llegada de su tren, las nubes. La calle está llena de gente, niños que gritan, señores que leen el periódico, señoras que gesticulan ante el atropello de los mozalbetes y yo, con mi cabeza a punto de estallar. «¡Por qué, Javi, por qué!».

En el kiosco de la esquina leo la portada de mi periódico (tenemos la costumbre de apropiarnos lingüísticamente de las cosas de las que solo formamos parte): «El partido gobernante se mofa del partido de la oposición por la falta de candidato a la alcaldía». Durante un instante me quedo quieta mirando a aquella portada. Una elucubración mental cruza por mi cabeza como una estrella fugaz, que dura un segundo, pero su estela permanece unos instantes más, al leer el titular. Tiene el mismo efecto en mi cerebro que un fuerte *flash* de una cámara de fotos, después de cegarte un segundo lo dejas de ver pero, cada vez que pestañeas, vuelves a ver su brillo. Es una locura. No puedo hacer eso. Algo similar se me pasó por la cabeza hace unos días, pero no puedo. O sí. No, no podría, sin embargo..., no sé. Definitivamente, tengo que pensarme si adquirir una camisa de fuerza. A este ritmo no tardaré en necesitarla, y mejor que sea de mi talla y a estrenar.

Camino de la oficina, la estela pasa un par de veces más por mi cabeza. Cada vez su brillo es más intenso, su estela más permanente. Cuanto más la analizo, más factible la veo, cuanto más la pienso, más me agrada. Llego un momento en el que acabo por convencerme que la idea es viable y, lo más difícil, me convengo a mí misma de que soy muy capaz. Así que al entrar en mi despacho lo primero que hago es buscar mi agenda y marcar un número de teléfono.

—Sí, buenas tardes, soy Gema Moreno. ¿Cómo que no le suena mi nombre? Soy la esposa de Javier Márquez. Ahora sí, ¿no? Muy bien, tengo algo que proponerles. —Según voy explicando mi idea, al otro lado del teléfono las expresiones van cambiando de estado. En un principio son de extrañeza. No acaba de creerse lo que le estoy proponiendo, es como si fuera veintiocho de diciembre y pensara que le estoy gastando una inocentada. Creo que en el fondo no se cree que sea ni quien he dicho ser. Después, a medida que le voy argumentando mi idea, su estado es de perplejidad. Solo me dice cosas como «no puede ser» o «¿me está usted hablando en serio?». El siguiente paso es el asombro, no dice nada. Me lo imagino al otro lado de la línea con la boca abierta y los ojos como platos, mientras sus pensamientos intentan asimilar toda la información. Incredulidad, el siguiente paso. «No puede ser». «Usted está mal de la cabeza». «¿Se ha vuelto loca?» Son sus frases en ese estado. No me queda más remedio que responderle a cada una de ellas de manera afirmativa. Después, casi una seguida de la otra, llegan la sorpresa y el entusiasmo. La idea empieza a calar en su cabeza como lo fue haciendo en la mía y ya empieza a colaborar con frases como «veré lo que puedo hacer» o «cuente con mi apoyo para lo que necesite». Finalmente, alegría. «Nos vemos mañana» es su interlocución en este último estado.

Cuelgo el teléfono y pienso en la locura que acabo de cometer. En estos casos siempre tiendo a hacer lo mismo. Cuando un auténtico disparate, una idea absurda y descabellada, se me mete en la cabeza lo primero que hago es implicar a más gente en esa idea. Así, en caso de llegar a pensar que la idea es inviable, siempre habrá más gente que me anime a seguir intentándolo.

Mi jefe entra en la oficina. Me observa atentamente y le sonrió con una sonrisa vacía de contenido.

—¿Va todo bien?

—Genial, dentro de poco empezaremos a vender periódicos como churros.

—Sin más que decirme, sale hacia su despacho. Si le hubiera contestado un simple «genial» habría seguido interesándose por mi estado, con la anunciada venta de periódicos sabía que me iba a dejar en paz.

El resto de la mañana y de la tarde las empleo en autopsicoanalizarme. Tengo que cambiar el chip, hacerme a la idea de que he dejado de ser una mujer felizmente casada. Incluso puedo ir adelantando acontecimientos y hacerme a la idea de que ni siquiera soy una mujer casada y que entonces no puedo comportarme como tal. También tengo que mentalizarme de que aquel

que unos días antes era mi abrigo, mi respaldo y mi apoyo, debe pasar al bando de los enemigos irreconciliables. Cuando los últimos rayos de luz natural se pierden por el horizonte de hierro y piedras de los edificios y la luz del alumbrado público es quien se encarga de iluminar las calles y mi despacho, siento que la sesión de psicoanálisis ha dado sus frutos y me veo con fuerzas y ánimos para afrontar mi nueva vida. He sacado del armario a la Gema periodista adalid de la soltería.

Cuando llego a casa, al contrario que los días anteriores, deseo encontrarme una nota o mensaje que me diga que esa noche no viene a casa. Cuanto antes sucedan cosas, antes tendré mi noticia. Es lo que tiene el cambio de punto de vista. Lo que antes me parecía una mala noticia ahora es la noticia esperada. Es algo que podría aplicar al resto de situaciones en mi vida. El lado positivo de las cosas del que tanto se habla y que yo estoy tan poco acostumbrada a buscar. Quizás sea deformación profesional. Las noticias positivas no son noticias publicables. Nadie llena páginas de periódico con buenas noticias. Las que venden son las dramáticas, las trágicas. Salvo en los periódicos deportivos, que tienen más ventas cuanto mejores son los resultados de los equipos, el resto de la prensa aumenta sus ventas cuanto peores noticias se producen. Será por eso que estoy mentalizada para ver ese lado negativo de las noticias, incluso cuando estas son parte de mi vida. Por desgracia, esta vez me tengo que quedar con el lado negativo otra vez. Ni notas ni mensajes en el contestador. Eso significa que hoy cena en casa. Que no va a visitar a Marta. ¿Y si me nota que lo sé? ¿Cómo le miro a los ojos sin que me note lo dolida que estoy con él? ¿Cómo hago para que no vea que en mis ojos no hay amor, como había antes, sino odio y sed de venganza?

Medito unos instantes. Entro en la cocina. Me preparo una cena ligera mucho antes de la hora habitual de cenar y me voy a la cama. Temprano, sin sueño, sin ganas, pero son menos aún las que tengo de encontrarme con él cara a cara. ¿Y si quiere besarme? ¿Y si pretende hacerme el amor? (o como se pudiera llamar al acto sexual entre un matrimonio sentenciado a muerte). Mejor estar en la cama y fingirme dormida, cansada o enferma. Todavía hay cosas para las que no estoy preparada. Sentir su cuerpo es una de ellas, me provocaría náuseas. Me las provoca solo pensarlo.

No llevo ni media hora metida en la cama cuando la puerta se abre. Saluda con entusiasmo desde la entrada, como suele hacer siempre. Normalmente, al oír su voz, sonrío mientras le espero en el salón. Hoy su voz me suena a

cuchillas rechinantes que agujerean el aire. Sabe que estoy en casa porque ha visto mis llaves colgando de la puerta, así que irá al salón y al no encontrarme se extrañara, irá a la cocina, verá los platos recogidos y se sorprenderá y, por último, vendrá a buscarme al dormitorio.

—¿Cariño, estás en casa? —vocea en el pasillo. No contesto. Finjo mi mejor cara de enferma, aunque sé que en cuanto entre por la puerta no me va a hacer falta fingir. Me va a poner enferma solo verle.

Entra en la habitación y enciende la luz. El paso de la oscuridad a la claridad me ayuda a poner cara de no encontrarme bien.

—¿Estás enferma? —pregunta desde la puerta con un tono de voz de contrariedad, como si mi supuesta enfermedad le supusiera un problema.

— No me encuentro bien —contesto, y no miento.

—¿Necesitas algo? —«Sí, que desaparezcas», pienso, pero solo hago un gesto negativo antes de taparme con el edredón. Apaga la luz y cierra la puerta. Solo cuando el ruido de sus pisadas queda amortiguado por la distancia, saco la cabeza de debajo de la ropa de cama. ¡FARSANTE! Siento rabia, mucha rabia. Cómo se atreve a tratarme así, con esa dulzura fingida, con esos mimos falsos, con esa atención inventada. ¡Yo no te importo una mierda, cabrón! Si lo hiciera, no te follarías a otra.

Me lo imagino en la cocina cenando solo. Seguramente se habrá preparado una ensalada y unos sándwiches para no tener mucho que limpiar luego. Con la tele puesta y sin prestarle ninguna atención. Con los pensamientos en otra parte. Casi seguro, pensando por qué esa noche no se ha ido con Marta en vez de ir a casa. O pensando en qué excusa poner para decirme que tiene que volver a salir para ir corriendo a sus brazos. Si supieras que lo sé, se te caería la cara de vergüenza, solo por atreverte a llamarme cariño.

A cada minuto que pasa mi rabia aumenta y, con ella, mis fuerzas y mis ganas de llevar a cabo aquella idea descabellada que había tenido por la mañana. Casi hasta puedo regodearme pensando en su cara, en caso de que todo me salga bien.

Le oigo andar de nuevo por el pasillo, sus pasos vuelven a acercarse a la habitación. Me tapo con el edredón para que no vea mi cara en caso de volver a encender la luz. Entra con cuidado, esta vez deja la luz apagada. Se cambia de ropa. Sale del cuarto y va al baño. Entra de nuevo en la habitación. Se acerca el peor momento de la noche, cuando se meta a mi lado en la cama. Cuando entra por su lado de la cama todo mi cuerpo está en tensión, estirado,

intentando alejarme lo máximo posible de su lado para evitar que me roce. Se pone a mi espalda.

—¿Te encuentras muy mal? —me susurra casi en el cuello y su aliento, antes cálido, me hiela la sangre y me hace estirarme hasta que los huesos de la columna me crujen.

—Sí —respondo—. No me siento nada bien, buenas noches. —Y me da un beso en los hombros que me produce unas arcadas que consigo contener al filo de mi garganta. Quizás si hubiera vomitado se hubiera dado cuenta de que no me encuentro nada bien en absoluto. Después se da la vuelta y parece quedarse dormido.

La noche se me hace eterna y amanezco con un fuerte dolor de espalda y de cervicales por la tensión acumulada durante las horas nocturnas. Me levanto con la sensación de que un tren de mercancías ha pasado por encima de cada uno de mis huesos. Él sigue en la cama, dormido, con cara de no haber roto un plato. ¡Falso hasta durmiendo! Supongo que al despertarse se extrañará de no verme en la cama con lo enferma que decía estar por la noche. Pensará en lo responsable que soy por acudir a mi trabajo pese a no encontrarme bien. O quizás, a fuerza de ser sinceros, pensará aliviado que esa noche no tendría que acudir a casa fingiéndose preocupado por mi estado de salud. Me da igual. Tengo una importante reunión a la que acudir.

Me pongo una elegante blusa de tonos salmón a juego con el pintalabios que elijo para la ocasión y una falda negra que me cubre hasta las rodillas. Lo suficientemente recatada para dar imagen de mujer seria y responsable, lo suficientemente provocativa para que mis piernas y mi escote nublen la atención de mis oyentes. Decido llevar mi pelo suelto, lo que me da una imagen más seductora y, con una sonrisa de triunfadora convencida, acudo a la reunión pactada el día anterior.

Los allí congregados me reciben con cierta sorpresa y asombro. Alguno de ellos no puede evitar que su mirada caiga a mi escote o incluso a la costura de mi falda. Está bien poderse aprovechar una de sus encantos cuando sus intereses así lo reclaman. Expongo mis argumentos, mis ideas y mis pretensiones a los allí reunidos, que me miran con distintas expresiones. Me dedico a observarles, dicen que la cara es el espejo del alma y nada mejor que leer las almas para saber si vas ganando la batalla.

—Buenos días y gracias por venir. Sé que a todos les sorprende verme hoy aquí. Si me prestan atención unos minutos, estoy segura de que terminaré por

convencerles. —Mientras hablo les observo con atención. Uno de ellos, el sentado más a la izquierda, un señor bajito y gordo con cara de importante, me mira con gesto serio y a los ojos. No se deja impresionar por mi vestuario ni por mis encantos y se centra en mis palabras y en mis gestos. Según sean mis afirmaciones, ladea un poco la cabeza o frunce el ceño, así que deduzco que cuanto más ladeada esté su cabezota, más cerca estaré de conseguir su aprobación—. Como periodista y esposa del candidato del partido contrario, conozco sus problemas a la hora de elegir candidato para las presentes elecciones. Ningún miembro de su partido quiere verse sometido a una humillante derrota que cercene para siempre su carrera política. Campaña tras campaña, ustedes presentan a un candidato ya en las últimas, sin ninguna esperanza en ganar. —A su lado se sienta un cincuentón medio calvo con gafas de culo vaso que vuelve en sí cada vez que me giro después de haberse quedado extasiado mirando mis posaderas cuando hablo mirando a la pizarra de la pared. No está prestándome ninguna atención y se le ve en la cara que es un claro espécimen de la especie *lameculum trepadorum*. Es decir, tendré su conformidad en el mismo momento en que el mandamás de su derecha me la dé —. Quiero que este año sea diferente. Quiero que este año puedan presentar a un candidato con opciones de victoria. —Al otro lado de la mesa, una recién estrenada cuarentona que intenta seguir vistiendo como una veinteañera. Su cara refleja los celos que en ella provoca que a mí me siga quedando tan bien aquella ropa que ella se tiene que empezar a olvidar de ponerse. Estoy casi segura de que, por muy buenas que sean mis ideas y por muy fundamentadas que estén, su negativa va a ser rotunda. Argumentaré para ello cualquier excusa absurda, pero cuento con su no desde el momento en el que entré en esta sala de reuniones—. Esa candidata con opciones quiero ser yo.

»Conozco al partido contrario, conozco al candidato contrario mejor que nadie y conozco la mejor forma de derrotarlo. Solo necesito que ustedes me den su aprobación para ser su candidata. —También hay un joven bien vestido que me mira con atención. Su mirada se mantiene inquieta, viaja desde la pizarra hasta los bajos de mi falda por igual. Asiente continuamente con la cabeza y, según va avanzando la reunión, su entusiasmo va aumentando. «Gracias corazón, cuento con tu sí». Hay un treintañero y una joven a su lado que se dedican más a pasarse notas entre ellos y a soltar risitas cómplices que a prestarme atención. Se miran, se sonríen, esconden las manos bajo la mesa, se ríen, se escriben una nota, se sonrojan, se vuelven a mirar y vuelven a



sonreír. Su decisión es una incógnita. Eso sí, decidan lo que decidan, lo harán los dos en el mismo sentido y sin tener la más remota idea de lo que están rechazando o apoyando. El resto dormita, bosteza y se sujeta la cabeza para que no les golpee contra la mesa. Un público duro, pero me reservo para el final de mi interlocución mi as en la manga, aquel que me va a dar el triunfo en la partida. Una bomba de relojería que guardo con destreza hasta el momento justo y entonces la hago estallar—. A cambio, yo les ofrezco la información necesaria para hundir la carrera política de Javier Márquez. Todos sus trapos sucios y mentiras expuestas a la luz de los medios de comunicación. Tengo pruebas de que Javier me es infiel y no voy a dudar en publicarlas si ustedes apoyan mi candidatura. —La onda expansiva es impresionante. El mandamás gira la cabeza hasta que su oreja se estampa contra su hombro. La bruja celosa se queda boquiabierta. El joven entusiasta comienza a aplaudir con efusividad en su butaca. La parejita por primera vez deja de mirarse y se me quedan mirando con cara de estar viéndome en ropa interior. Los adormilados aplauden con los ojos todavía somnolientos. «¡Victoria! Escalera de color al as. Imposible perder». Con sonrisa triunfadora y paso decidido, les dejo reunidos deliberando su decisión. Evidentemente, la respuesta va a ser afirmativa, pero tienen que tomarse su tiempo.

Me hacen esperar en un despacho cercano a la sala de reuniones. No creo que se demoren mucho en darme una respuesta, así que no tomo asiento y me limito a pasear por la estancia y a mirar por la ventana. Se me hace raro estar en la sede del partido que siempre he considerado rival y semanas antes no me hubiera imaginado jamás en esta situación, pero la vida da muchas vueltas y no tengo ninguna duda de que es aquí donde debo estar ahora.

La puerta se abre y entra el joven de mirada entusiasta en el despacho. Le recibo con una amplia sonrisa que él no tarda en corresponder. Me sorprende que no sea el mandamás calvo quien venga a hablar conmigo, pero su presencia resulta mucho más agradable.

—Pese a las discrepancias iniciales a su visita, tras escuchar su propuesta y analizarla, la decisión ha sido casi unánime. Estamos dispuestos a colaborar con usted. En cuanto nos haga partícipes de esa información que nos ha mencionado, daremos los pasos necesarios.

—Muchas gracias, denme unos días y tendrán la información.

—No creo que haya problema en esperar unos días. Aunque los plazos para presentar candidaturas se acercan.

—No se preocupe. Tendrán la información antes de terminar el plazo. Limítense a no presentar ningún candidato hasta entonces.

Salgo de la sede del partido con una sonrisa de triunfo en los labios. Cuando la idea de presentarme a las elecciones como candidato del partido rival de mi marido se me pasó por la cabeza, la primera vez me pareció una locura. A cada paso que doy en esa dirección, más brillante me parece. Durante mucho tiempo pensé que si algo le dolería perder a Javier era nuestra relación. Ahora, sabiendo lo que sé, tengo claro que lo que más puede hacerle sufrir es perder su sueño de alcanzar la alcaldía. Truncar su carrera política es, sin duda, lo menos que se merece por destruir nuestro matrimonio. Pero la aceptación por parte del partido es solo la primera de las cosas que necesito para llevar a cabo mi idea.

Camino de mi oficina, enciendo mi móvil. Durante la reunión lo he tenido apagado para evitar inoportunas y maleducadas interrupciones. Cinco segundos después, suena avisándome de que he recibido un mensaje mientras lo tenía desconectado. «Hola, soy Marta. Tu marido me ha llamado esta mañana. Quiere verme esta noche y me ha pedido que no atienda a ningún cliente después de las nueve. Mañana a las once de la mañana en la misma cafetería del otro día. Saludos».

Vaya, Javier se ha levantado animado. Escribo «de acuerdo» en la pantalla de mi móvil con la habilidad de un pato manejando un ordenador (mi destreza con esos aparatitos es prácticamente nula y siempre termino corrigiendo lo escrito varias veces antes de poder enviar los mensajes) y guardo el número de teléfono de Marta en mi agenda de contactos. Lo hago por el método tradicional, apuntando el número en un papel y transcribiéndolo después. Todavía no he aprendido cómo extraerlo de un mensaje, aunque Javier se haya esforzado horas y horas en explicármelo. Hay gente que nace con una habilidad innata para los avances tecnológicos y otras, como yo, que las pasamos canutas para publicar el rotativo del diario desde el ordenador.

Segunda buena noticia del día, tras el éxito en mi reunión, me aseguro también el no tener que fingirme enferma esta noche para no tener que verle la cara y me aseguro, además, que de madrugada no va a venir con ganas de ponerme una mano encima. Ya vendrá servido de roces carnales. Un verdadero alivio.

—Hola de nuevo, Gema. —Una voz conocida a mi espalda me saca de mis pensamientos.

—Roberto, ¿se puede saber qué haces aquí?

—Siempre es un gusto verte. Pero en esta ocasión solo quiero que le des las gracias a Javier por cumplir su parte. Que siga así y no tendréis noticias más durante un tiempo. Es mejor tener contento al hermano chalado.

—A ver si es verdad y dejo de encontrarme contigo por la calle.

—Tranquila, así será por ahora. No es de mí de quien debes preocuparte.

—Algún día me contarás a qué viene ese rencor hacia Javier.

—Mientras él cumpla su parte, yo cumpliré la mía. De todos modos, no tardarás mucho en darte cuenta de que Javier no es de fiar. Que pases un buen día, Gema. Y sigue tan guapa.

Camino hacia la oficina pensando que, por primera vez desde que lo conozco, tengo que dar la razón a Roberto. Ya me he dado cuenta de que Javier no es de fiar, pero aún no sé qué ocurrió entre ellos antes de conocerles y parece que ninguno de los dos me lo va a contar.

Ya en la oficina, decido hacer limpieza en mi bolso. Segundo paso en la ruptura de una relación, deshacerte de todas las cosas estúpidas que llevas encima solo porque te recuerdan a él o a los momentos que has pasado a su lado. La entrada de cine de la última película que fuimos a ver. La servilleta de nuestro restaurante favorito que me llevé el día que celebramos nuestro aniversario. Una nota traviesa y provocadora que me dejo un día en la puerta de la nevera y que aún conservo bien doblada en uno de los bolsillos internos del bolso. La foto del último viaje que hicimos juntos por Europa, en la que sale aquella camisa azul que antes tanto me gustaba y que ahora, al volver a ver la foto, tan horterera me parece. Decenas de recuerdos inútiles que lo único que hacen es ocupar sitio. Todos, hasta el más pequeño, van a parar a la papelera de varillas de metal con forma de canasta de baloncesto que hay en mi despacho. Después hurgo en busca de más recuerdos innecesarios a la vez que dolorosos en mi cartera. Encuentro una foto suya con una dedicatoria por detrás. «Siempre tuyo, te amo, Javier». Me entretengo rompiendo en minúsculos pedacitos la foto hasta que ni un solo rasgo de su cara, ni una sola letra de su dedicatoria queda reconocible.

Rebuscando en la cartera me encuentro una tarjeta con un número de teléfono. Desde que empecé a tejer la venganza en mi cerebro había pensado en llamarla. Cuando me la dieron sabía que la iba a utilizar, pero no imaginé que tan pronto.

Nerviosa, con unos nervios que afloran en cada esquina de mi cuerpo,

marco el número. Su inconfundible voz suena al otro lado de la línea después del tercer tono.

—¿Si? ¿Quién es?

—Hola, buenas tardes, soy Gema.

—Qué agradable sorpresa, no pensé que me fueras a llamar tan pronto, aunque me acabas de alegrar el día. Dime que me llamas por lo que yo pienso...

Con la voz entrecortada por los nervios y porque su áurea me influye incluso en la distancia, le explico el motivo de mi llamada. Me escucha en silencio, un silencio que me parece cálido, un silencio atento, no sé cómo, pero sé que me está prestando atención, que no es un silencio distante. Es como si al otro lado me estuvieran mirando fijamente a los ojos. Sin poder evitarlo, bajo mi mirada.

Terminada de exponer mi idea, con más titubeos de los normales, ella toma de nuevo la palabra.

—Muy bien, creo que podríamos llegar a un acuerdo. Estoy dispuesta a hacer lo que me pides si tú me ofreces algo a cambio.

—Te escucho —me dice sus pretensiones. Aunque en el fondo me esperaba que no iba a ser una petición normal viniendo de ella, no puedo evitar sorprenderme, incluso llevo a escandalizarme con lo que me pide.

—Aunque te lo parezca, en el fondo, no es tanto lo que te pido. Te aseguro tu anonimato y la máxima discreción. No es más que una muestra de absoluta entrega por tu parte. Asegurarme de que eres capaz de dar ese paso que vas a dar. Asegurarme de que eres de entera confianza. Creo que tú vas a ser la más beneficiada en este trato —me dice—. ¿Y bien? —Durante unos eternos segundos medito en mi cabeza su proposición.

Nunca me he creído capaz de hacer algo así, pero ahora me veo a punto de aceptar su trato. Su colaboración resulta muy beneficiosa y el intercambio, al fin y al cabo, no puede resultarme tan perjudicial, aunque nunca me he imaginado en esa situación.

—Acepto —digo con un hilo de voz casi imperceptible.

—Muy bien, apunta mi dirección. Quiero verte allí el sábado a las ocho.

—Apunto su dirección, tal y como me manda.

—Allí estaré.

Después escribo la noticia sobre política que abrirá la sección del periódico del día siguiente. Estoy segura de que mantendrá ocupado a Javier

un par de noches.

Llego a mi casa a las seis de la tarde. No hay nadie. Tal y como espero, en la puerta del frigorífico, la nota que me dice que no va a venir a cenar. Una reunión importante. Podría al menos cambiar la excusa. Arranco la nota y la arrojo a la basura con más desgana que rabia. Me quito la ropa y me doy una ducha. El agua caliente alivia mi tensión. Recorre mi cuerpo desde mi cara, que la recibe con ansia y los ojos cerrados, igual que se recibe un beso, y baja por mis hombros, mis pechos, mi espalda, mis nalgas, mi sexo y mis piernas, hasta perderse por la planta de mis pies llevándose por el desagüe mis molestias y cubriendo mi cuerpo de una agradable y tibia sensación de tranquilidad. Me seco mirando el reflejo de mi cuerpo en el espejo lleno de vaho. Mi silueta se ve atractiva, sugerente, al menos a mí me lo parece. Me veo guapa, deseable, provocativa en esa imagen difuminada de mi cuerpo. Si quisiera, podría conseguir al hombre que me propusiera y, sin embargo, no he sido capaz de conservar al único que he amado. Curiosa contrariedad de la vida.

Tras un pequeño suspiro de lamento, me seco el pelo con la toalla y el secador y me visto con mi camisión blanco semitransparente. Provocativa, sugerente, lasciva y sola. Me visto como si esperara tener un encuentro sexual de alto voltaje y lo hago porque sé que él no va a venir a casa. Hace unos días no tendría sentido, ahora lo veo como algo lógico. Quiero sentirme guapa y deseable, pero no quiero que sea él quien me desee.

Tomo una cena liviana y me siento en el sofá a ver la tele. Son las nueve menos cinco. En cinco minutos Javier, haciendo alarde de su puntualidad, pasará a recoger a Marta. La obligará a ponerse un disfraz y se la llevará a la casa con jardín a fornicar con ella, mientras yo veo un programa absurdo sobre la prensa del corazón. Una sonrisa irónica nace dentro de mí. Cada vez que se me repite el pensamiento de Javier en brazos de otra, la opresión en el pecho es menor, duele menos. Esta vez, casi ni he llegado a sentirla. A todo se acostumbra una con el tiempo. A mayor traición, más dulce sabe la venganza.

La programación televisiva es soporífera. Nada visible, masticable, digerible. Horrorosa. A las nueve y media ya la he apagado. Pero no me muevo del sofá. Medio tumbada, con las piernas recogidas en lo alto, con los pies desnudos y apoyada sobre mi mano derecha, me quedo mirando los muebles del salón sin fijar la mirada en nada en concreto. Libros, fotos, cuadros, todo se ve difuso. Lo miro, pero no llego a verlo con nitidez. Mi

visión y mi mente viajan más allá, al otro lado de la pared, más allá de la casa de los vecinos, más allá incluso de la ciudad. Mi mirada viaja hasta las afueras y se detiene delante de la casa con jardín, frente al coche aparcado en la entrada. Busca la ventana con luz y sube hasta ella. Desde allí, se queda mirando la escena.

Él está sentado en un sofá de color gris oscuro, casi negro. Solo veo su cabeza, fija, no se mueve. Delante de él, al otro lado de la habitación, ella esta vestida de criada. El mismo traje que le hizo ponerse la noche de la cena benéfica. Ella le da la espalda y limpia la casa. El traje le queda visiblemente pequeño. Solo con levantar el brazo del plumero, la blusa negra con adornos blancos se le sube dejando a la vista parte de su cintura, su costado y su espalda. También se puede ver una pequeña fracción de tela de su blanca ropa interior. La falda es rígida, como si alguien la hubiera lavado con almidón para que pierda su vuelo natural. Con esa rigidez, el mínimo movimiento de ella para agacharse le hace enseñar el interior de sus muslos. Ella lo sabe, lo disfruta, se recrea, juega. Él no se mueve, mantiene la cabeza erguida, apoyado en el respaldo del sofá. Ella se gira, le dice algo. No puedo distinguir sus palabras, hasta allí solo han viajado mis ojos.

Se acerca a él despacio. Desabrochándose uno a uno los botones de su corpiño. Sin prisas, descubre sus pechos. No lleva sujetador. Juguetea un rato con ellos. Los acaricia, los aprieta, los pellizca, los humedece con la punta de sus dedos después de ensalivarlos con su lengua. Se acerca los pezones a la boca, los lame con la punta de su perversa lengua. Sus marrones aureolas quedan firmes, altivas. Se arrodilla. La pierdo de vista. Él echa su cabeza hacia atrás. Los ojos cerrados, la boca entreabierta, de la que deben escapar gemidos para mí inaudibles. Una limpieza de sable, así lo llamó ella, así dijo que lo llamaba él. Su cara se transforma, deja atrás la serenidad y se contrae en gestos de placer. Un par de minutos después, arquea su espalda, se convulsiona, se estremece.

Ella se levanta y puedo ver su cara impregnada de semen. Recorre sus pómulos, cae por sus mejillas, blanquea la comisura de sus rojos labios. Su lengua los limpia sin dejar de mirarle. Él se levanta. Veo su espalda desnuda. No lleva ropa. La alza en brazos y la lleva contra una de las paredes de la casa. La baja al suelo. Con violencia la quita la ropa interior. La minifalda se la deja puesta. Vuelve a alzarla en brazos y la aprieta contra la pared. Sus anchas espaldas la cubren. Solo veo sus desnudas piernas abrazando su cintura

y su cabeza apoyada sobre los hombros. Tiene los ojos cerrados, la boca abierta. Gime, se le seca la boca con sus jadeos. Sus rasgos delatan que está sintiendo un intenso placer. Él no deja de embestirla con fuerza contra la pared sujetándola entre sus brazos. A cada empujón de su sexo hacia lo más profundo de su intimidad, ella abre la boca. Descubro que va a llegar al orgasmo cuando sus uñas se clavan en su espalda.

Mi mirada se aleja, sale al jardín, vuelve a la ciudad, pasa por la casa de mi vecino y atraviesa la pared de mi salón para volver a mi lado y descubrirme con una mano entre mis piernas y los frutos de un orgasmo resbalando por entre mis dedos. Lo mío es de psiquiatra. Una mancha oscura en mi camisón vaporoso delata aún más mi locura. ¿Necesidad? ¿Perversión? ¿Qué es lo que me ha llevado a excitarme imaginando a Javier con Marta? No lo sé, pero es evidente que mi excitación ha sido grande. Aún me tiemblan las piernas. Me aseo antes de irme a la cama.

Recibo a la mañana con la sensación de que la noche anterior ha sido un sueño. No hay nadie a mi lado, pero ha estado allí. Aliviada por su ausencia, me desperezo sin prisas. Son las nueve de la mañana y Marta no me espera hasta las once. Salgo de la habitación a medio vestir. Con la tranquilidad que da encontrarse sola en casa.

—Buenos días, cariño, te esperaba. —Los pelos de la nuca se me erizan, mi tranquilidad se evapora, los nervios se me alteran. «¿Cariño? ¡Maldito cabrón!».

Allí está, sentado en su silla de la cocina con la prensa en la mano, masticando con parsimonia una tostada untada en mermelada. Con la poca vergüenza de lucir una sonrisa en la boca.

—Buenos días —contesto, aunque no se los deseo.

—Estaba leyendo tu periódico. ¿Desde cuándo sabías tú esta noticia? —me dice mostrándome la portada del periódico en la que se puede leer en letras grandes. «El partido de la oposición parece que encuentra candidato».

—Ayer a última hora recibimos la información. Como no viniste a casa —digo enfatizando cada una de las sílabas—, no te pude comentar nada. De todos modos, no creo que eso cambie mucho las cosas. Las encuestas te dan como claro favorito. Sea quien sea el candidato, no tiene nada que hacer. ¿No crees?

—Eso también es cierto —me contesta con aires de superioridad manifiesta—. Supongo que hoy tendré un día ajetreado en la sede del partido.

Habrá que estar atentos a la fecha que vayan a hacer la presentación de la candidatura para ir estudiando los puntos débiles de mi rival.

—Sí, eso es cierto —respondo mientras ya salgo de la cocina—. Él ya habrá tenido tiempo desde que te presentaste como candidato de estudiar los tuyos.

Sin apenas desayunar me voy a la habitación a cambiarme de ropa. No quiero que Javier piense que mi vestimenta es una provocación a sus sentidos. No quiero que se me acerque. Me da asco solo de pensar que me va a dar un beso al salir de casa. Decido ser yo quien salga antes sin apenas despedirme.

—Me voy a la oficina. Nos vemos a la noche —le digo casi desde la puerta para evitar que se acerque. Ni siquiera me quedo a escuchar cómo se despide.

Salgo de casa poco antes de las diez y voy directa a la cafetería donde, dentro de una hora, he quedado con Marta. Me tiene que contar su noche anterior. ¿Se parecerá a la que mi mirada había visto a través de las paredes de mi salón? Tengo curiosidad. Además, no sé por qué, Marta me resulta agradable. Su manera directa de decir las cosas, su sinceridad sin pelos en la lengua, sus detalles a la hora de intentar dulcificar las partes más comprometedoras de sus relatos, su aire juvenil e inocente, pese a su profesión, me hacen sentirme a gusto hablando con ella. No es una roba maridos que intenta destrozar un matrimonio, ella se limita a hacer un trabajo por el que le pagan y que, le guste o no, hace lo mejor que sabe.

A las once en punto entra en la cafetería. Se la ve más despierta que la vez anterior. Se nota que le ha dado tiempo a ducharse por la mañana, porque su pelo brilla con intensidad bajo la luz del sol matutino. Al contrario que la otra vez, lo lleva suelto, lo que la hace más atractiva. Se ha maquillado y sus pómulos tienen más color que la anterior mañana, que venía con las marcas de las sábanas. Sus labios, pintados de rosa. Viene con un pantalón vaquero roto a la altura de ambas rodillas y un jersey rojo de cuello vuelto. Al verme desde la puerta, esboza una sonrisa. Deja una carpeta sobre la mesa tras darme los buenos días y se va a la barra a pedir un café. La carpeta denota su juventud casi infantil. La lleva llena de fotos, pegatinas y recortes de varios actores y actrices. En su interior asoman, desordenadas, varias hojas con apuntes. Vuelve a la mesa con el café humeante entre las manos.

—Como ves, hoy he venido a la hora. Ayer pude irme antes a casa y he dormido mejor.



—Se te nota. Hoy estás mucho mejor, mucho más guapa.

—Vaya, gracias. Tú también eres muy atractiva. —Me ruborizo—. Ya quisiera yo estar tan guapa a tu edad. —Me cabreo—. Bueno, ¿empiezo a contarte qué pasó ayer?

—Sí, por favor. Antes de que te tire el café por encima por llamarme vieja. —Se ríe y me pide disculpas. Se las acepto.

—Pues tu marido llegó muy puntual. Yo había rechazado a un cliente minutos antes que se había ido bastante cabreado por no poder disfrutar de mis servicios. Me metí en el coche y me dio la bolsa con la ropa. Esta vez el traje era de policía. Con solo verlo, me hice a la idea de lo que me iba a pedir y me fui metiendo en el papel.

»La verdad es que nunca pensé que trabajando de puta fuera a hacer un máster especializado en interpretación, pero gracias a Javier mi carrera como actriz parece que promete. —Me dedica una sonrisa. Desde nuestro primer encuentro ya no ha vuelto a llamarle nunca Javi—. Como siempre, me cambié en el coche mientras él conducía. Me puse el traje, me até el pelo y me puse la gorra. El traje era completito. Tenía placa, porra y esposas, solo le faltaba un arma. Cuando aparcó el coche yo ya estaba metida en mi papel. En cuanto entramos en la casa y cerró la puerta se cambiaron nuestros papeles de cliente y puta por los de policía y sospechoso. «Muy bien, de cara a la pared ahora mismo», le dije amenazándole con mi porra, y me obedeció sin rechistar. Luego le cacheé con detenimiento, centrándome sobre todo en sus muslos, su culo y su paquete. No tardé en notar cómo se excitaba con el roce de mi mano. En uno de los bolsillos llevaba una bolsita de plástico, con marihuana, la llevaba con toda la intención de que lo encontrara y tuviera un motivo para detenerle. —Javier con marihuana encima, ¿de dónde la habría sacado?, ¿la consumía? Nunca le había visto fumarla, pero tampoco le había visto antes con otra y ahora estaba hablando con ella—. Así que lo hice. Le esposé, con las manos en la espalda, y me lo llevé detenido. Le senté en su sofá favorito y comencé un ficticio interrogatorio sobre el motivo de la posesión de aquella droga. Mientras le interrogaba y le amenazaba con mandarlo a prisión me acercaba todo lo que podía a él. Tanto, que le colocaba mis tetas en su cara. Él luchaba por soltarse de sus esposas y cogérmelas, pero no podía. La verdad es que, por una vez, disfruté de esa sensación de poder sobre un cliente y no al revés. Hice con él lo que quise. Hasta le obligué a ponerse de pie y le quité

los pantalones y los calzoncillos, con toda la intención de hacerle una exploración de su culo para ver si llevaba más droga escondida.

»Tendrías que ver lo mono que está con los pantalones en los tobillos, el culo en pompa y gimiendo desconsolado que no llevaba más droga encima, mientras yo me encargaba con dos dedos de comprobarlo. Le dije que verlo así me estaba poniendo cachonda, lo cual era absolutamente cierto y no solo parte del papel, y le tumbé en el sofá y me senté sobre su empalmada polla y me aproveché de él hasta que no pudo resistirse más y se corrió dentro de mí aullando como un perro. Se había excitado tanto que, cuando le quité las esposas, se había ensangrentado las muñecas del esfuerzo por soltarse. — Ahora que lo dice, Javier esta mañana llevaba las mangas de la camisa abrochadas y en casa siempre suele remangarse al desayunar. No le había dado importancia porque estaba más pendiente en salir de allí—. Después, como la vez anterior, me cambié en el cuartito y me llevó al túnel. Eso fue todo.

Así que esta vez el traje había sido de policía. Lástima de foto para verlo esposado.

—Aún tenemos tiempo antes de que tengas que volver a clase. Cuéntame algo de ti —le digo a Marta.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, ¿cuánto tiempo llevas en esto?, ¿cuánto tiempo más vas a estar? Si disfrutas con tu trabajo. Si no te sientes culpable acostándote con hombres casados que pagan para serles infieles a sus mujeres. Esas cosas.

—Llevo un año. Creo que, al ritmo que voy, en un par de años más me pagaré la carrera. Hay días en que mi trabajo es una auténtica mierda y otros en los que salgo encantada, pero eso nos pasa a todos. ¿Acaso no tienes días en el trabajo en los que el jefe se pone insoportable y por mucho que hagas nunca se queda satisfecho y sales del trabajo con dolor de cabeza y un malestar general tal que solo te apetece meterse en la cama? Pues a mí me pasa con algunos clientes. Por suerte, mi jefe es un encanto. Y con respecto a lo de si me da vergüenza o no. Como mujer, me parece despreciable. Como trabajadora, me limito a hacer mi trabajo. En el tiempo que pasan conmigo, son mis jefes y me limito a hacer lo que ellos me piden. Me da igual que sean casados, solteros, divorciados o viudos. ¿Alguna vez te has visto obligada a escribir un artículo que no deseabas escribir solo porque te lo ha mandado su

jefe? Pues, salvando las distancias, hay clientes que atiendo con más ganas que otros y a algunos que no atendería nunca si no fuera por dinero.

—Lo entiendo —le digo—. Háblame de tu ángel guardián.

—Uff, Ángel, si le conocieras, te atraparía. Es guapo, simpático, listo, provocador, sensual, atractivo y buena persona. Tiene treinta años extraordinariamente bien puestos. Sus ojos son de un verde intenso en los que es imposible no perderse. Se parecen a los tuyos. Su boca es dulce y cálida y su sonrisa cautivadora. Cuando hablas con él, su voz parece llegarte a los oídos desde todos los lados, como si hablara a través de un equipo estéreo, y su voz te envuelve en un manto de seguridad y confianza. —Mientras me habla, Marta no deja de jugar con su pelo ni de manosear un colgante. La primera vez que hablamos también hizo lo mismo—. Es imposible decirle que no a nada y, sin embargo, nunca se aprovecha de ello y nunca te pide nada. Es servicial, atento, discreto y sincero. Una joya de hombre que no se ha dejado atrapar por ninguna mujer, aunque nos tiene a todas idiotizadas. —Me río con ganas.

—Vaya, eso es una descripción apasionada. Se te ve entusiasmada con tu jefe. Buena descripción, pero yo te preguntaba más por tu relación con él. ¿Cómo os conocisteis? ¿Cómo llegó a convertirse en tu ángel de la guarda? ¿Cómo es vuestro trato comercial? Esas cosas. De todas maneras, ya me he dado cuenta de que, por lo menos a ti, te tiene conquistada. —Se sonroja.

— Sí, la verdad es que sí. Pero él solo me ve como a una más de sus chicas. Con tenerlo cerca y su amistad, de momento, me tengo que conformar. Con eso y con sus pagos... —Y deja la frase en el aire con una sonrisa maliciosa y traviesa—. Le conocí intentando hacerme un sitio en la ciudad. No conocía a nadie, acababa de llegar de mi pueblo, empezaba mis clases de interpretación y ya veía que el dinero no me iba a llegar. Mis padres no están de acuerdo con mi vocación de actriz, así que no me apoyan económicamente. Estoy segura de que están deseando que fracase y vuelva a casa con la cabeza agachada para decirme un «ya te lo dijimos». Intenté buscar trabajo como camarera o canguro para no dar el gusto a mis padres, pero sin experiencia, y pese a mi buena presencia, no me daban trabajo en ningún lado, y con aquellos que me daban una oportunidad no pasaba de la segunda tarde sin ser despedida, o por mi poca destreza atendiendo la barra o por los celos de la esposa, que no quería tenerme cerca de su marido mucho tiempo. Hasta que un día, en uno de los bares en los que intentaba conseguir trabajo, se me acercó Ángel. Me invitó a una copa y a charlar en una de las mesas. Acepté porque,

ya desde el primer momento, me cautivaron sus ojos verdes. Después, cuando empezamos a hablar de a lo que se dedicaba me levanté de la mesa y me fui. Aunque acepté quedarme con su tarjeta de teléfono. Quizás no por querer aceptar el trabajo en aquel momento, pero sí por si me apetecía tomar otra copa con él algún día.

»Un mes más tarde, cuando mi situación no mejoraba y estaba a punto de decidirme por dejar mis estudios y volver al pueblo, aun teniendo que soportar las miradas de mis padres, me encontré con la tarjeta de teléfono en el bolso y le llamé. Volvimos a encontrarnos en un bar y acepté su oferta. En un principio, esperaba hacer uno o dos trabajos hasta encontrar otro empleo, pero el tiempo fue pasando y aquí me tienes. Me puedo pagar los estudios y no he tenido que volver al pueblo. Aunque espero poder dejar pronto el trabajo, eso sí, sin perder el contacto con Ángel, a ser posible.

—¿Me lo podrías presentar? Quiero conocerle.

—Creo que sí. Hablaré con él a ver qué me dice y, si está dispuesto a conocerte, vendrá conmigo la próxima vez que quedemos. ¿Te parece?

—De acuerdo. He visto que, tanto la última vez que hablamos como hoy, no dejas de tocarte el pelo y de acariciar el colgante que llevas.

—Ah, sí. Ya me lo dijeron en muchos *castings*. No puedo evitarlo. Cuando me pongo nerviosa me toco el pelo todo el rato. Si quiero conseguir más papeles, voy a tener que librarme de esa manía. El colgante es un regalo de mi hermana mayor. Es la única que me apoyó cuando me fui de casa con la idea de ser actriz metida en la cabeza. Me ayuda a recordar que todo merecerá la pena si consigo mi objetivo de ser actriz algún día. Me gustaría mucho que mi hermana se sintiera orgullosa de verme en el cine. Si me viera ahora...

—¿Y qué tal te va en eso de ser actriz?

—La verdad es que no muy bien, pero sigo estudiando para ello. Apenas he trabajado en un par de anuncios en los últimos años. El único papel que he tenido en una película, con frase, tampoco es que lo consiguiera por mis dotes de actriz, así que diría que, hasta el momento, mis padres tienen razón. Pero aún no pienso dársela. Cuando termine mis estudios demostraré que se equivocan.

—¿Cómo conseguiste el papel?

—De la misma forma que ahora gano dinero para pagarme los estudios. Está visto que se me da mejor follar que actuar. Ahora tengo que volver a clase. No me olvido de preguntarle a Ángel si puede venir. Hasta pronto.

Extiende la mano para cobrar su tiempo y sale del bar con prisas para acudir a clase. Es curioso lo que algunas están dispuesta a hacer por conseguir sus metas. No sé si yo sería capaz de hacer algo parecido por conseguir las mías.

Los siguientes dos días transcurren sin llamadas de Marta. Javier duerme los dos días en casa, por lo que soy yo la que tengo que poner excusas para no ir pronto. Le digo que soy yo la que tiene que quedarse en el trabajo hasta tarde. Reuniones e imprevistos se convierten ahora en mi excusa para no verle, aunque me tenga que pasar las horas muertas paseando por la calle o encerrada en mi despacho sin nada que hacer. No quiero que intente acercarse mucho a mí. No soportaría que intentara acostarse conmigo.

**E**l viernes, aprovechando que sé que él tiene una reunión de partido de la que no puede escaquearse, decido que es un buen momento para seguir con mis investigaciones y decido ir a la casa en busca de información. Espero encontrármela vacía, siendo de día y estando Javier ocupado en otros menesteres.

Cuando llego a la casa, busco en las piedras de la entrada, como hizo Javier la primera vez. Es curioso que no lleve las llaves encima y las deje escondidas en la puerta. Será para que no me dé cuenta de su existencia. Pero podría dejarlas en su despacho. No sé, mi instinto periodístico me dice que hay algo raro en eso. El llavero que hay bajo la falsa piedra tiene tres llaves. Con la más pequeña abro la verja de la entrada, que da a un pequeño jardín sin decoración, pero con el césped bien cortado, y a un camino de piedras donde Javier suele dejar aparcado el coche. Después, con la segunda llave que cuelga del llavero, la más larga, abro la puerta principal, roja, que destaca en la blanca pared.

Tras cruzar el umbral de la puerta, a mi izquierda, hay una cocina espaciosa en colores rojos y negros que, por lo limpia que está, se nota a la legua que no ha sido usada muchas veces. Los muebles y la placa de cocina no muestran el desgaste del uso, tampoco el polvo del abandono, así que alguien mantiene limpia la casa. Los cajones de la isla central tienen todo lo necesario para cocinar, pero el frigorífico y las despensas están vacías. Tras curiosear en todos los cajones, salgo de la cocina y voy al otro lado del pasillo, donde hay un despacho. Con su mesa de madera y sus estanterías llenas de libros, no se diferencia mucho del que Javier tiene en casa, salvo porque en este no hay ni un solo papel sobre la mesa ni en ninguno de sus cajones. En una esquina del despacho, un pequeño cuarto de baño con todo lo necesario para el aseo

personal. Un espejo, una ducha, un lavabo y un retrete. Aquí será donde se quita el olor a puta antes de volver a casa.

Me llama, de nuevo, la atención la estantería llena de libros. ¿Qué pinta una biblioteca tan amplia en una casa que se usa como picadero? Uno de ellos me llama la atención por tener las tapas más gastadas que los demás. Debe ser de los pocos libros que han sido leídos. Me sonrío irónica al leer su título. *Entre sus manos*. Un libro de temática sexual que narra las experiencias de una mujer durante una relación de sumisión. A eso sí que le veo utilidad en la casa.

Al final del pasillo, un salón. Un sillón espacioso de poliéster gris y una gran pantalla de televisión son sus piezas principales. Algunos armarios y una mesa central. Es curioso, pero apenas tiene ventanas y es una pena, teniendo en cuenta el patio trasero que tiene la casa y que yo recorrí en mi primera visita. No tiene lámparas, usa luces led incrustadas en el techo. Un sillón de cuero negro en uno de sus rincones. Debe ser el que me ha comentado Marta que es el favorito de Javier y desde el que le observa cómo limpia el salón vestida de criada. En el mismo lado, pero en su esquina izquierda, unas escaleras que suben al piso de arriba. Las escaleras terminan en otro enorme salón con dos sofás en el que se pueden albergar a más de diez personas sentadas con total comodidad. Eso me lleva a pensar si mi marido no trae a la casa a más personas que a Marta y para qué las trae aquí. ¿Tendrá otras relaciones sexuales que yo todavía desconozco? Una de las paredes del salón está completamente ocupada por un armario. ¿Qué pinta un armario en una sala? La curiosidad me lleva a abrirlo. Ver su contenido me desencaja la mandíbula. Definitivamente, aquí acude más de una persona.

El armario es tan grande como una habitación de mi casa y está a rebosar de todo tipo de prendas y disfraces. Hay trajes de cuero, vestidos de enfermera, criada, maestra, hasta un disfraz de caperucita roja. Aquí están los trajes y vestidos de todas las fantasías sexuales que yo conozco y alguna que no he llegado a imaginar hasta el momento de abrir la puerta del armario. Además de la ropa que cuelga de las perchas, hay varios cajones repletos con toda clase de juegos y juguetes eróticos. Juegos de mesa, consoladores de todos los tamaños, vibradores de todos los colores, esposas, antifaces, fustas, bolas chinas, arneses, preservativos, aceites para masajes llenan los cajones del armario como si del muestrario de una tienda erótica se tratara. De esto ya me habló Marta en uno de nuestros encuentros, pero no me esperaba que fuera

tal la cantidad de artículos. Con mi móvil, voy sacando fotos a cada uno de los rincones del armario y de los cajones.

¿Usará mi marido todos estos trajes y artilugios o, como empiezo a sospechar, por aquí pasa más de una persona a realizar sus fantasías? Eso explicaría por qué mi marido pasa antes por la casa a recoger los disfraces o por qué las llaves de la casa están escondidas en la entrada. ¿Estaría ocupada la casa el día que lo descubrí y por eso tuvo que usar un motel? Seguramente. Y gracias a eso yo he abierto los ojos.

Al otro lado del inmenso salón, la ventana que me abrió los ojos dibujando las siluetas de mi marido y de Marta. Me llama la atención que en este segundo salón no haya televisor. Ahora que lo pienso, cuando las siluetas se desvanecieron en la ventana no pudo ser para caer sobre una cama, como yo imaginé. Aquí solo están los sofás.

Sigo mirando el resto de las habitaciones del piso de arriba. Dos habitaciones y un cuarto de baño completan las estancias de la casa. Una habitación solo tiene un sillón colocado frente a la inmensa cama que casi llena todo el espacio. Podrías compartir cama con otras tres personas y no te enterarías de su presencia en toda la noche. En un principio, la colocación frente a la cama del sillón me desorienta, pero recordando la utilidad de la casa, no tardo en encontrarle sentido. Debe ser el lugar de los mirones.

El cuarto de baño es más un *spa* que un cuarto de baño. Tiene jacuzzi, bañera con hidromasaje y espejos por todas partes. Imaginar lo que se puede hacer en aquel lugar me revuelve el estómago y me causa envidia al mismo tiempo, es una sensación extraña que no había experimentado nunca antes. Es el primer cuarto de baño que veo que dispone de bañera y ducha a la vez. La ducha tiene una cristalera, pero no tiene cortinas. Debe ser donde se ducha Marta mientras Javier la observa después de terminar sus citas. No puedo evitar imaginármela allí desnuda tras follarse al que es, todavía, mi marido y sentir una punzada de dolor en el corazón.

La otra habitación parece una pequeña sala de cine. Tiene varios asientos, un gran televisor y debajo un armario cerrado con llave. Me decido a probar con la tercera llave del llavero de la entrada. Cuando el armario se abre empiezo a fotografiar su contenido con mi móvil. En el armario hay decenas de DVD con películas de títulos tan soeces que no necesitan explicación sobre su argumento, además de otros con títulos como *Reunión del doce de octubre* que llaman más mi atención. En uno de los cajones, guardadas en pequeñas bolsas



de plástico, dosis de varios tipos de droga y fármacos. Solo soy capaz de distinguir la cocaína, la marihuana y la Viagra. Fotografio cada una de las bolsas intentando dejar todo otra vez en su sitio.

Tentada estoy de sentarme a ver alguna de esas cintas con «reunión» en el título para ver qué se hace en aquella casa y para ver si, en alguna de ellas, aparece Javier, pero empiezo a estar segura de que mi marido no es la única persona que usa la casa y salgo con prisas. No quiero ser descubierta allí dentro. Entré con la seguridad de que mi marido no iba a poder acudir, pero ahora que sospecho que la casa no es solo usada por Javier, no sé quién más puede llegar a la casa ni en qué momento. Si la casa no es de Javier, ¿de quién es?

Creo que cada vez que descubro algo, una nueva incógnita ocupa su lugar. Y ya que no puedo preguntarle directamente al implicado, espero que Marta pueda responderme a algunas preguntas la próxima vez que nos encontremos. Aún estoy esperando a saber si voy a poder conocer a Ángel.

La noche del viernes al sábado apenas consigo conciliar el sueño. Javier duerme a mi lado. Ha intentado tener sexo conmigo, pero le he dicho que me duele mucho la cabeza. Cuando me ha dado un beso, casi me hace vomitar. Después de tres días sin encontrarse con Marta, se ve que tiene ganas de marcha. ¡Que se joda! A mí no va a volver a tocarme en la vida.

Pero no es eso lo que me impide conciliar el sueño. Es el hecho de saber que, a las ocho de la tarde, he quedado con Stela en su casa. No me puedo quitar de la cabeza la petición que me hizo por teléfono y no sé si voy a ser capaz de llevarla a cabo. La ayuda de Stela es esencial para llevar a cabo mis planes de venganza, pero sus peticiones son completamente diferentes a las que cualquier otra persona me hubiera hecho a cambio de su ayuda. Stela, desde que la conocí, siempre ha conseguido descolocarme. De ella es de la única persona que podía esperar una petición así. Y creo que es la única persona que es capaz de hacerme contestar afirmativamente.

Esta vez soy yo la que dejo una nota en el frigorífico avisando de que esa noche no voy a ir a casa a cenar. «Tengo una cita a la que acudir», escribo en la nota procurando usar el mismo tipo de palabras que utiliza él en sus notas cada vez que se ausenta.

Llego a casa de Stela puntual como un reloj suizo. En realidad, he llegado quince minutos antes de las ocho, pero es el tiempo que he necesitado para armarme de valor y tocar el timbre de la casa. Solo pensar en lo que va a ocurrir dentro me hace sentir turbada. Y más que mi valor ha sido el hecho de no fallarle a su orden de presentarme allí a las ocho lo que me ha hecho salir del coche y pulsar el timbre.

Me abre la puerta elegantemente vestida. Con su pelo negro suelto y esa mirada tan intensa y brillante que se puede ver reflejada en ella todos mis temores. Nada más sentirla, me hace agachar la cabeza y mirarla a sus zapatos

de tacón alto. Me invita a entrar sin darme las buenas noches siquiera. Se muestra más altiva que la vez que me dio la tarjeta para llamarla. No es tan amable ni me dedica ningún piropo como esa vez. Se comporta más como en nuestro primer encuentro que me descolocó por completo, dentro del cuarto de baño, y en el que terminó dándome un beso en la boca.

Me lleva por la casa y, libre del embrujo de su mirada, me limito a seguir sus pasos y observar el lugar.

Mi casa entera entraría en el salón que cruzamos de su casa. No tiene ni sofá ni sillones, ni tan siquiera un televisor. Es un espacio enorme en el que solo hay colocadas seis sillas alrededor de una mesa y un gran armario con cristalera prácticamente vacío. En el pasillo, dos grandes espejos de cuerpo entero te permiten verte en 360°. Algo que me parece innecesario, un poco psicótico. Su cuarto de baño, lugar al que finalmente me lleva, es..., imagina tu lugar ideal de vacaciones, sus vistas, cómo te hace sentir estar allí sin estrés ni preocupaciones. Así es su cuarto de baño. Un lugar mágico que es parte de mis sueños.

—Desnúdate. —Estoy tan distraída con lo que me rodea que tardo en asimilar que sus palabras van dirigidas a mí—. Desnúdate —repite, esta vez con un tono más imperativo.

Aunque ahora ya sé que habla conmigo, tardo unos segundos en obedecer. Esto forma parte del acuerdo que habíamos hablado por teléfono, pero no esperaba que su voz sonara tan imperativa ni tan pronto. Mi parte sensata sigue oponiendo resistencia a esta locura. Finalmente, deslizo los tirantes del vestido por mis hombros y este cae al suelo. Me he vestido adecuadamente para la ocasión con un vestido negro corto con la esperanza de que al verme atractiva no siguiera adelante con su petición, pero no funciona. Me quedo mirándome en el espejo en ropa interior.

—Del todo. —Mis manos sueltan obedientes los cierres de mi sujetador y, con menos decisión, también bajan mis bragas al suelo—. Muy bien, ahora cambiemos ese rostro angelical por uno más acorde a ese cuerpo. —Me hace quitarme el maquillaje de tonos pastel. No llevo mucho maquillaje, solo un poco de colorete y pintalabios, así que no tardo en ver mi cara limpia en el espejo. Ella saca una caja de uno de los cajones. Es una enorme caja de maquillaje. Tiene infinidad de pinceles y colores—. Hoy usaremos el dorado y el rojo. —Me tiende un lápiz de ojos de color dorado y empiezo a maquillarme. Es la primera vez en mi vida que me maquillo con esos colores.

Es la primera vez que me maquillo estando completamente desnuda y es la primera vez que lo hago con una mujer a mi lado que no deja de observarme.

Una vez pintados mis ojos, me presta una brocha para el colorete de mis mejillas. Estoy tan ruborizada que no lo considero necesario, pero ella insiste. Por último, elige el tono de carmín de mis labios. Un rojo sangre de color intenso y un efecto que hace que mis labios parezcan siempre húmedos. Cuando termino de maquillarme, mi cara se parece bastante a la de las compañeras de trabajo de Marta.

—Mucho mejor. Nadie te reconocerá esta noche con ese aspecto. Solo nos hace falta enmascarar tu pelo. Ese color rojizo te hace inconfundible. Te dejo elegir, qué prefieres, rubia o morena. —Me quedo un rato pensando.

—Creo que al dorado de mis ojos y el rojo de mis labios le pega más el rubio —digo al final.

—Muy bien, entonces una peluca rubia —me dice mientras abre un armario. La peluca es de pelo largo, mucho más largo que el mío natural, y rizado. Yo nunca me he puesto una y es la propia Stela la que me ayuda a colocármela. Cuando termina de esconder mi pelo bajo los rizos rubios, la imagen del espejo es impactante.

—Ahora te explicaré en qué consiste, con exactitud, nuestro trato. Hoy serviré la cena a mis invitados sobre tu cuerpo. Ellos irán cogiendo la comida y dejando tu cuerpo desnudo. Hagamos lo que hagamos, oigas lo que oigas y veas lo que veas, tienes que permanecer completamente quieta. Serás un mueble más de mi salón. Si te mueves, si algo de la comida se cae de tu cuerpo por tu culpa, no habrá trato. ¿Sabrás hacerlo? —Muevo mi cabeza en un gesto afirmativo lleno de dudas—. Muy bien. Espérame aquí.

Me deja sola en el cuarto de baño. Me miro en el espejo y no me reconozco. ¿Por qué estoy desnuda en el cuarto de baño de una casi desconocida, maquillada como una mujer de la calle y temblando como una adolescente? ¿Estoy segura de lo que estoy a punto de hacer? ¿Merece todo esto la pena por el simple hecho de haber descubierto a mi marido acostándose con una prostituta? Sin su presencia en el cuarto de baño, me siento insegura, desconfiada, tonta.

Estoy a punto de coger mi ropa del suelo y salir corriendo de allí cuando ella vuelve con una máscara de carnaval veneciano en las manos.

—Con esto nos aseguramos de que nadie sepa quién es nuestra invitada especial. Salvo una servidora.

Con la máscara puesta, nadie podrá reconocerme. Mis párpados dorados se pierden en los tonos oro de la máscara al cerrar los ojos y, con ellos abiertos, parezco más una gata que una mujer asustada. Mi anfitriona me agarra de la mano y puedo sentir cómo su energía atraviesa mi cuerpo y me llena de confianza. En el pasillo, paramos frente a los dos espejos y me coloca frente a ellos.

—¿Qué es lo que ves? —Miro mi reflejo y al principio solo veo una mujer asustada.

—Una mujer nerviosa. Insegura con lo que está a punto de hacer.

—No es lo que yo veo. Recuerda que esto es solo una prueba de confianza. Quiero ver hasta qué punto confías en mí. Te prometo que nadie esta noche se aprovechará de ti. Mira otra vez. —Vuelvo a mirar con mayor atención. Intento verme como si no fuera yo quien está en el espejo. Tengo la sensación de que no soy la primera que está en esta misma situación. Miro como si estuviera mirando a otra persona. Entonces empiezo a darme cuenta de pequeños detalles. La chica del espejo tiene los labios húmedos por el efecto del maquillaje. Su pelo suelto termina a la altura de dos pechos erguidos con los pezones firmes. Su pubis está bien arreglado y, mirándolo en el espejo de atrás, su culo está firme.

—Me veo apetecible —digo con una nota de rubor en mi tono de voz.

—Así te veo yo también y así te verán mis invitados. Quedan diez minutos para que lleguen. Tenemos que poner la mesa.

Ya en el salón, me pide que me tumbe sobre el tablón de madera.

—Desde ahora tienes que estar completamente quieta. —Sale del salón y los nervios y la inseguridad vuelven a apoderarse de mí. ¡Esto es una auténtica locura! Por fortuna, ella regresa pronto. Viene con una bandeja de entremeses calientes. Uno a uno, los va colocando a lo largo de mis dos piernas cerradas. Al principio queman un poco, pero no tardo en acostumbrarme. Después, utiliza mi sexo como fuente improvisada de una ensalada. Sobre mi vientre, unos trozos de *sushi* y, en mi ombligo, llenándolo a rebosar, una salsa para acompañarlos. En mis pechos se recrea cubriéndolos de nata y poniendo dos guindas en el lugar de mis pezones. El frío postre me hace estremecer. La cena no es muy abundante, pero estoy segura de que cenar no es el objetivo de aquel juego erótico.

Suena el timbre de la puerta y me quedo quieta. No sé ni cuantos invitados vienen ni en qué consiste aquella cena. Solo tengo la promesa por parte de

Stela de que ninguno de ellos va a propasarse conmigo y de que lo único que tengo que hacer para conseguir que ella me apoye es estarme quieta. Y estoy dispuesta a cumplirlo.

Cierro los ojos para que se pierdan en la máscara dorada y escucho cómo Stela saluda al grupo de invitados, que ya se acercan por el pasillo. Escucho la voz de dos mujeres y dos hombres. Una de las mujeres tiene la voz chillona y es muy reconocible entre los demás. La otra se ríe de manera peculiar, con una de esas risas terminadas en *i*. Las voces de los hombres delatan su edad. No creo que ninguno de ellos pase en exceso de los treinta años.

Stela los invita a pasar al salón. Cuando me ven tumbada sobre la mesa empiezan los comentarios sobre mí y sobre la anfitriona. «Stela, eres increíble». «Siempre sabes cómo sorprendernos». «Es espectacular la decoración de tu salón». «No creo haber visto antes una cena más apetitosa». Entre los comentarios, escucho la voz de una tercera mujer que no había dicho nada hasta ahora. Con Stela van a ser seis los que se sienten a cenar a mi alrededor. Siento los seis pares de ojos fijos sobre mi cuerpo y eso hace que me tense sobre la mesa del salón. Uno de los trozos de *sushi* resbala unos centímetros sobre mi estómago y temo que se vaya a caer. Tentada estoy de echar la mano para sujetarlo, pero recuerdo que no debo de moverme. Casi detengo mi respiración para evitar que el vaivén de mi vientre termine por hacerlo caer.

Oigo el ruido de las sillas separándose de la mesa y cómo los invitados van tomando asiento. Por las voces, sé que a mi derecha se han sentado dos de las chicas y un hombre y que la disposición es la misma al otro lado de la mesa. Los hombres en medio, las mujeres en las cuatro esquinas.

—Podéis empezar cuando queráis —oigo decir a la anfitriona. Y sin dejar de hablar sobre las ganas que tenían de volver a encontrarse en una fiesta organizada por Stela, empiezan a comer los entremeses. No utilizan cubiertos y, cada vez que alguno de ellos alcanza uno de los aperitivos, siento cómo las yemas de sus dedos me rozan con sutileza. Normalmente, lo hacen sin ninguna intención, pero el chico de mi derecha se detiene más de lo normal a la hora de servirse. Y se detiene más según los entremeses que alcanza están más arriba en mis piernas. Cuando se sirve los que están a la altura de mis muslos me acaricia con la yema de sus cinco dedos antes de coger la comida.

Pese a los nervios, la tensión y lo peculiar que me resulta estar desnuda delante de tanta gente, el hecho de saber que nadie me reconoce hace que

encuentre morbosa la situación. Hay seis personas mirándome, tocándome con sus manos a la vez. Cuatro mujeres y dos hombres. Seis manos. Treinta dedos que, cada poco tiempo, rozan mi piel cada vez más cerca de mis muslos. No llevo nada de ropa, pero siento cómo a cada trozo de alimento que se llevan a la boca es como si desnudaran un pedacito más de mi piel.

La conversación a mi alrededor ayuda a aumentar esa sensación morbosa. Hablan sin tapujos de sexo, de sus fiestas anteriores, de sus encuentros íntimos. Por lo que llega a mis oídos no es, ni mucho menos, la primera vez que los seis se reúnen. Y me ruborizo cuando comentan que, esta vez, la invitada especial es verdaderamente atractiva.

—La invitada ha añadido un aliño especial a la ensalada —comenta una de las mujeres sentada a mi derecha. Me muero de vergüenza al ser descubierta algo húmeda entre mis piernas. Los invitados, en cambio, se ríen y no parece importarles. Siguen comiendo la ensalada sin interrupción y destacan el buen sabor que tiene.

Cuanto terminan la ensalada y mi sexo queda expuesto a la vista, intento pensar en otras cosas para evitar que se me vea más mojada. Mientras comen el *sushi* y untan el pescado en la salsa que llena mi ombligo, pienso en qué me ha llevado hasta aquí. Hasta este momento, en el que estoy tumbada desnuda delante de cinco desconocidos y Stela.

Desde que descubrí a mi marido acostándose con otra, u otras mujeres, por lo que vi en la casa, he ido tramando en mi cabeza mi más cruel venganza. Sé, estoy segura, de que lo que más le dolería a mi marido perder es la alcaldía de la ciudad. Él vino del pueblo con la idea de seguir subiendo peldaños en la política y aquel era el paso más importante si quería seguir escalando hacia un puesto en el Congreso del país. El partido había confiado en él para ocupar aquel cargo que daban por ganado. Nunca antes habían perdido unas elecciones municipales en aquel Ayuntamiento. Pues yo me había propuesto que Javier Márquez fuera el primer miembro del partido en caer derrotado y, con ello, hundir su carrera política. Para ello, había tenido que convencer al partido de la oposición de que era la candidata idónea a presentar contra Javier y ahora estaba tumbada desnuda sobre la mesa a cambio de que Stela, una de las mayores inversoras en la campaña de mi marido, le quitara su apoyo de forma pública y me lo diera a mí. Ese escándalo, publicado por mi periódico, le haría perder muchos puntos en las encuestas y, cuando hiciera pública su afición por irse de putas, pese a ser uno de los más acérrimos

defensores de hacerlas desaparecer de las calles, su carrera política se iría a la mierda. Al igual que su matrimonio.

Pero para que mi plan salga bien, tengo que conseguir asegurarme el apoyo de Stela y, para ello, tengo que ganarme su confianza y demostrar que yo confío en ella. Tengo que permanecer quieta mientras ellos siguen comiendo. En realidad, Stela tenía razón cuando me propuso el trato. Yo soy la que más sale ganando con esto. Ella va a tener el apoyo del Ayuntamiento, tanto si apoya a Javier como si cambia de bando. De ambas formas, apoyará al candidato ganador. Yo, sin embargo, voy a ver cumplida mi venganza y, para ello, no tengo más que aguantar quieta, y sin ser reconocida, hasta terminar la cena. Y ya están terminando el pescado crudo. Solo les queda por comer el postre. Unos pasteles de nata con guinda.

Con unas pequeñas cucharitas empiezan a comer la nata que cubre mis tetas. El roce del frío metal hace que mis pechos queden más firmes y mis pezones se endurezcan a la vez que provocan que mi sexo vuelva a humedecerse. Aunque, esta vez, ya nadie parece prestarle atención. Con el paso del tiempo, las cucharas dejan de estar frías, pero noto la humedad de las salivas de los invitados mojándome. Empiezan de abajo arriba y eso hace que la nata se desprenda por mi piel como una suave y húmeda caricia. Una de las invitadas se cansa de usar cucharilla y, una de las veces, se sirve la nata en el dedo. Lo hace con delicadeza, pero recorriendo uno de mis pechos desde la base casi hasta la cima. Me hace morder los labios. Afortunadamente, no tengo un pecho excesivo y el postre termina pronto.

—¿Podemos? —escucho a ambos lados de la mesa. Los dos hombres han pedido permiso para algo, pero no sé para qué. Estoy segura de que no es para hacer nada conmigo, porque tengo la promesa de Stela—. Gracias. —Al parecer se lo han concedido. Durante unos largos segundos no ocurre nada, aunque todo el mundo se ha quedado de pronto en silencio. Solo escucho moverse un par de sillas. En ese momento, siento el aliento de dos personas sobre mi piel. Una a cada lado. Ambos sobre mis pechos. Cada vez más cerca. De pronto, ambos succionan las guindas que cubren mis pezones y siento un ligero roce de sus labios sobre ellos. Mis pechos quedan vibrando tras la inesperada caricia y doy un pequeño respingo sobre la mesa. Por fortuna, ya no queda ningún alimento sobre mí que se pueda caer. Esa inesperada caricia de dos bocas sobre mis pezones me termina de excitar.

Cuando creo que la prueba está llegando a su fin, porque ya no queda



comida sobre mi cuerpo, un sonido particular capta mi atención. Suena como si alguien estuviera chupando cabezas de gamba. Me extraña, porque las gambas no están en el menú, pero el sonido se vuelve a repetir y entonces lo identifico mejor. Dos de los invitados a la cena están besándose. Al parecer, compartiendo la guinda que él ha succionado segundos antes. No tarda en llegarme el mismo sonido del otro lado de la mesa aderezado con pequeños suspiros y jadeos. Las sillas chirrían contra el suelo al retirarse de la mesa y escucho una risa traviesa entre los besos. Es la mujer que se ríe con la i. Pronto son tres las parejas que se besan. Yo solo había contado a dos hombres. Dos de las mujeres deben de estar besándose entre ellas. Y, en este caso, sin guinda que compartir.

Cuando una persona pierde uno de sus sentidos, los demás se esfuerzan en intentar mitigar su pérdida de la mejor manera posible. En mi situación, mi vista no sirve para nada, así que olfato y oído ocupan su lugar. Puedo oír cómo las prendas de vestir van cayendo al suelo. Incluso puedo distinguir qué prenda es por el ruido que hace al caer. No suena igual un pantalón que una camisa, ni una blusa suena igual que un vestido, ni un sujetador que un calzoncillo. Incluso suenan distinto al caer unas bragas y unas bragas mojadas. Los suspiros, jadeos y gemidos llegan a mi cerebro desde todas partes y despiertan recuerdos y sensaciones de mis encuentros sexuales. Con los primeros gritos de placer, el olor del salón empieza a llenarse de una mezcla de perfumes de sudor, placer y sexo. Uno de esos olores me resulta muy familiar. Es el más cercano y no tardo en reconocerlo. Es el de mi propio coño empapado.

Los sentidos, los olores, la situación morbosa y mis recuerdos me están poniendo tremendamente cachonda, y si haber tenido que estar quieta durante la cena había sido complicado, ahora es un tormento. Quiero tocarme, unir mis gemidos a los allí presentes. Pero las órdenes han sido muy claras. No moverme, pasara lo que pasara, y estoy segura de que cuando había insistido en aquel pasara lo que pasara, ella sabía a la perfección que esto iba a pasar. Está poniéndome a prueba.

Puedo oír llegar los primeros orgasmos. La primera en correrse es la chica de risa peculiar. La distingo porque sus gemidos también son muy peculiares. Es como una pequeña y chillona cobaya. Casi al unísono, al otro lado, otra de las mujeres llega al orgasmo. Su respiración se acelera al mismo ritmo que un tren que coge velocidad, luego se detiene de golpe y un grito ahogado, como si

el tren soltara todo su vapor por la chimenea, delata su clímax. ¡Dios, qué envidia!

Uno de los hombres también llega al orgasmo. Lo anuncia con gritos de «ya viene, ya viene», y oigo a dos personas arrodillarse a su lado. Por sus voces sé que dos de las chicas se han quedado con hambre después de la cena. Ninguna de las dos es Stela.

A mi lado, otro trío se acerca al éxtasis. Él gime con intensidad mientras que los jadeos de una de ellas son más ahogados, su boca está ocupada. «No pares, no pares», repite sin cesar la otra chica. La que grita tampoco es Stela, así que tiene que ser la que tiene la boca ocupada. Me imagino a la chica que grita sentada sobre la boca de Stela mientras mira cómo el descontrolado chico la embiste agarrado a sus caderas.

Me siento al borde de la locura cuando el chico anuncia que ya no aguanta más y llega a salpicarme cuando se corre. Siento cómo su semen salpica en mi cara. Si pudiera tan solo rozarme con la yema de mis dedos yo también tendría un orgasmo. Suplico para mis adentros por que alguna de aquellas almas se apiade de mí y me roce, aunque sea un poco, entre mis piernas, pero tengo cada vez más claro que una de las normas impuestas por la anfitriona es no tocarme para nada. Pero si lo hicieron al sorber la guinda del postre de mis pezones, ¿por qué no lo hacen ahora que brota de mi sexo un manjar incluso más sabroso?

Una eternidad más tarde, las respiraciones empiezan a relajarse. Llegan las risas nerviosas que a todos nos entran después del orgasmo, cuando el pudor recupera el sitio que le quitó el morbo. Todos parecen haber quedado satisfechos. Todos menos una servidora, que aún siente los latidos del corazón entre las piernas palpitando. Les oigo vestirse y despedirse. Tras unos minutos de silencio, en los que abro los ojos, pero no me atrevo a moverme, finalmente, oigo su voz autoritaria.

—Puedes levantarte.

Obedezco y me quedo de pie frente a ella. Se me corta aún más la respiración porque apenas va vestida con una bata abierta de par en par y en ropa interior. Tiene el pelo alborotado, las mejillas sonrojadas y un brillo en los ojos que delata el placer alcanzado. Nunca me he sentido tan atraída por una mujer como en este momento, en el que a su sensual belleza se le une que todo mi cuerpo me pide alcanzar un clímax sin importarle quién le ayude.

—Enhorabuena, cuentas con mi apoyo. —Se acerca a mí y me da un beso

en mis rojos labios, bastante más largo que el primero que me dio en el baño el día que la conocí. Un beso en el que puedo distinguir el sabor de un orgasmo femenino cuando mi lengua, ávida y deseosa, busca entrelazarse con la suya. Como imaginé, la chica que gritaba estaba sentada en su boca.

Nos besamos con tanta pasión que me acerca aún más a un orgasmo que ya necesito alcanzar con desesperación. Un mínimo roce de esos labios entre mis piernas y mi sexo se derramaría rebosado de placer.

—Estaremos en contacto. Ahora ya puedes marcharte. —Y se va.

Cuando, sorprendida, excitada y enojada, voy al cuarto de baño a dejar la peluca, la máscara y a recoger mi ropa y me visto, ni siquiera me encuentro con ella.

Desconcertada, enfurecida y con dolor de ovarios, me marcho a casa aún maquillada como una cualquiera. Al salir de la casa de Stela, miro mi móvil y veo que tengo un mensaje de Marta. «Javier ha quedado esta noche conmigo. Nos vemos mañana en el mismo bar de siempre. Ángel ha aceptado acompañarme». Respondo con un OK. Al menos, una buena noticia. Hay varios temas que quiero tratar con ese tal Ángel y seguro que hay mucha información que me puede dar. Además, la cita de Javier con Marta me asegura que voy a tener una noche tranquila en casa. Ya he tenido suficientes sobresaltos.

Llego a casa y me quito todo el maquillaje que me ha hecho poner Stela. En mi vida había usado esos tonos de maquillaje, pero he de reconocer que causan el efecto deseado.

Con la cara limpia, me vuelvo a sentir yo misma y me relajo, dándome un baño, después de un día intenso. Estoy a la vez enfurecida y contenta. Contenta por haber conseguido el apoyo de Stela para mi venganza y porque, como ella prometió, no me ha supuesto desvelar mi identidad ni que nadie se propasara conmigo. Y es eso mismo lo que me tiene algo cabreada. Una parte de mí esperaba que Stela se aprovechara más de la situación. Sobre todo, al final de la velada, cuando mi cuerpo reclamaba atenciones por todos sus poros. La muy cabrona se ha atrevido a besarme con el sabor de otra en los labios y no ha querido probar el mío, que brotaba abundantemente entre mis piernas. No lo entiendo. Pensé que yo le atraía.

Es curioso. Salvo en algún pequeño juego adolescente, en la que las hormonas te invitan a investigar y curiosear cosas nuevas, como cuando con catorce años mi mejor amiga y yo nos besamos en mi cuarto por curiosidad,

nunca, en mi vida, me he sentido atraída por la idea de tener sexo con otra mujer y ahora estoy enfadada porque una mujer no ha querido aprovecharse de mí y hacerme suya. En cualquier otra situación, el calentón que me habían hecho tener durante la cena me hubiera hecho masturbarme al llegar a casa y hoy, sin embargo, es tal la frustración que tengo que ni de eso me han quedado ganas. Lo mejor que puedo hacer es acostarme y esperar a las noticias que me traiga el día de mañana.

Cuando me levanto por la mañana, Javier ya se ha marchado. En el frigorífico hay una nota recordándome que ese domingo tenemos un acto de partido y que está en la sede preparando el discurso que va a dar. Yo no voy a acudir, pero no se lo diré hasta la tarde. Haré ver que me encuentro mal o pondré cualquier excusa, pero no voy a acudir a aplaudirle en un acto público.

Me visto con prisas y salgo hacia la cafetería. No quiero llegar tarde. La conversación de hoy puede ser muy interesante y espero conseguir la información que necesito.

Puntual, como en casi todos nuestros encuentros salvo el primero, Marta entra en el bar vestida con un vestido rojo, se nota a la legua que hoy ha querido venir guapa y provocativa de manera voluntaria, y se dirige a la mesa que ya empieza a convertirse en habitual en nuestras citas. Tras ella, entra un chico joven.

Cuando se sienta frente a mí y se quita las gafas veo esos ojos atractivos de los que me ha hablado, con tanto entusiasmo, Marta, pero mi gesto no disimula lo suficiente.

—No tengo la imagen que esperabas de mí. ¿Verdad?

—La verdad es que no. Esperaba a alguien más musculado, más atlético. No das la imagen de protector.

—Mi protección no es física. Protejo a las chicas de una manera mucho más eficaz.

—De eso mismo quería hablar contigo. De tu manera de proteger a tus chicas.

—No son más. Son muy libres de hacer lo que quieran. No soy un chulo, ni ellas son de mi propiedad. Simplemente trabajamos juntos.

—¿Y en que consiste ese trabajo?

—Ellas me consiguen información y yo, a cambio, me encargo de que nadie piense, siquiera, en hacerlas daño.

—Disculpa, creo que no me he presentado todavía. Soy Gema.

—Sé quién es usted. Como le digo, todas las chicas que trabajan conmigo me hacen llegar toda la información que pueda resultar de interés. Y que Marta se acueste con el principal candidato a alcalde y que se entreviste después de cada encuentro con su mujer, le puedo asegurar que resulta muy relevante para mí. —Creo estar segura de no haberle visto en mi vida, pero aun así hay algo en él que me resulta conocido. Hay algo en él que me resulta familiar, pero no consigo saber qué es.

—Aún no me has dicho en qué consiste tu parte del trabajo.

—Como le digo, ellas me dan información y yo me encargo de que esa información me dé beneficios y sirva de protección.

—¿Chantajea a sus clientes?

—Qué mal suena la palabra chantaje. Suena vulgar. Digamos que me encargo de hacerles ver los pros y los contras de hacer daño a las chicas.

—¿Y cómo hace ver esos pros y contras a mi marido, a Javier?

—Su marido es un hombre educado y muy respetuoso con Marta. En su caso no ha sido necesario recurrir a mis servicios.

—¿Y si fuera yo quien quisiera recurrir a ellos?

—Todo depende del motivo y, sobre todo, del precio que esté dispuesta a pagar.

Le explico mis motivos y no tardamos en llegar a un acuerdo en el precio. No pide dinero. Simplemente un par de favores, si todo sale según lo acordado.

Por primera vez, Marta interviene en la conversación. Se ha mantenido en un segundo plano tomando su café y su bollo en silencio, mientras yo hablaba con Ángel.

—Vaya, me voy a sentir como en el papel de un agente doble infiltrada. Al final no voy a necesitar las clases de interpretación.

—¿Por qué empezaste a dedicarte a esto? —pregunto a Ángel sorprendida de que un chico con su imagen de friki de los ordenadores se dedique a proteger a chicas de la calle.

—Esa es una historia personal un poco larga.

—Tengo tiempo.

—Le haré un resumen para que lo entienda. Chico poco sociable acostumbrado a pasar las horas delante de un ordenador, descubre que la única manera que tiene de perder la virginidad es pagando los servicios de una prostituta. Elige a la más guapa de todas ellas y, siendo su primera vez, se

enamora perdidamente de ella como un idiota. Contrata sus servicios en repetidas ocasiones, solo para poder estar con ella. Incluso le paga por sentarse a charlar. Se arma de valor y le pide que abandone ese mundo y huya con él. Ella se niega a huir por miedo a que la mafia que la tiene controlada haga daño a su familia en el país de origen. Sus caminos terminan separándose y el chico se promete hacer todo lo posible para que ninguna otra chica de la calle se vea obligada a trabajar para una mafia y decide ser él mismo quien las proteja.

—Vaya. Qué historia más bonita. Parece de película.

—Salvo porque no termina bien. Las películas siempre terminan bien. La vida, en cambio, tiende a terminar de otra manera.

—Yo, en cambio, pienso que terminó muy bien. Si hubieras huido con ella yo no habría podido conocerte —interviene Marta mirando a Ángel con ojos brillantes— y ahora estaría en casa con las orejas agachadas aguantando los sermones de mis padres. —Ángel le dedica una sonrisa.

Ángel y yo quedamos en volver a vernos en un par de días para recibir la información que quiero de él y para concretar en qué consisten los favores que él quiere a cambio de su colaboración. Los plazos para la presentación de candidaturas se agotan y necesito presentar algo al partido cuanto antes. Después se excusa y me deja a solas con Marta. Me tiene que contar su última cita con Javier.

—Ayer no fuimos a la casa. Le pregunté por qué y me dijo que era porque estaba ocupada. Tampoco fuimos al motel donde alguna vez solemos quedar cuando esto ocurre. —Así que por eso le pillé la primera vez, porque la casa estaba ocupada. Tendré que darle las gracias al o a la que ocupó la casa aquel día.

—¿Y dónde fuisteis?

—Pues ayer Javier quiso que nuestro encuentro fuera en un bar.

—¿En un bar? Pero él es una persona conocida. ¿Se arriesgó a que lo vieran en público con otra que no fuera su mujer?

—No se arriesgó mucho, la verdad, aunque creo que sí buscaba el morbo de poder ser descubierto. Pero de manera controlada. El bar que eligió no estaba ni en la ciudad. Me mandó la dirección por teléfono y me dio un listado de instrucciones a seguir.

—¿Qué tipo de instrucciones?

—Ropa que tenía que llevar, esta vez el «disfraz» tenía que salir de mi

propia ropa porque no íbamos a pasar por la casa a buscarlo, cómo me tenía que comportar al llegar al bar, esas cosas.

—Cuenta.

—Pues tenía que vestirme de manera elegante. Vestido, tacones, maquillaje no exagerado. El local era de clase y no quería que yo destacara con mi habitual vestimenta de puta. Quería que, al llegar, me tomara una copa en la barra y dejara que algún pobre infeliz coqueteara conmigo. Que le dejara que me sacara a bailar e incluso que le dejara acercarse más de lo debido.

—¿Javier te pagó por enrollarte con otro?

—Algo así. Me pagó por verme con otro tonteando y porque después lo dejara tirado en la pista y me fuera a follar con él en uno de los cuartos de baño del local. Él estaba allí, en la barra, desde el principio, observándolo todo.

—Vaya, así que te hizo vestirme elegante, comportarte como una ligona con un desconocido y eso le pone y termina teniendo sexo contigo en los baños de un bar.

—Eso es. Nadie nos vio juntos en ese tiempo. Cuando quiso que abandonara al chico de la pista de baile y me fuera con él me mandó un mensaje al móvil que ponía que me esperaba en el cuarto de baño de hombres. Fui allí, toqué la puerta y él me abrió desde dentro. Nada más entrar, cerró la puerta con pestillo y empezó a besarme con mucha pasión. Me quitó el vestido y la ropa interior y, completamente desnuda, pero en tacones, me folló salvaje contra las paredes del aseo. Primero, desde atrás, apoyada con mis manos contra la pared y después encima de él, abrazándole con mis piernas. Cuando terminamos recogí mi ropa, me vestí, me arreglé un poco en el espejo mientras Javier no dejaba de mirarme y salí delante. Él salió unos minutos más tarde. Ni siquiera volvimos juntos en el coche. Él se marchó directamente, sin despedirse, mientras yo volvía a la pista con el otro hombre.

—¿Qué pasó con ese otro hombre?

—Nada. Cuando se enteró de que no había ligado y de que si quería tener algo más conmigo tendría que pagarlo, se disculpó y se marchó. Después regresé en mi coche.

—¿Es la primera vez que te propone hacer algo así?

—Que me propone liarme con otro hombre mientras él me observa, sí. Pero no es la primera vez que tenemos sexo en un sitio público. Ya nos encontramos una vez en un cine.

—¿Y tampoco os vio nadie?

—Se asegura de que ese riesgo sea mínimo. Era un cine de las afueras, en una película mala y a últimas horas de la noche. Apenas había cuatro personas en el cine. Ese día me hizo sentarme en las últimas filas del patio de butacas y él llegó cuando las luces ya estaban apagadas y ya llevaba un rato de película. Ni siquiera se quedó hasta terminar la sesión. Se marchó cuando las luces seguían apagadas.

—¿Y qué hicisteis en el cine?

—Pues creo que te lo puedes imaginar. Se sentó a mi lado y, sin saludarme siquiera, me empezó a meter mano de manera descarada y empezó a masturbarme. Primero acariciándome el clítoris y luego follándome el coño con los dedos. No se quedó satisfecho hasta que tuve tres dedos metidos dentro. Me hizo aguantarme las ganas de gritar de placer para no ser descubiertos y tuve que morderme los labios porque no paró hasta que llegué a correrme. Después me hizo meterme entre sus piernas y hacerle una mamada hasta que se corrió en mi boca. Volví a mi asiento. Esperó unos minutos y se marchó.

—¿Cómo te sientes en el papel que vas a interpretar a partir de ahora?

—¿A qué te refieres?

—Por cómo me hablaste de mi marido la primera vez, creo que sientes algo de simpatía, cariño, por él. ¿Cómo te sientes ante la idea de traicionar su confianza?

—Ah, eso. Sí, es cierto que Javier es uno de mis mejores clientes. Es el que mejor paga, uno de los que mejor me trata, con el que más papeles distintos tengo que interpretar y, sin duda alguna, de los más guapos y con uno de los que menos me cuesta tener que acostarme. Es, con diferencia, el cliente que más orgasmos me ha llevado a tener haciendo mi trabajo. Y eso no es fácil. Pero eso no significa que mi relación con él no sea meramente laboral. Yo hago todo lo que hago con él porque me paga. Y si tú vas a pagarme, no tengo ningún inconveniente en cambiar de jefa. Además, tú me pagas sin necesidad de tener que acostarme contigo y él me seguirá pagando por acostarme con él. Cobraré dos veces por un solo trabajo. Y eso hará que pueda pagarme mis estudios antes y dejar de trabajar con los clientes que no me agradan tanto como Javier. Además, tú también me caes bien y él no deja de ser el marido infiel que te pone los cuernos. Estoy segura de que tú, Ángel y yo vamos a hacer un buen negocio juntos.



—Me has dicho que la casa estaba ocupada. Ayer por la mañana me colé en la casa y salí con la sensación de que no era solo Javier quien la usaba. ¿Tú sabes de quién es la casa y quién más la usa?

—La casa es del partido.

—¿Del partido?

—Sí, es como una sede clandestina de vuestro partido. Allí se reúnen de vez en cuando y montan sus fiestas privadas. Vuestro partido es un enjambre de salidos. —Sonríe.

—Vaya, pues a mí no me han invitado a ninguna.

—Ya imagino. Yo sí que he estado en alguna.

—Cuando estuve en la casa, hubo un par de cosas que me llamaron la atención. Una era el sillón frente a la cama, otra el enorme armario lleno de juguetes y trajes y la tercera la librería. Sabiendo el uso que da el partido a la casa, empiezo a entender para qué son el sillón y el armario, pero sigo sin saber qué pinta la librería.

—La casa no es solo usada como lugar de encuentro sexual. Muchos de los acuerdos alcanzados dentro del partido, debates, reuniones importantes se hacen entre sus paredes.

—También vi videos, Viagra y droga en la casa.

—No recuerdo ninguna fiesta sexual en la que no la haya. Ayuda a desinhibirse. Muchas chicas y algún hombre la necesitan para sacar su lado más lascivo. Algunos necesitan también la ayuda de los fármacos para poder aguantar el ritmo de las fiestas.

Salimos juntas del bar, le sonrío y me despido hasta la próxima vez. Cada una de nosotras se marcha por su lado. Voy a casa y me preparo una comida ligera. Vuelvo a ver la nota en la nevera que me avisa de que tengo que buscarme una excusa para no acudir al acto de partido de esa noche. «Lo siento, amor, esta noche no puedo ir al acto de partido. Mi jefe se empeña en que tengo que acudir a la oficina para un reportaje que vamos a publicar mañana». Lo que más me cuesta de escribir en el móvil es la palabra amor. Se lo mando por mensaje porque ni siquiera quiero oír su voz y porque me costaría aún más que no se me notara al hablar. Al cabo de cinco minutos me manda otro mensaje. «¿No puedes encargárselo a otro?». «¿Puedes encargarle tú a otro el discurso?» es mi respuesta. Me manda una carita sonriente a modo de respuesta final.

Con seguridad, ya está planeando algún encuentro para después de la

presentación y se alegra de que yo no pueda acudir.

Para asegurarme de que mi mentira no es descubierta, decido pasar la tarde en la oficina. Así, cuando él vaya a casa y vea que no estoy allí, se convencerá de que estoy trabajando. Y si le da por llamarme al teléfono de la oficina, siempre podré responder a la llamada. Además, en casa me siento incómoda, rodeada de fotos y recuerdos con Javier.

Como en casa y, a media tarde, voy a mi despacho. No llevo ni tres horas allí cuando suena el teléfono de mi oficina.

—¿Sí?

—Hola, amor. ¿Qué tal va el reportaje?

—Ah, hola, eres tú. Bien, aquí trabajando. —Evito responderle con palabras cariñosas. Su «amor» me ha revuelto las tripas—. ¿Ya vas al acto?

—Sí. He venido a casa a cambiarme de ropa. Me da pena que no puedas venir.

—Sí, una pena. —«Podrías invitar a Marta», pienso—. Déjales a todos sin palabras con tu discurso.

—Eso haré —dice antes de colgar. «Para lo que te va a servir». He hecho bien en ir a la oficina.

Unos minutos más tarde vuelve a sonar un mensaje en mi móvil. «Qué querrá ahora». Me sorprendo al comprobar que el mensaje no es de Javier. Es de Stela. De forma inevitable, me pongo nerviosa. «Tenemos que hablar de nuestro acuerdo». «Ahora estoy en mi despacho». «¿Tienes Skype?». «Sí». «Pásame tu dirección y hablamos ahora, yo también estoy en mi oficina».

Le doy mi dirección de correo y enciendo el ordenador. Unos segundos más tarde, me llega la confirmación de que un nuevo contacto me ha agregado. Acepto la invitación. Stela tiene como avatar la imagen de sus profundos ojos grises. Hasta en fotografía sabe cuál es la parte de su cuerpo que más poder tiene. Solo con verlos en la pantalla de mi ordenador, ya me siento turbada.

—Buenas. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Igual de bien que en mi casa? —pregunta. No sé qué contestarle. Las sensaciones que viví en su casa fueron contradictorias—. Fue una velada estupenda. Cumpliste muy bien con tu papel.

—Gracias. —Es lo único que consigo escribir.

—Me hiciste sentir muy orgullosa de nuestro acuerdo.

—No fue fácil. —Escribo con los pómulos sonrojados. Hacerla sentir

orgullosa me hace sentir como una colegiala ante su primer amor. Por fortuna ella no me puede ver.

—Lo sé. Lo que tú me pides a cambio es muy importante como para que la prueba a pasar fuera fácil. Piensa que me estás pidiendo que retire mi apoyo al candidato que arrasa en las encuestas, y que lo haga de forma pública. Si nuestro acuerdo no sale bien y tu marido gana las elecciones voy a perder muchísimo dinero en mis negocios.

—Perderá, no te preocupes. Sin tu apoyo económico para su campaña y con la prensa en contra, no tiene nada que hacer. La opinión pública es muy manejable. Lo que hoy es blanco mañana puede ser negro si los medios de comunicación quieren que cambie de color.

—Me alegra verte tan segura.

—Lo estoy.

—En mi casa no se te veía tan segura. —Otra vez que no sé cómo responderla—. ¿Cómo te sentiste en mi casa?

—¿A qué te refieres?

—A cómo te hice sentir frente a mi espejo. A cómo te sentiste desnuda delante de mis invitados.

—Rara, incómoda.

—¿Solo rara e incómoda?

—Sí. —Durante unos segundos no escribe nada en la pantalla.

—¿Por qué me mientes? —Avergonzada agacho la cabeza, pese a que no me ve nadie. Como si los ojos de su avatar en el ordenador pudieran observarme. Con los dedos temblorosos tecleo en mi ordenador.

—No te miento...

—Sí lo haces. Y no me gusta que lo hagas. Me hace perder confianza en ti. Si quieres mi apoyo, tendrás que ser absolutamente sincera conmigo.

—Está bien.

—¿Cómo te sentiste en mi casa?

—Rara, incómoda, nerviosa, tremendamente excitada, disgustada y enojada.

—¿Y frente al espejo de mi cuarto de baño?

—Insegura.

—¿Y cuándo terminaste de maquillarte? —Me quedo unos segundos pensativa.

—Diferente.

—¿Solo diferente?

—No sé cómo expresarlo mejor. El espejo no me devolvía una imagen de mí. Me sentía otra persona. La del espejo no era yo.

—¿Y quién era?

—No sé, otra.

—¿No me lo vas a decir?

—Decir el qué.

—Cómo te hacía sentir la imagen que devolvía de ti el espejo.

—Ya te lo he dicho. Me hacía sentir diferente.

—No es solo eso lo que estás pensando. ¿Por qué no me dices lo que pensaste, de verdad, en ese momento? ¿Por qué no me dices cómo te sentiste de verdad? —Me vuelvo a sonrojar. Sé qué es lo que quiere que le diga. Me da vergüenza—. ¿Quieres que te diga yo cómo te sentiste?

—Sí.

—Te sentiste como una puta, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho tú?

—Porque me da vergüenza.

—¿Te da vergüenza decírmelo o te da vergüenza reconocer que te gustó sentirte así? —Siento mis pómulos arder.

—Ambas.

—Así que me reconoces que te gustó sentirte una puta.

—Sí, me gustó.

—Dilo tú.

—¿El qué?

—Gema, no me hagas insistir si no quieres que la conversación se termine aquí y ahora.

—Es que no sé qué quieres que te diga.

—Sí lo sabes. —Tiene razón, sí que lo sé—. Dilo.

—Está bien. Me gustó sentirme una puta. —Cuando lo escribo siento unas cosquillas en mi vientre.

—¿Por qué te cuesta tanto reconocerlo?

—No estoy acostumbrada a usar ese tipo de vocabulario.

—Putas. No tiene nada de raro. —Cuando me lo escribe ella lo hace en líneas separadas. Dejando un tiempo entre la palabra puta y el resto. Me hace sentir como si me lo estuviera llamando a mí. Y vuelvo a sentir esas cosquillas

de excitación en mi bajo vientre—. Me has dicho que también te sentiste tremendamente excitada. ¿Por qué?

—Porque os sentía a mi lado. Oía vuestros gemidos, jadeos, pude oír cada uno de vuestros orgasmos.

—¿Y eso te excita?

—Sí, mucho. Más de lo que yo misma podía llegar a imaginar. —Solo recordarlo me está volviendo a excitar ahora, pero no se lo digo.

—¿Y qué es lo que te hizo disgustarte?

—Que fui la única de los allí presentes que no alcanzó ningún orgasmo esa noche. —El estado de nerviosa excitación va soltando mi lengua y mis pensamientos y me da menos vergüenza reconocer que aquella noche me sentí frustrada.

—¿Te hubiera gustado llegar al orgasmo?

—Me hubiera encantado.

—¿Aunque hubiera sido uno de mis invitados quien te lo provocara?

—Sí. Hubo un momento de la noche en que me hubiera dado igual quién, pero necesitaba que alguien me ayudara a llegar al orgasmo.

—Así que te hubiera dado igual con quién.

—Sí.

—Putas. —Me lo vuelve a llamar y, esta vez, las cosquillas en mi bajo vientre mojan mis bragas—. ¿Y por qué te fuiste enojada?

—Me fui enojada contigo.

—¿Conmigo? ¿Qué hice yo?

—Más bien fue el qué no hiciste.

—Te prometí que nadie se aprovecharía de ti esa noche. Es lo que acordamos.

—Lo sé. Y cuando hablamos de lo que querías a cambio de tu apoyo en la campaña me pareció una buena idea, en cambio, cuando estaba en la mesa de tu salón solo podía pensar en que alguien me tocara. Los dos hombres llegaron a rozar con sus labios mis pezones y tú me besaste con el sabor de otra mujer en tus labios.

—¿No te gustó el sabor?

—Sí que me gustó, pero en ese momento no entendí por qué te habían apetecido los flujos de aquella otra mujer y, en cambio, rechazabas los que abundantemente salían de entre mis piernas en ese momento.

—¿Me estás diciendo que deseabas que te hubiera comido el coño a ti

también?

—Sí, lo deseaba.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no me atreví. Porque no formaba parte de nuestro acuerdo. Porque no sé muy bien por qué, pero cuando estoy delante de ti me siento sumisa. —Lo escribo sin pensarlo y porque empiezo a sentirme otra vez excitada. Cuando le doy al botón de enviar intento correr detrás del mensaje para que no le llegue. Casi puedo sentir que ella está sonriendo al otro lado de la pantalla al leerme.

—Y si estabas tan excitada, ¿por qué no te masturbaste?

—Porque me habías dicho que tenía que estar completamente quieta.

—¿Pero te hubiera gustado hacerlo?

—Me hubiera encantado. Lo necesitaba de verdad. No hubiera necesitado tocarme mucho para correrme.

—¿Tan cachonda estabas?

—No creo que te puedas llegar a imaginar cuánto pudisteis llegar a descontrolarme esa noche.

—¿Ahora lo estás? —Siento cómo me vuelve la vergüenza al ser descubierta. Tardo en responder y ella insiste—. Dime, Gema, ¿estás excitada ahora?

—Un poco —respondo.

—¿Qué te he dicho de mentirme? —Vuelvo a agachar la mirada como una niña que es descubierta mintiendo en el colegio ante la mirada acusadora de su profesor.

—No te miento, te he dicho que estoy excitada.

—Sí, pero me has dicho que un poco, y eso no es verdad.

—Bien, vale. Estoy excitada. Sin el «un poco». ¿Mejor así? —Se queda callada un instante. Espero que no se haya enfadado por haberla vuelto a mentir.

—¿Y te tocas ahora? —me pregunta finalmente.

—¿Qué? —respondo sorprendida.

—Si estás excitada ahora, ¿te estás masturbando?

—NO —contesto con una mezcla de sorpresa y enojo.

—¿Y por qué no? Hoy nadie te ha prohibido que te muevas.

—Pues porque no. Porque estoy en mi oficina. Porque yo no me voy masturbando por las esquinas.

—Pues no entiendo por qué no. ¿Acaso no te apetece? —Estoy a punto de escribirla que no, pero en mi yo más interno sé que va a descubrir que es mentira. En realidad sí que me apetece masturbarme. Hace días que no tengo sexo con nadie y el recuerdo de aquella noche y Stela provocándome con sus palabras me tienen deseosa, ardiente. Además, en la oficina no hay nadie, hace tiempo que todos se han ido a sus casas.

—En realidad sí que me apetece —digo al final.

—Pues hazlo. —Al leerlo es como si sus palabras fueran el permiso, o la orden que mi cuerpo espera. Me sorprende a mí misma al bajar mi mano y apretarla entre las piernas.

—Está bien. —Le escribo con la otra mano mientras siento los latidos de mi sexo.

—¿Lo haces? ¿Cómo?

—Aprieto una mano entre mis piernas.

—¿Y qué notas?

—Calor, humedad, mi sexo late.

—Acarícialo. —Mis dedos obedecen a su orden y empiezan a moverse por encima de mi ropa. Mi respiración se acelera.

—Ya lo hago. Disculpa si tardo en escribir. Solo puedo usar una mano.

—¿Te excitas más?

—Sí.

—¿En qué lo notas?

—En que se me entrecorta la respiración, me arde la cara y mis pezones se marcan en mi ropa.

—Tócatelos también. —Con la mano derecha moviéndose entre mis piernas es mi mano izquierda la que aprieta mis pezones por encima de mi blusa—. ¿Jadeas? —A mi mano le cuesta soltar su presa e ir hasta el teclado para escribir.

—Sííí —respondo con rapidez para volver a acariciarme los pechos.

—¿Te acaricias por encima de la ropa?

—Sí.

—¿Y con eso tienes suficiente?

—No. —Mis respuestas son cortas porque no quiero dejar de tocarme.

—¿Y a qué esperas?

—No sé..., a que tú me lo pidas.

—¿Quieres que te lo ordene?

—Sííí.

—Acaríciate por debajo de la ropa. —Me suelto la blusa y la deajo caer sobre el sillón de la oficina. Desabrocho mi sujetador y lo arrojao al suelo. Mis pechos están duros y mis pezones sensibles. El primer roce directo de mis dedos me arquea la espalda y me arranca un gemido—. ¿Lo haces?

—Sí.

—Descríbemelo.

—Me he quitado la blusa y el sujetador y me acaricio los pezones.

—¿Y la otra mano?

—Sigue moviéndose sobre mi falda apretando mi sexo.

—¿Y a qué espera para entrar? Te dije que te acariciaras sin ropa. —Obedezco de manera inmediata, porque me muero de ganas por masturbarme. Me subo la falda hasta la cintura, bajo las bragas, que quedan colgando de uno de mis pies, y abro mis piernas mientras mi mano vuelve a acariciar de arriba abajo mi empapado sexo—. ¿Lo haces?

—Sííí. —Cada vez me cuesta más dejar de tocarme para escribir y cuando escribo respondo como si estuviera gritando de placer.

—¿Y qué sientes?

—Calor, mucho calor y contracciones por todo mi cuerpo. Cada vez me cuesta más parar de tocarme para escribir. —Quiero que ella también lo sepa.

—¿Y cómo te sientes?

—Excitada, muy excitada.

—¿Cachonda?

—Sííí.

—¿Sucia?

—Síííííí.

—¿Y qué más?

—No sé qué más.

—Sí que lo sabes, Gema.

—No.

—¿Cómo te sientes masturbándote desnuda en tu oficina? ¿Te sientes como frente a mi espejo?

—Sííí.

—¡Dilo! ¡Dilo, Gema!

—Putaa, me siento putaaa. —Cada vez que deajo de escribir mi mano regresa con más fuerza a mis pezones mientras con la otra mano no deajo de



acariciar mi hinchado clítoris. Estoy tremendamente excitada y ya no queda ningún rastro de vergüenza en mí.

—¿Tienes la cara desencajada?

—Sííí. Jadeo, gimo, tengo muchísimo calorrr.

—¿Y tienes suficiente con acariciarte?

—Nooo.

—Fóllate. —A su orden, dos dedos empapados resbalan dentro de mi coño ardiendo.

—Lo hagooo. Con dos dedoss.

—¿Suficiente?

—Nooo. Quiero másss.

—Mete otro. —Un tercer dedo me penetra.

—Yaaa. Joderrr.

—¿Estás muy cachonda, Gema? ¿Descontrolada?

—Sííí —grito además de escribírselo en la pantalla mientras mis tres dedos me arrancan jadeos y mi sexo se desborda.

—Quiero verlo. —Por un instante todo mi cuerpo se detiene. La vergüenza vuelve de golpe y mis dedos dejan de moverse, aunque permanecen hundidos entre mis piernas abiertas—. Quiero ver cómo te masturbas. —Sigo sin moverme—. Estás así de cachonda por mí. ¡Quiero verlo!

—Me da vergüenza —consigo escribir.

—¿Y no te da vergüenza estar masturbándote en tu oficina como una perra en celo? ¡Estás así de cachonda por mí! ¡Quiero verte esa cara de puta! —Leer cómo me insulta, en lugar de cabrearme, hace que me excite aún más. Cuanto más caliente estoy, más me ponen sus insultos—. ¡Vamos, zorra, quiero verte, que a mí también me tienes cachonda! —Sus insultos y saber que ella también está excitada por mí hacen que mis dedos recuperen su movilidad y vuelvan a penetrarme. Con la otra mano, a duras penas y entre espasmos, pulso el botón que enciende la *webcam*.

Mientras se conecta no dejo de masturbarme con ambas manos. Tres dedos de mi mano derecha me penetran y con mi mano izquierda acaricio mi clítoris. Estoy tan excitada que todos mis dedos terminan empapados. Cuando observo que en la pantalla de mi ordenador se disponen a abrirse dos ventanas, mis nervios y excitación aumentan exponencialmente. No solo es mi *webcam* la que se dispone a conectarse. También Stela ha conectado la suya.

Unos segundos más tarde puedo verme a mí misma reflejada en una de las

ventanas del ordenador. Apoyada en el sillón, mi ordenador me devuelve una imagen de mis pechos empitonados y de mi boca abierta entre jadeos. En la otra ventana puedo ver unos profundos ojos grises y unos entreabiertos labios brillantes pintados de rojo. Ella también está jadeando.

—Incluso sin maquillar tienes cara de puta cuando te pones cachonda. — Esta vez no tengo necesidad de leerla. Es su voz, que me llega desde los altavoces del ordenador, la que me insulta. Miro mi imagen en el ordenador. Tiene toda la razón. Prácticamente desnuda, con el pelo alborotado, jadeando como una perra en celo, mi cara desencajada delata que estoy al borde de un orgasmo. De ella solo puedo ver parte de su cara, el resto tengo que imaginármelo y creo que es aún peor porque su boca entreabierta y su voz, que me ha sonado entre jadeos, me tienen convencida de que ella también se está masturbando.

—Baja la cámara. Quiero ver cómo te corres —me vuelve a decir con su voz entrecortada.

—Sí, si tú, si tú me dejas ver algo más de ti —respondo a duras penas al borde del clímax. Ella se aleja de la cámara. Puedo ver todo su rostro. Su pelo negro, sus ojos profundos y dilatados por la excitación, su boca jadeante. También me deja ver que sus pechos también están duros y que una de sus manos se pierde entre sus piernas. Cuando saca la mano de entre las piernas y me la muestra en la cámara, me siento desfallecer. Todos sus dedos brillan empapados en flujos y cuando los separa, hilos de su placer los cruzan y los juntan. Decidida, cojo la *webcam* de mi ordenador y la bajo hasta que la imagen de mi ordenador le muestra a Stela mis piernas abiertas y mi coño penetrado.

—Sí que estás cachonda, sí. Sácatelo todo. Córrete para mí, zorra. —No sé qué es lo que más me excita; si sus palabras insultantes, su voz entrecortada por sus jadeos y saber que a ella también la excito como ella a mí, o la imagen de mi propio sexo reflejado en la pantalla totalmente ofrecido y dilatado.

Vuelvo a masturbarme con fuerza mientras veo cómo Stela se chupa los dedos y se deja la boca brillante de sí misma. Después vuelve a bajar la mano entre sus piernas y se arranca gemidos de placer sin dejar de mirarme.

—Córrete. ¡Córrete para mí, puta! —No lo resisto más. Con mis tres dedos me penetro con violencia mientras mi otra mano restriega mi clítoris frenéticamente. Mis pechos, abandonados de caricias, se balancean al ritmo de mi entrecortada respiración. Durante unos segundos, me veo obligada a dejar

de mirar la imagen de Stela y a cerrar mis ojos, pero puedo oírla gemir y jadear. Nuestros jadeos se mezclan en mis oídos.

—Voy a corrermeeee —grito cuando mi sexo se contrae y el tiempo se detiene.

—Sííí. Hazlo —escucho al otro lado.

Un rayo me parte en dos y grito entre convulsiones. Todo mi ser tiembla. Me cuesta recuperar la respiración. Siento cómo mi cuerpo se queda sin fuerzas y apenas me sujeta. Saco los dedos de las profundidades de mi sexo mientras mis piernas no dejan de temblar. Con los ojos cerrados intento recuperar la respiración. De mi sexo siguen saliendo flujos a cada espasmo que todavía tiene, pese a que ya me he corrido y mis dedos ya no están sobre ni dentro de él. Por un segundo, me olvido de qué me ha llevado a esa situación.

—Enséñame tu cara ahora y chúpate los dedos. No desperdicies ese orgasmo. —Lo escucho como si la voz viniera de mi cerebro aunque sé que es Stela al otro lado de la pantalla. Tengo sed. Subo la cámara de nuevo a su sitio y relamo cada uno de mis dedos delante de ella. Sin mirarla. La vergüenza, una vez pasado el momento de locura, vuelve poco a poco a mí. Ya no me atrevo a levantar la mirada, pero obedezco a su orden de limpiarme los dedos. No soy capaz de recordar cuándo fue la última vez que había tenido un orgasmo que me dejara tan desfallecida como el que acabo de tener. Mis labios reseco agradecen la humedad de mis dedos—. Creo que tú y yo vamos a hacer grandes cosas por esta ciudad. —Consigo levantar la mirada, sonreírla y enfrentarme, un par de segundos, a sus ojos grises y a su imagen. Ella también se ha corrido y eso me hace sentirme extrañamente orgullosa—. Hablaremos pronto. —Y cierra la ventana de la *webcam* y la conexión.

Dedico los siguientes minutos a asearme. Con unas toallitas húmedas que llevo en el bolso limpio mi sexo y los restos que de él han quedado en el sillón de mi oficina. Después me visto y me peino, mientras termino de recuperar la compostura y la respiración. Por último, echo ambientador en el despacho. Es tan intenso el olor a sexo que mi orgasmo ha dejado que temo que, si no lo hago, mañana a la mañana toda la oficina se dé cuenta. Por último, voy al cuarto de baño a limpiarme las manos.

El espejo del aseo de la oficina me devuelve la imagen de una mujer adulta, serena, atractiva. Lejana a la que minutos antes me devolvía la pantalla de mi ordenador. Tengo que reconocer que ambas imágenes me gustan y que

me encanta ser, de vez en cuando, la mujer que se veía en la pantalla. Traviesa, huelo mis manos antes de lavármelas. El intenso olor a sexo, y el recuerdo de cómo han llegado a tener ese olor, me hacen sonreír.

Regreso a casa después de aprovechar mejor de lo esperado mi estancia en la oficina y compruebo que Javier todavía no ha regresado. Marta tampoco me ha mandado ningún mensaje al móvil, así que deduzco que hoy no ha quedado con ella, lo que me hace temer que pueda venir con ganas de fiesta a casa. Decido acostarme y dormir con la esperanza de que al llegar a casa no se atreva a despertarme. Yo ya me he quedado satisfecha en la oficina y sus caricias, más que placer, me darían asco. No podría disimularlo.

Por la mañana despierto y él está dormido a mi lado. Sin hacer ruido, me levanto y me visto dentro del cuarto de baño para no encender la luz de la habitación. No quiero despertarlo. Con cuidado, salgo hacia la oficina. Consigo salir de casa sin tener que hablar con él. Paso el lunes entre papeleo y esquivando a mi jefe, que no deja de preguntarme por la noticia que tanto persigo en los últimos días. Empieza a impacientarse y ya no le valen mis promesas de que será un bombazo. Espera resultados ya. Le pido un poco más de paciencia.

Javier no me llama durante el día ni ha dejado mensajes en el frigorífico ni en el contestador de casa. Rápidamente me busco una excusa para no quedarme en casa esa noche y así acelerar la noticia que mi jefe espera. Me pongo en contacto con Ángel.

—Buenos días, soy Gema. ¿Sería posible adelantar nuestra conversación a esta noche?

—Sin problemas, será un placer.

—¿Dónde podemos vernos? Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Qué le parece en mi casa? Aquí nadie nos interrumpirá y podremos hablar con tranquilidad. —Me lo pienso unos instantes.

—Muy bien. ¿Cuál es tu dirección? —Me dice dónde vive y que me espera allí a las ocho. Esta vez soy yo la que deja una nota en el frigorífico. «Lo siento, tengo que salir, tengo una reunión importante». Mi excusa al menos es cierta, la única mentira en mi mensaje es el «lo siento».

Llego a las ocho en punto a la casa de Ángel. Es un apartamento en el centro de la ciudad. Un apartamento pequeño. Me recibe bien vestido y con una enigmática sonrisa.

—Pase. Está usted muy guapa.

—Gracias, pero trátame de tú.

—Muy bien. Pasa entonces y ponte cómoda. En unos minutos estará la cena.

Me invita a pasar al pequeño salón. Un pequeño armario, una mesita de centro, un sofá de tres plazas y un televisor son su única decoración. Él se va a la cocina y, unos segundos más tarde, regresa con una copa de vino. Después vuelve a la cocina.

—Espero que te guste la carne. Es lo único que se me da bien cocinar.

—No te preocupes, soy carnívora.

—Me alegro, si hubieras sido vegetariana habiéramos tenido un problema —me dice desde la cocina. No tarda en salir de la cocina con una bandeja en las manos—. Acompáñame. Cenaremos en una de las habitaciones.

La casa tiene tres habitaciones, un cuarto de baño, el pequeño salón en el que acabo de estar y la cocina. Lo único que me llama la atención es que una de las habitaciones está dedicada por completo a equipos informáticos, ordenadores, portátiles, equipos de video y audio. Es la única habitación que desentona con la austeridad del resto de la casa. Su imagen y el lugar donde vive no se asemejan nada a la imagen que me hacía de él la primera vez que hablé con Marta. Vive en una casa sencilla sin muchos lujos. Una de las habitaciones es su dormitorio y la otra es un pequeño comedor en el que solo hay una mesa y cuatro sillas.

Me sirve otra copa de vino cuando nos sentamos a cenar.

—Tenemos temas importantes que tratar —me dice antes de dar el primer bocado.

—Estoy de acuerdo. Esta es la segunda vez que nos vemos y no dejas de sorprenderme.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Tu imagen está en el polo opuesto a lo que me esperaba. Me había hecho la imagen típica de chulo cuando me habló Marta de ti la primera vez. Cuando nos vimos en el restaurante, esa imagen no se correspondía a lo que tenía delante, pero seguí pensando que, con el trabajo al que te dedicas, vivirías rodeado de lujos y dinero. Y, sin embargo, vives en un pequeño piso en el centro, en una casa poco decorada y nada ostentosa. Has descolocado por completo mi idea sobre ti.

—Para hacer bien mi trabajo tengo que llamar poco la atención. Cuanta menos gente sepa a qué me dedico o cómo hago mi trabajo, mejor. Tengo

treinta años. Vivo solo, paso la mayor parte del tiempo sin salir de casa. Si viviera rodeado de lujos tendría que dar unas explicaciones que no deseo dar sobre de dónde saco el dinero para permitírmelo. Así nadie pregunta y yo tampoco necesito mucho más. No es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita.

—Te entiendo.

—Hablemos ahora de nuestro acuerdo. Te aseguro que mi colaboración no te va a resultar gratuita.

—Lo imaginaba, ya hablamos de ello el otro día.

—Sí, debes tener en cuenta que nos vamos a enfrentar al partido que lleva ganando todas las elecciones en esta ciudad desde que se instauró la democracia. Es un partido con mucho poder.

—Lo sé, he sido miembro de ese partido unos cuantos años.

—Y sin embargo no conoces de él ni la mitad.

—¿Cómo?

—Empezaré por explicarte la situación. Llevo varios años dedicándome a esto de proteger a chicas de compañía. Ahora mismo, además de Marta, hay otras seis chicas que trabajan conmigo. Son muchos los secretos que manejo para mantenerlas a salvo. Te aseguro que la infidelidad de tu marido es de los más pequeños secretos que tengo en mi poder. Y te aseguro también que tu marido no es el único cliente que tienen mis chicas dentro de tu partido.

—Algo me comentó Marta la primera vez, de que Javier la había conocido cuando ella fue acompañando a otro miembro del partido a una fiesta.

—Así es. Y esa no es la única fiesta de tu partido a la que han acudido mis chicas. Tengo tantos trapos sucios de tu partido en mi poder que se puede decir que los tengo pillados por los huevos.

—¿A qué asuntos sucios te refieres?

—Dinero negro, subvenciones, desfalcos, drogas, prostitución..., están a la orden del día dentro de tu partido. Por no hablar de las fiestas privadas donde la decencia y el decoro brillan por su ausencia. Tengo una noticia que darte, aunque creo que a estas alturas no te va a sorprender. Marta, aunque es su favorita y la única de mis chicas con las que Javier tiene encuentros sexuales, no es la única mujer con la que te ha puesto alguna vez los cuernos.

—¿Ah, no? Pero si no es con una de tus chicas, ¿es que Javier contrata alguna otra puta?

—Que va. Javier solo paga por los servicios de Marta. Las otras mujeres

son miembros de vuestro partido con las que no tiene que pagar. —Creo que mi cara delata mi sorpresa—. Pensé que no te sorprendería tanto. Sé que has estado en la casa porque me lo ha contado Marta. Por eso pensé que, habiendo visto las habitaciones de la casa, no te sorprendería saber que allí se reúnen más de dos personas.

—La verdad es que cuando estuve en la casa lo pensé y en la conversación con Marta que mantuve el otro día me lo confirmó, pero pensaba que se reunían miembros del partido con prostitutas.

—También acude alguna que otra mujer desinhibida del partido. Mis chicas tienen acceso a reuniones, conversaciones privadas, encuentros íntimos. A un montón de información. Eso me da un control sobre tu partido que me permite alcanzar acuerdos económicos muy sustanciales. No voy a negar que tener a vuestro partido en el poder me resulta mucho más rentable que tenerlo fuera. Aunque el partido de la oposición también tiene muchos trapos sucios que ocultar. Es por eso por lo que, si quieres hundir al partido, vas a tener que asegurarme que cuando el partido de la oposición llegue a gobernar, yo no voy a perder ninguno de los privilegios que ahora tengo dentro de las instituciones y que me ayudarás a conseguir más información comprometedora.

—Si compartes conmigo esa información, así será. Me he propuesto ser yo misma la candidata a alcaldesa. Te aseguro que nadie tocará esos privilegios personales.

—Perfecto. Quiero que tengas una cosa clara, Gema. Esta sociedad está corrompida por dentro. Es corrupta hasta el tuétano y eso, a la gente como yo, nos da mucho trabajo. Hay cientos, miles de sucios secretos, dentro de las altas esferas, ocultos bajo grandes alfombras de silencio esperando a salir a la luz. Secretos y mentiras que llevan a otros aún mayores para mantenerlos ocultos. La sociedad funciona así. Favor por favor, secreto por secreto. Yo no muerdo tu mano si tú no muerdes la mía. Es una montaña de naipes que se mantiene en pie unida por secretos inconfesables. Todas las cartas mantienen en pie la estructura porque, si quisieran derribarla, la primera carta que tendría que caer sería la suya propia. Y nadie quiere caer el primero. Tú llevas años dentro del mundo de la política, sabes cómo funciona. Lo que no sabes es hasta dónde alcanza.

—Explícamelo.

—Pongamos un ejemplo sencillo. Uno que conoces, al menos, en parte. Tu marido. Empecemos por lo que conoces. Cuando llegasteis a la ciudad, tu

marido empezó como secretario del partido. Un año más tarde, había elecciones municipales y tu marido ya iba de candidato a concejal en el Ayuntamiento. Todavía no en los primeros puestos, pero sí en uno puesto que le asegurara salir elegido. Tú sabes cómo entró, por sorpresa, en esa lista, ¿verdad?

—Sí, alguno de los candidatos precedentes tuvo que dimitir por presiones internas dentro del partido y algún otro renunció por problemas familiares o de incompatibilidad con su trabajo.

—Esas dimisiones y renunciaciones fueron el fruto de una información que tu marido tuvo en su poder después de trabajar como secretario. Una información que afectaba a un miembro importante dentro del partido. Entrar en la lista fue el favor recibido a cambio de guardar silencio.

—¿Quieres decir que Javier chantajeó a alguien dentro del partido?

—Chantaje, qué palabra más fea y no dejas de decirla. Quiero decir que tu marido llegó a un acuerdo de negocios. Como estamos haciendo tú y yo ahora. Información por favor. Así funciona el mundo. El favor que le hizo tu marido a esa persona ocultando la información fue recompensado con una concejalía en el Ayuntamiento. Fuiste tú la que, con tus publicaciones en prensa, hiciste ganar popularidad a tu esposo. Digamos que eso también fue otro intercambio de favores. Puedes decir que, con la buena excusa de apoyar a tu marido, por amor, pero no deja de ser un intercambio de favores. Él se hacía más popular y famoso, y tú empezaste a aparecer en actos sociales de su mano, lo que también te dio popularidad y eso te hizo tener más notoriedad en tus publicaciones.

—Nunca lo había visto así.

—Desde dentro nunca se ve así. Solo los ojos que lo observan todo desde fuera pueden descubrirlo. Cuanto más popular se hacía tu marido, más gente quería conseguir su apoyo y más favores le debían, pero, a su vez, también empezó a aparecer gente a su alrededor dispuesta a descubrir sus secretos y a pedirle contraprestaciones. ¿Te has fijado en quién va como candidata a concejal en la lista del partido este año?

—La verdad es que no. Solo presté atención al primero de la lista.

—Pues deberías haberte fijado también en quién figura como número cinco del partido. Un puesto de concejala casi asegurado si los pronósticos de las encuestas llegan a cumplirse. Rosa Jiménez Marín. ¿Te suena el nombre?

—Sí, claro. Fue la secretaria de mi marido el primer año que estuvo como



concejal en el Ayuntamiento. ¿Va en la lista?

—Así es. ¿Puedes imaginar por qué? —Así que la secretaria de mi marido, el primer año de trabajo, había ascendido de secretaria a candidata a concejala de la misma manera que mi marido había ascendido hace cuatro años. Porque había descubierto algún secreto de mi marido y este le había recompensado para que lo mantuviera oculto—. Rosa descubrió, antes que tú, que tu marido te era infiel. Y su silencio ha sido bien remunerado. Claro que Rosa parece dispuesta a seguir ascendiendo dentro del partido. Es una de las asiduas a las fiestas en la casa desde que es candidata. Y una de las mujeres dentro del partido con las que te ha sido infiel Javier. Aquí tienes toda la información que necesitas para hundir la carrera política de tu marido —me dice, dejando una carpeta sobre la mesa—. Dentro hay imágenes de Javier junto a Marta y una serie de documentos del partido que lo relacionan con malversación de dinero público, comisiones ilegales y tráfico de influencias. Con esto tienes más que suficiente.

»Así funciona esto, Gema. Para conseguir ascender solo tienes que encontrar a alguien que te deba un favor o hacerle un favor a alguien. Depende del tipo de favor que tengas que hacer o que recibas, siempre hay alguien dispuesto a desvelarlo si tú no le haces un favor a cambio. Y así vas tejiendo una madeja de favores, secretos y contra favores. Hasta tú tienes esa madeja tejida a tu alrededor. A veces ocurre sin darse uno cuenta. Otros lo hacen con toda su intención. Son estos últimos los que terminan debiéndome favores a mí.

—¿Que yo también tengo esa madeja? ¿Qué secreto guardo yo?

—Varios. Y desde que intentas hundir a tu marido, alguno más.

—¿Como cuáles?

—Como estar conmigo en esta casa ahora, como reunirte con una prostituta cada vez que se acuesta con tu marido. Son pequeños secretos que a tu marido le encantaría descubrir. Y que si lo hace, podrían echar abajo tu plan. Estoy seguro de que se sorprendería mucho al saber que conoces a Marta. O si se entera de que has ido a casa de Stela Miró a sus espaldas.

—¿Cómo sabes tú eso? —Mi sorpresa es mayúscula—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Bendita inocencia. Ya te he dicho que todo el mundo oculta secretos. ¿Crees que Stela Miró, una empresaria de éxito prácticamente a nivel mundial, con ciertas tendencias sexuales poco convencionales, no guarda ninguno?

—Imagino que sí. ¿Pero qué tiene que ver eso con que tú sepas que yo he estado en su casa?

—Porque yo guardo alguno de esos secretos de Stela. Porque nos conocemos desde hace años y porque disfruto muchísimo de sus veladas. Fue una cena estupenda. —Mi cara muestra un gesto de temor y vergüenza. Ahora ya sé qué es lo que me resultó familiar la primera vez que nos vimos en el bar. Su voz, había oído su voz antes. En la casa de Stela, mientras estaba tumbada desnuda sobre la mesa. Ángel era uno de los chicos que estaba allí—. Tranquila, nadie más de los allí presentes sabe quién eras. Tu maquillaje, la peluca rubia y la máscara te hacían prácticamente irreconocible.

—¿Y cómo me descubriste tú?

—Porque cometiste el pequeño error de aparcar tu coche cerca de la casa. Y yo sé cuál es tu coche desde que tuviste la primera conversación con Marta cuando fuiste a buscarla al túnel. Este será nuestro primer secreto juntos. Yo no lo desvelaré si tú mantienes nuestro acuerdo de que, al ganar las elecciones, yo mantendré todos mis privilegios y de que serás mis oídos y mis ojos dentro del partido.

—Lo haré —respondo con la vergüenza aún reflejada en mis mejillas.

—Entonces estoy seguro de que vamos a llevarnos muy bien.

Estamos a punto de terminar la cena y yo me siento incómoda y ruborizada sabiendo que Ángel me estuvo observando durante la cena en casa de Stela. Él sabe que aquella mujer maquillada como una cualquiera, que se mantuvo quieta sobre la mesa aunque de su sexo brotaran flujos de excitación, era yo. Lo sabe y lo disfruta. Y yo sé que uno de aquellos dos hombres que sorbieron las guindas de la cima de mis pezones fue él. ¿Fue también el que, al correrse, terminó manchándome? No me atrevo a preguntárselo.

—Fue una pena que Stela no nos dejara tocarte durante su cena. Nos lo hizo prometer. Se te veía muy apetitosa —dice cuando, terminada la cena, cojo mi chaqueta y voy a salir de la casa mientras deja los platos de vuelta en la cocina.

—En aquel momento, yo también lo pensé —le respondo antes de salir.

Quedan tres semanas para las elecciones y ha llegado el momento que esperaba para concretar mi venganza. Un plan sencillo, pero bien elaborado, que terminará con la carrera política de Javier y con nuestro matrimonio. La parte más complicada del plan era que el partido de la oposición aceptara mi idea y la llevara adelante. Por fortuna, las bases del partido no llegaron a un acuerdo. Exigían que la elección del candidato se llevase a cabo mediante primarias dentro del partido. Cuando el director de la campaña les dio la razón y pidió candidatos para presentarse, todos dieron un paso atrás. Nadie quería enfrentarse a Javier Márquez, al que, en ese momento, las encuestas daban ganador con casi veinte puntos de ventaja. Al darse cuenta de que nadie tenía el valor para dar el paso al frente no dudaron en dejar en manos del comité la elección del candidato. Viendo que nadie dentro del partido se atrevía a dar el paso, no tuvieron inconveniente en aceptar mi plan. En caso de que saliera bien, ellos ganarían las elecciones. En caso de que el plan fuera un fracaso, ninguno de ellos sería culpable de la derrota y sus carreras seguían adelante. Solo necesitaban que les entregara la información comprometedor para que dieran la rueda de prensa y me presentaran como candidata a la alcaldía.

Hoy he quedado con Stela para concretar los detalles del plan a seguir. Me ha propuesto quedar en su casa, pero he rechazado por miedo a no saber qué podría ocurrir allí. Finalmente, hemos quedado para cenar en un restaurante céntrico y concurrido. Me da miedo enfrentarme a una velada a solas con ella. Ejerce demasiado poder sobre mí y es algo que, sin llegar a comprender, prefiero evitar.

Cuando voy hacia el restaurante, veo mi reflejo en un escaparate de una tienda. Me doy cuenta de que, por instinto y sin tener consciencia de haberlo hecho, voy atrevidamente vestida. No recuerdo en qué momento he elegido

este vestido azul corto con bastante escote, pero me queda muy provocador. Creo que Stela se sorprenderá al verme así vestida, pero ya no me da tiempo a volver a casa a cambiarme. Me he sorprendido hasta yo.

Lo que no me sorprende es que, al llegar al restaurante, la tenga que esperar. Le gusta hacerse notar. Le gusta controlar todo y llamar la atención. Le pregunto al metre por nuestra mesa y me acomoda en un rincón del restaurante. Una mesa bastante más íntima de lo que a mí me hubiera gustado. Me pasa por dejar que ella haga la reserva. Me ha dicho que tiene conocidos en este restaurante y que podía conseguirnos una buena mesa utilizando sus contactos. En ese momento, y ante la tranquilidad de haberme librado de una cena a solas en su casa, no caí en la cuenta de que aprovecharía esos contactos para conseguir una mesa alejada del resto de la gente. Resignada, tomo asiento y espero tomando una copa de vino blanco con la intención de que el alcohol temple un poco mis alterados nervios. Sé que en cuanto llegue va a aprovecharse del poder que ejerce sobre la gente, sé que me va a recordar lo que pasó en su casa y lo que hicimos frente a la *webcam* de nuestros ordenadores. Sé que se va a aprovechar de mis reacciones y que las va a utilizar en su beneficio. Y eso me tiene nerviosa, temblorosa y excitada, a partes iguales.

Oigo un murmullo que va creciendo en la sala. No tengo dudas, Stela Miró acaba de entrar en el local. Me levanto a recibirla y, cuando la veo, entiendo el revuelo causado. Su vestido, de un color rojo cereza, a juego con sus zapatos y el color de sus labios, aunque más largo que el mío, es más ceñido y tiene un mayor escote. El color tostado de su piel destaca bajo el vestido y lo resalta. Su melena negra cae sobre sus hombros y sus intensos ojos grises destilan su poder habitual y brillan con luz propia bajo el rímel del maquillaje. Si yo me he visto atractiva en el reflejo del escaparate de la tienda, ella, no me cuesta reconocerlo, me da diez vueltas. No me extraña que todos los hombres, y alguna mujer del restaurante, se giren a mirarla. Incluso a mí me cuesta trabajo apartar mis ojos de ella cuando se acerca a mi lado. Solo cuando mi mirada se encuentra con la suya mis ojos bajan al suelo.

—Buenas noches, Gema.

—Buenas noches, Stela. —Su voz ha sonado serena, la mía temblorosa.

—¿Te has puesto así de atractiva para mí? —me pregunta.

—Yo podría decirte lo mismo —respondo intentando retomar el control.

—Yo no tengo inconveniente en reconocerte que sí. —Me desarma.

Me da un solo beso, corto, ligero, en apariencia inocente, en los labios y se sienta en su lado de la mesa sin darle importancia. Yo, en cambio, tardo unos segundos en poder moverme y en tomar asiento en mi lado. Hoy sus labios no saben a otra mujer. Hoy sus labios tienen el mismo sabor que el día que me besó por sorpresa en el cuarto de baño durante la fiesta en la que nos conocimos. ¿Por qué me gustan tanto sus besos?

—¿De qué querías hablar? —me pregunta en cuanto pedimos la cena.

—Antes que nada, me gustaría que me contaras algo sobre ti. Vamos a formar equipo a partir de ahora en campaña y, del mismo modo que tú me llevaste de invitada a tu cena para saber si era de confianza, yo quiero que me cuentes quién es Stela Miró para confiar en ti.

—Soy una empresaria de mucho éxito y con mucho poder que puede conseguir que hagas realidad tu venganza.

—Eso ya lo sé. Pero ¿qué se oculta tras esa empresaria? ¿Es Stela tu verdadero nombre?

—No, no lo es.

—Soy periodista. Cuéntame tu historia.

—Está bien. Que sepas que serás una de las pocas personas que conoce mi verdadero nombre. Eso debería de ser suficiente para saber que puedes confiar en mí. —Presto toda mi atención a sus palabras—. Mi nombre es Lucía Gómez. Un nombre vulgar y corriente, de una niña tímida y con muchos complejos, a la que miraban siempre por encima del hombro en el colegio y de la que se burlaban en el patio del recreo. —No me puedo imaginar a la mujer que veo ahora delante de mí de esa manera. Desprende tanta seguridad que es imposible imaginarla acobardada ante nadie.

—¿Qué le pasó a Lucía para convertirse en Stela?

—Lucía se encaprichó de un chico del colegio. Cuando reunió el valor para invitarle a salir, este se burló de ella delante de todo el patio. Tenía catorce años. Me sentí la niña más tonta del mundo y me hundí sin remedio en una vorágine de autocompasión de la que no habría sido capaz de salir si no llega a ser por Teresa.

—¿Quién era Teresa?

—Una de mis profesoras de bachillerato. Acabada la EGB y abochornada como estaba, mis padres me cambiaron de centro para estudiar BUP. Allí conocí a Teresa. Era mi profesora de Literatura y, con dieciséis años, el castellano no fue la única lengua que me enseñó. Ella fue a la primera persona

que besé, la primera persona que me hizo alcanzar la cima del placer y la primera persona en hacerme ver todo lo que era capaz de conseguir. Me enseñó a confiar en mí misma. Cuando, terminados los estudios, pasé a la universidad, la tímida y acobardada Lucía Gómez se quedó entre las faldas de Teresa y de allí surgió Stela.

—¿Por qué el nombre de Stela Miró?

—Teresa siempre me llamaba su lastimero pecado. Stela Miró es solo un anagrama.

—Vaya. He de reconocer que esa mujer hizo muy bien su labor. Desde que te conozco infundes respeto y emanas confianza. Acobardas con tu mirada a cualquiera que se atreve a enfrentarla.

—Gracias. Eso lo aprendí unos años más tarde. Cuando ya había terminado los estudios y empezaba mi carrera como empresaria. Un día, se presentó en mi oficina un joven para pedir trabajo en mi primera empresa. En un principio no me reconoció, pero yo supe quién era desde el mismo instante que recibí su currículum en mi oficina. Vengarme de ese niño del patio del colegio me hizo ver que nada ni nadie podía volverme a mirar nunca por encima del hombro. El poder es casi tan placentero como el sexo, y la venganza bien servida es un sentimiento cercano al orgasmo. Por eso estoy dispuesta a ayudarte en tu plan.

—Creo que ha llegado el momento de organizar tu intervención en el mismo.

—Está bien. ¿Cómo quieres que lo haga?

—Quiero que des una rueda de prensa. Quiero que retires el apoyo de la campaña alegando problemas de confianza con el candidato.

—Muy bien, así lo haré. ¿Cuándo quieres que lo haga?

—Pasado mañana el partido me anunciará como candidata a la alcaldía. Eso provocará mucho revuelo en el partido de Javier y, sobre todo, en mi casa. Creo que, desde ese día, voy a tener que buscarme un sitio donde dormir. La noticia abrirá todos los periódicos, incluido el mío. Al día siguiente de salir la noticia publicada, tú darás esa rueda de prensa. Tu retirada de apoyo supondrá un duro golpe a su línea de flotación. Habrá especulaciones sobre tus motivos. Todo el mundo se preguntará por qué su principal apoyo y su mujer se enfrentan a él y eso hará que la gente dude. Entonces, el día después de tu rueda de prensa, mi periódico abrirá en exclusiva con las fotos y los documentos que comprometen a Javier. Su credibilidad se verá perjudicada y

su imagen se vendrá abajo. Las encuestas se darán la vuelta y Javier será el primer candidato de su partido que pierda las elecciones, lo que hundirá para siempre su carrera política.

—Suena bien. ¿Ya tienes todo lo que necesitas para tu plan?

—Sí, ya está todo atado. Lo más difícil era conseguir que el partido de la oposición me diera vía libre, pero en cuanto reciban los archivos que me dieron ayer, no podrán negarse. Soy su mejor baza electoral. En dos días anunciarán que ya tienen candidata para presentarse a la alcaldía.

—¿Y qué pasará si el partido le obliga a dimitir y elige a otro candidato? ¿Cómo te vas a enfrentar a él? —Respiro profundo antes de decirle lo que le voy a decir.

—Stela, tú no eres la única que tiene contactos con Ángel.

—¿Qué Ángel? —me pregunta, por primera vez algo descolocada.

—Con el Ángel que guarda nuestros secretos. Con el Ángel que me ha pasado la información comprometedor de Javier. Con el Ángel que protege a Marta, la prostituta con la que se acuesta mi marido. Con el Ángel que invitaste a la cena del otro día en tu casa. Como dice él, todos tenemos una madeja de secretos y Ángel parece ser el punto de unión de los nuestros. Él tiene información de todos los miembros importantes del partido. No hay un candidato que puedan presentar al que nosotros no podamos hundir antes siquiera de llegar a votar. Las encuestas no tardarán en darse la vuelta. Con mis secretos a salvo, mi imagen de mujer engañada y el partido envuelto en constantes escándalos, no tendremos problemas para ganar.

—Muy bien. Es un buen plan. Estoy segura de que vas a ser la nueva alcaldesa. ¿Te ha contado Ángel cuáles son los secretos que me guarda a mí?

—No. Pero estoy segura de que tienes muchos si tienes tanta confianza con él como para invitarlo a la cena del otro día.

—Así es. Tengo muchos y oscuros secretos. ¿Cómo se enteró Ángel de que eras tú la que estabas en la mesa? Yo no se lo dije.

—Porque vio mi coche aparcado en los alrededores de tu casa.

—Chico listo. —Esboza una sonrisa traviesa en sus rojos labios.

—Por cierto, me gustaría hacerte una pregunta sobre esa noche. —Me otorga el permiso de preguntar con un gesto de cabeza—. Solo había dos hombres en la cena aquel día y ahora sé que uno de ellos era Ángel.

—No te voy a decir quién era el otro, yo también sé guardar secretos.

—No es eso lo que quiero saber. ¿Te fijaste en si fue Ángel quien me

manchó al llegar al orgasmo? —Stela sonríe al oír mi pregunta—. ¿Por qué sonríes?

—Lo intuí desde el primer momento en que te vi en la cena con Javier. Estuve casi segura cuando te besé en el cuarto de baño y no dijiste nada. Que aceptaras mi propuesta para conseguir mi apoyo me lo confirmó, pero me quedaron dudas porque no sabía si era por lo que yo pensaba o por afán de venganza. Nuestro encuentro por *webcam* me reafirmó en mi idea y tu pregunta de ahora me lo confirma sin dudas.

—¿El qué?

—Que, bajo tu apariencia de mujer responsable y seria, ocultas un alma morbosa, traviesa, lujuriosa que se muere por salir. Tienes, como digo yo, alma de puta.

—¿Qué? —Me hago la ofendida, aunque en realidad entiendo lo que quiere decir.

—No te ofendas. No me refiero a puta de la calle. Me refiero más bien a alma de mujer desinhibida, promiscua, alma curiosa, juguetona. Yo tengo la misma alma de puta. Ya sabes, problemas de un lenguaje machista y antiguo que nos rodea. Si un hombre tiene muchas experiencias sexuales y quiere probar cosas es un ligón, un triunfador, un conquistador y seductor. Si es una mujer la que quiere experimentar muchas cosas es una zorra, un putón. Si te digo la verdad, en este caso, me da igual el vocabulario. Puta es una palabra que, en determinados momentos, me enciende.

—A mí también —susurro mientras bajo la mirada.

—Lo sé, lo vi en tus ojos al otro lado de la *webcam* y ahora, cada vez que digo la palabra, aumenta el brillo de tus ojos verdes. —Tiene razón, cada vez que oigo la palabra puta de sus labios, con su voz, hay algo dentro de mí que se revuelve. Es como si activara una parte oculta de mi personalidad. Como si su voz entrara en mi interior, rebuscara en lo más profundo de mis instintos hasta encontrar esa alma a la que ella se refiere y tirara de ella hacia afuera hasta hacerla aflorar. Y eso se refleja en mis pensamientos, que se vuelven más lascivos, en mis ojos, que brillan con la intensidad del deseo, en la sensibilidad de mi piel y en la humedad de mi sexo. Cada vez que Stela dice la palabra puta mirándome a los ojos, todo mi cuerpo reacciona para mostrar ese lado lascivo.

—No has respondido a mi pregunta —digo con curiosidad morbosa—. Sigo sin saber si ese chico que me manchó al correrse fue Ángel.



—Te respondo si tú me dices antes por qué quieres saberlo. Y ya sabes que distingo a la perfección cuando me dices la verdad o cuando intentas ocultarme algo. Quiero toda la verdad en tu respuesta. —Respiro profundo. Ni yo misma sé, en realidad, por qué quiero saber si fue Ángel. Antes de dar una verdad a medias como respuesta, medito para mí por qué quiero saberlo. Mis pensamientos vuelven a aquella mesa, al momento exacto en el que sentí cómo salpicaban mi cara. En esa alma interior que Stela ha sacado a flor de piel encuentro la respuesta.

—Porque poner rostro a quien se corrió sobre mi cara me excita. Recordar lo que viví en tu casa esa tarde noche siempre me enciende. Desde que uno de los hombres que se comió una de las guindas de mis pezones dejó de ser anónimo, la situación me parece más morbosa. Saber quién se corrió sobre mí o de quién era el sabor de mujer que tenías en tus labios al besarme, la harían aún más excitante. Sé que no me vas a desvelar el nombre de la mujer, así que me gustaría saber si Ángel fue el chico.

—¿Recordar lo que viviste en mi casa siempre te excita? ¿También ahora?

—Sí, también ahora, pero has dicho que me ibas a responder si te era sincera. —Stela sonrío. Una sonrisa que se humedece con la punta de la lengua antes de responder. —Sí, fue Ángel quien manchó tu cara al correrse. Lo sé porque era conmigo con quien follaba antes de hacerlo. El resto de su semen fue a parar a la cara de la mujer cuyo sabor tenía en mis labios cuando te besé.

Revivo la escena con lo que ahora sé. Me imagino a mí misma tumbada desnuda sobre la mesa con los pezones altivos, los labios brillantes y la máscara sobre los ojos y a mi derecha escucho los gemidos de Stela mientras Ángel la penetra y jadea sobre ella. Imagino a Ángel de pie. Masturbándose. A punto de llegar al orgasmo, con la cara desencajada por el placer apuntando al rostro de la mujer desconocida mientras esta alcanza el clímax sobre la boca de Stela. Casi puedo sentir llegar su orgasmo y cómo el primer chorro de su semen sobrepasa a la mujer y vuelve a mojarme la cara. El morbo hace que me humedezca en el restaurante. Pero hay algo en todo esto que me hace sentir envidia, celos, y que hace que mi alma de puta tome por completo el control de mis actos.

Sin decir palabra, me levanto de mi asiento frente a Stela y busco uno a su lado. Agarro su mano derecha con mi mano izquierda y dejo que mi mano derecha se pierda bajo el mantel.

—¿Qué haces? —me pregunta. La sonrío juguetona y me muerdo los labios

cuando mi mano oculta se pierde bajo mi vestido. Cuando mis dedos rozan mi sexo y se empapan no me sorprende descubrirme tan mojada. Al hacer que dos de ellos se hundan en las profundidades de mi ser se me cierran los ojos y me aferro con fuerza a la mano de Stela. Muevo mis dedos en círculos intentando contener los gemidos que se agolpan en mi garganta deseosos por salir. Hago que mis dedos recorran cada centímetro de mi sexo. Detengo unos segundos mi mano para poder abrir los ojos y observar la reacción de Stela.

Me mira fijamente y al abrir los ojos me dedica una sonrisa traviesa a la que correspondo mordiéndome el labio inferior. El brillo de su mirada me hace volver a mover mis dedos. Solo aguanto unos segundos mirándola antes de tener que volver a cerrar mis ojos. Cuando siento mis dedos empapados, abro los ojos y miro a nuestro alrededor. Nadie nos mira. Es el momento. Saco la mano de debajo de la mesa y ofrezco mis dedos a Stela, que me mira sorprendida. No duda en aceptar mi callada invitación. Con mirada lujuriosa chupa, uno a uno, mis dedos de forma obscena. Cuando los deja limpios, se relame.

— ¿Y este regalo?

—Desde que te conozco sé que han pasado por tus labios los flujos de una mujer y que has tenido sexo con Ángel. Pero es a mí a quien has besado tres veces. Sentía celos de que no tuvieras mi sabor en tu boca. Quería que supieras cómo me haces sentir, cómo me enciendes. —Stela vuelve a relamerse, se acerca a mí y me susurra al oído: «Puta».

Puedo ver en sus ojos el deseo que en ella despierto y, aunque me muero de ganas de entregarme allí mismo, decido que, por una vez, voy a ser yo quien tenga el control de la situación. Han sido varias veces en las que yo me he quedado con las ganas de más con Stela y quiero que esta vez sea ella la que se vaya a casa con las ganas de sentirme. Para mí sería un triunfo, una pequeña y dulce venganza, si me voy dejándola con las bragas mojadas. Mojo mis propios labios de la humedad que mi sexo destila y decidida, aunque con las piernas temblorosas, me levanto de la mesa y la beso en la boca con intensidad antes de salir del restaurante. Esta vez, cuando llego a casa, no puedo evitar masturbarme.

Llega el día. El que hasta ahora ha sido mi partido rival, y que a partir de hoy se va a convertir en mi partido, va a anunciar su candidato para las siguientes elecciones. Me voy a convertir en una tráfuga. La sorpresa general va a ser mayúscula ya que, aunque el tema del candidato que se va a enfrentar a Javier Márquez ha sido noticia durante los últimos días, nadie se espera que ese candidato vaya a ser su mujer. Cuando la prensa se entere va a ser portada, yo diría que a nivel nacional. Yo ya tengo escrita la nota de prensa para mi propio periódico.

Elijo una falda larga y una blusa para ir a la rueda de prensa. Quiero estar sobria y elegante cuando el secretario me presente como candidata. Acudo al acto con casi una hora de antelación. Aún no he limado los detalles de la presentación y quiero asegurarme de que todo transcurre como lo tengo pensado. La rueda de prensa va a ser en la propia sede del partido y allí me presento dispuesta a dar el paso de meterme de lleno en el mundo de la política. Llamo a la puerta y no tardan en abrirme.

—Hola, buenas tardes.

—Buenas tardes, soy Gema Romero. Vengo a la presentación del candidato.

—¿De qué medio de comunicación es?

—No, en este caso no vengo como periodista. Vengo en calidad de candidata. Es a mí a quien van a presentar.

—Disculpe, señorita, pero tiene que estar usted equivocada, el candidato hace más de media hora que ya se encuentra en el edificio. ¿Puede usted enseñarme las credenciales del partido?

—Yo no tengo credenciales. Estuve aquí hace unos días reunida con el secretario general. ¿Qué ocurre aquí? ¿Cómo que el candidato ya se encuentra dentro del edificio? ¡Yo soy la candidata!

—Le ruego que no me chille si no quiere que la eche de aquí. Solo tengo permitida la entrada a la prensa y a los miembros del partido. Si usted no es ni una cosa ni otra, no va a poder entrar.

—Déjeme hablar con el secretario del partido ahora mismo.

—Señora, por favor, cálmese.

—Voy a llamarle ahora mismo a su teléfono y usted tendrá que pedirme disculpas.

—Haga usted lo que quiera.

¿Qué está pasando aquí? Saco mi teléfono del bolso y marco el número del secretario del partido. El teléfono da señal, pero nadie me descuelga. Sé que está dentro del edificio. ¿Por qué no me responde a la llamada? Tengo que entrar como sea en la sede del partido, pero está claro que el de la puerta no me va a dejar entrar por las buenas y, desde dentro, parece que nadie va a salir a recibirme.

Descolocada, vuelvo a casa casi a la carrera a recoger mis credenciales como periodista. Es la única manera que tengo de entrar. Afortunadamente, la sede no queda lejos del metro y el metro no me deja muy lejos de casa. En menos de media hora, y a falta de treinta minutos para que empiece el acto, vuelvo a estar frente a la sede del partido.

—Buenos tardes —digo enseñando mi pase de prensa al portero de la puerta.

—Pase, señora Romero. La rueda de prensa se hará en la sala número 1.

—Según cruzo la puerta de entrada no hago ningún caso a las indicaciones del portero. Me dirijo al ascensor y subo a la planta donde está el despacho del secretario. Desde el pasillo puedo verlo en su oficina. Llamo a la puerta enérgicamente y él levanta la cabeza de sus papeles. Tarda lo que a mí me parece un siglo en levantarse de su asiento. Después me abre la puerta.

—Pase, señora Romero.

—¿Qué está pasando aquí?

—Siéntese.

—No quiero sentarme. Habíamos llegado a un acuerdo. Yo les daba información comprometedor sobre Javier y ustedes me proponían como candidata a la alcaldía para derrotarle en las urnas.

—Cálmese. Habíamos quedado en que usted nos daba la información y nosotros estudiábamos su propuesta. Usted no es miembro de nuestro partido, no podemos ponerla como cabeza de lista así como así. Usted nos trajo la

información, nosotros la estudiamos y decidimos, a última hora, que lo mejor era presentar a Martín Soto como candidato. Es un chico joven, con muchas aspiraciones en el partido y, con la información que usted nos entregó, puede que no gane las elecciones, pero sí obtendrá el mejor resultado que hemos cosechado en este Ayuntamiento desde que se instauró la democracia. Eso le ayudará mucho en su imagen y en su carrera política.

—¿Martín Soto? ¿Ese no es el chico que se entrevistó conmigo después de nuestra reunión? —El chico parco en palabras que yo consideraba una baza segura en la reunión ha resultado ser el mayor traidor de todos los presentes.

—Él mismo.

—¿Me está diciendo que se han aprovechado de mi información para conseguir un buen resultado en las elecciones, aunque sea perdiendo, sin darme a mí nada a cambio?

—Esto es política, señora Romero. El partido no necesita ganar las elecciones para obtener un buen resultado. Y nos es mucho más rentable promocionar a Martín Soto que a usted, que ha sido miembro del partido rival durante muchos años. Entiéndalo.

—El único que tiene que entender algo aquí es usted, señor secretario. Si presentan en la rueda de prensa a un candidato que no sea yo, me encargaré por todos mis medios de hundirle. Le puedo asegurar que si no cumple el trato al que llegamos se arrepentirá.

—Puede que yo lo haga, señora Romero, pero a mí ya me queda poco tiempo en esto de la política. No creo que pueda hacer nada contra mí que me perjudique en exceso.

—Eso lo veremos.

No me puedo creer lo que acaba de pasar. Todo mi plan de venganza se acaba de ir a la mierda. Si no soy candidata y el partido solo busca obtener un buen resultado, Javier saldrá elegido como alcalde y yo solo seré una mujer cornuda. Todos mis esfuerzos por vengarme no servirán para nada. Y el secretario está a punto de anunciar que Martín Soto va a ser el candidato.

Mi cabeza da vueltas intentando explicar cómo he podido ser tan idiota de entregar la información antes de asegurarme de que cumplían su palabra. Está claro que dentro del mundo de la política hay que andarse con pies de plomo porque ninguna palabra es de fiar.

El secretario anuncia a Martín Soto como candidato. Este toma el micrófono y suelta su discurso, sin mencionar nada sobre los papeles que le

entregué. Solo habla de una intensa campaña. Se nota que tiene el discurso bien preparado, con lo que la decisión de traicionarme estaba tomada con tiempo. Seguramente, cuando los dejé a solas en la reunión, antes de que el propio Martín viniera a hablar conmigo, ya habían tomado la decisión de aprovecharse de mi ingenuidad y mis ansias de venganza. Antes de que termine su discurso suena un mensaje en mi teléfono. Es Stela.

«Olvídate de que dé mi rueda de prensa mañana. Mantengo el apoyo a Javier en las elecciones. Lo siento, este no es el acuerdo al que habíamos llegado». Enrabieta le respondo. «Esto no ha terminado aún, dame unas horas». Salgo de la rueda de prensa y lo primero que hago es llamar a Ángel. Esta gente no sabe todavía quién es Gema Romero y de lo que soy capaz de llegar a hacer.

—Necesito toda la información que tengas de Martín Soto y del secretario del partido de la oposición. Cuanto más sucia y comprometedor sea, mejor.

—No te va a salir barata.

—Lo sé.

—Y no me refiero a dinero.

—También lo sé. Estoy dispuesta a todo. Esto no va a quedar así. —Hablo con Ángel sin medir mis palabras y llevada por la furia que arde en mi estómago.

—En mi casa, en una hora. —Decidida, cuelgo el teléfono.

Estoy frente a la casa de Ángel mucho antes de que la hora se cumpla. He venido directa desde la rueda de prensa y no he tardado ni media hora en llegar. Hago tiempo en la cafetería de enfrente tomando un café y mentalizándome de que no puedo echarme atrás a estas alturas. Si la infidelidad de Javier no se lleva su justo castigo, me vendré abajo. Necesito salirme con la mía por una vez en esta historia y no quedar como la ingenua mujer de la que todo el mundo se termina aprovechando. Me cueste lo que me cueste.

Cincuenta minutos después de realizar la llamada golpeo la puerta de la casa de Ángel con los nudillos. Oigo pasos que se acercan a la puerta. Me abre con una sonrisa y me invita a pasar.

—Te veo impaciente.

—Lo estoy. Si quiero arreglar esto tengo que darme prisa o será demasiado tarde. Tengo que conseguir que Martín Soto no pueda ser el candidato y que el secretario se vea obligado a cumplir su palabra. Y tengo que hacerlo ya. Para

ello necesito la información más comprometedoras que puedas darme sobre ellos.

—Mira que te avisé de que en el mundo de la política nadie tiene palabra y que se mueve por favores y silencios. En el mundo en el que te estás metiendo no debes fiarte de nadie, Gema, escúchame bien, de nadie. Es un enjambre de avispa dispuestas a clavarse el agujón las unas a las otras si hace falta. Pero no te preocupes, tengo lo que necesitas.

—¿En serio? —Siento un alivio en el pecho al recibir la noticia como un hilo de esperanza. Mi venganza puede ser retomada y eso me descomprime la presión que la angustia de verme derrotada me estaba provocando.

—En serio, ya te dije que guardo muchos secretos.

—Seré directa, ¿cuánto me va a costar? —Estoy dispuesta a cualquier pago siempre que la información pueda serme de utilidad. Haría lo que fuera por no terminar siendo la víctima de esta historia.

—Ya te dije que no será cuánto, será qué. —Suspiro.

—¿Y qué me va a costar?

—Siéntate.

Ángel me ofrece una silla. Es raro, teniendo un sillón y un sofá en la habitación, pero acepto y me siento en ella, impaciente y nerviosa por saber qué me va a pedir. Él toma asiento en el sillón.

—Ya sabes que mi vida gira en torno a la información comprometida. Vivo gracias a los secretos de los demás, no gracias a su dinero. Favor por favor se consiguen mejores tratos que con el sucio metal por medio. Un director de banco no tiene problemas para pedirte favores a cambio de dinero, pero si le pides un cargo en su administración, sabes cuánto desea ese favor y hasta dónde está dispuesto a llegar. De ti, Gema, quiero lo mismo, saber hasta dónde estás dispuesta a llegar por el favor que me pides.

—Depende de cuál sea la información que me ofreces.

—Saber qué «favores» hizo Martín Soto al secretario del partido a cambio de su nombramiento como candidato.

—¿Favores de que índole?

—De índole sexual. —Abro los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que Martín y el secretario han...?

—Y tengo imágenes del encuentro.

—Joder. ¿Cómo has conseguido esa información?

—*Hackeando* el ordenador de Martín Soto. Una de mis chicas tuvo un

encuentro sexual en su despacho hace un tiempo. No le fue difícil piratear el disco duro para que yo pudiera acceder a él desde mi ordenador. No entiendo esa costumbre absurda de la gente de tomar y guardar fotografías comprometedoras, pero mientras lo sigan haciendo yo viviré cómodamente.

—Haría lo que fuera por esa información —digo levantándome de la silla de un salto ante su afirmación.

—Tengo tanta confianza en ti, Gema, que ni siquiera te voy a pedir algo que no hayas hecho antes.

—¿El qué?

—Que te dejes grabar masturbándote.

—¡Yo no he hecho nunca eso!

—Claro que sí.

—¿Cuándo?

—Cuando pusiste la *webcam* con Stela.

—¿Qué?

—Stela lo grabó todo.

—¡No puedes estar hablándome en serio! —Mi cara refleja mi sorpresa y mis piernas me fallan volviendo a caer sentada en la silla.

—Yo siempre hablo en serio, Gema. Ahora Stela tiene un arma muy poderosa contra ti. Yo quiero tener el mismo poder en mis manos. Por eso quiero que te masturbes aquí y ahora para mí a cambio de la información. Si todo sale como tienes previsto, vas a ser la futura alcaldesa y, aunque ya tengo alguna información comprometedoras sobre ti, necesito imágenes que lo demuestren. Quiero asegurarme de que te tengo bien agarrada por los ovarios cuando seas elegida.

No me puedo creer que haya sido tan tonta. Tengo que empezar a espabilar si me quiero desenvolver en este mundo en el que me estoy metiendo. Este nido de víboras sin escrúpulos que solo buscan lo mejor para sí mismos, sin preocuparse por las consecuencias de sus actos y sin importarles si los métodos usados para conseguir sus propósitos son lícitos o éticos. Esta es la segunda vez que me la juegan y ni siquiera lo he visto venir.

Cómo he podido ser tan descuidada como para dejarme grabar por Stela y, lo que es peor, cómo no se me ha ocurrido a mí grabarla cuando la tuve en la pantalla de ordenador masturbándose como yo estaba haciendo para ella. Menuda mierda de periodista que soy, dejando escapar la oportunidad de tener a una de las más importantes empresarias en mis manos. Tengo que aprender a



aprovechar esas oportunidades si no quiero volver a encontrarme en situaciones comprometidas como en la que estoy ahora. Tengo que aprender a ser yo la que dé el primer paso y a llevar la iniciativa.

Ángel está reclinado en el sillón de cuero negro frente a mí, con actitud de mirón expectante. Ha colocado una cámara entre su sillón y la silla de madera en la que estoy sentada frente a él y que ha puesto en el momento que he aceptado su petición. No hay marcha atrás, tengo que masturbarme para él si quiero conseguir las pruebas que desacrediten al candidato opositor a Javier, pero ni la situación, ni mis pensamientos, ni mis nervios me ayudan a ello. Pero estoy dispuesta a hacerlo si es necesario porque no pienso terminar aquí esta historia. Si me niego a hacerlo no obtendré la información y Javier se enfrentará a Martín en las elecciones y ganará sin problemas. Y yo me quedaré sin matrimonio y sin venganza. Tengo que centrarme, pensar en algo que me haga excitarme lo suficiente como para poder acariciarme. Es la única manera que tengo de poder retomar mis planes.

Cierro los ojos. No puedo concentrarme en nada si sigo viendo a Ángel frente a mí y el objetivo de la cámara grabando. Respiro profundo e intento pensar en otra cosa. Pienso en las últimas veces que me he masturbado intentando que mi mente piense en cómo llegué a sentir esa necesidad de acariciarme. Me acuerdo del día que lo hice pensando en la lengua del camarero de buen culo, rozándome con las sábanas de la cama, pero cuando recuerdo que ese día me puse nerviosa porque Javier pudiera descubrirme por el olor, todo el morbo de la situación desaparece. Es acordarme de Javier y sentirme incómoda. Nada que me recuerde a él puede ya excitarme lo suficiente.

Pienso en el día que Stela me grabó. En cómo perdí el control en mi oficina, llevada por sus palabras soeces, sus insultos y por su imagen proyectada en mi ordenador excitada y cachonda. Me centro en recordar los rasgos de su cara deformados por la excitación y en cómo sonaban sus insultos en mi cabeza. Esos ojos grises suyos brillando de deseo. Sus labios sonrosados humedecidos por su saliva, entreabiertos, jadeando. Recordar cómo me sentí al oír sus sucias palabras me hace sentir la primera contracción de placer, hace que mi lengua humedezca mis labios y que mi mano aparte mi pelo y acaricie mi cuello.

Imaginar su mano juguetona entre sus piernas, como lo estaba la mía entre las mías, calienta mi cuerpo y siento que me empieza a sobrar la ropa. Cuando

me acuerdo de sus dedos brillantes, mis manos desabrochan mi blusa como hice en mi oficina, delante de los ojos provocadores de Stela.

Entonces me acuerdo de la noche de la cena. Ese día previo a nuestro encuentro por Skype, en el que terminé excitada y sin poder satisfacer mis deseos. Casi me parece escuchar en mi cabeza las voces y los gemidos de la gente que me rodeaba y hoy no hay nadie que me impida acariciarme. Bajándome el sujetador, jugueteo con mis pechos. Separo mis piernas en el momento que mis caricias me hacen suspirar por primera vez. Mis pezones se endurecen.

Llevada por las ganas de acariciarlos más cómodamente, me quito del todo la blusa y me desprendo del sujetador. Con ambas manos masajeo mis pechos y dejo caer mi cabeza hacia atrás. Con mis uñas me los pellizco con suavidad.

—¿Empiezas a estar cachonda? —me parece escuchar decir.

—Sí —respondo en medio de un suspiro prolongado, al sentir el deseo brotando entre mis muslos.

Me cuesta soltar mis pechos para que mis manos puedan subirme la falda, pero los latidos en mi sexo empiezan a ser intensos y reclaman mi atención. Suelto mis tetas el tiempo justo para enrollar mi falda a la altura de mis caderas. Después, una de mis manos se vuelve a aferrar a ellos con fuerza mientras que la otra juguetea por encima de mi ropa interior. Puedo sentir el calor que desprende mi sexo incluso por encima de la tela y las caricias de mis dedos hacen que mi humedad se impregne en ella.

Al recordar el momento en el que llegaban los orgasmos, el deseo traspasa la tela e impregna mis dedos y no tardo en sentir la necesidad de apartar mis bragas para mojarlos. Abierta por completo sobre la silla, mis dedos empiezan a recorrer mi sexo desde el clítoris hasta la perversión de su entrada. Una leve caricia en mi clítoris me arranca un gemido. Uno de mis dedos penetrándome me hace gritar de placer. Mi mente se nubla al hurgar con mi dedo en mi interior. Mis pensamientos ya solo son imágenes entremezcladas de momentos placenteros.

La necesidad me lleva a bajar las dos manos entre mis piernas. Me quito las bragas, que quedan colgando, descuidadas, en uno de mis tobillos. Abro, en libertad, mis piernas y dejo que sean ahora dos dedos de mi mano derecha los que me penetren mientras que con la mano izquierda froto mi hinchado clítoris. Con ritmo pausado, disfrutando de cada sensación que me provocan mis caricias, voy aumentando mi excitación y acercándome al orgasmo

cumpliendo así lo pactado con Ángel. Mis jadeos y gritos de placer son continuos y ya nada puede hacer que pare de masturbarme hasta alcanzar el clímax. Entonces recuerdo que la persona sentada frente a mí fue la que me manchó con su orgasmo en aquella cena. Por primera vez, sabiendo que ya nada de lo que vea me hará descentrarme, decido abrir los ojos.

Ángel me mira con atención. No aparta su mirada del placer que me estoy proporcionando con mis dedos. El brillo de sus ojos delata su deseo y el bulto que deforma su pantalón capta mi atención. Me hace recordar el tiempo que llevo sin sentir el ardor en mi cuerpo que provoca una polla poseyéndome. Me hace echarlo de menos y desear volver a sentir esa sensación. Desinhibida por el deseo y con la mente controlada por la lujuria, dejo de masturbarme por «obligación» y empiezo a hacerlo por las ganas de provocar aún más a aquel miembro viril que despunta en sus pantalones. Ya no busco mi placer, ni siquiera llegar al orgasmo, cada movimiento va dedicado a hacer latir su sexo.

Saco mis dedos de las profundidades de mi ser, no sin esfuerzo. Se los muestro brillantes. Los separo ligeramente para que observe los hilos que los unen delatando mi estado de excitación. A mí misma me excita la imagen. Tardo un poco más en conseguir separar mi mano izquierda de mi clítoris, que se queda latiendo suplicando mis caricias y dejo a mi sexo abandonado, pero expuesto. Él observa cómo mi coño sufre contracciones reclamando mi atención. Me llevo los dedos empapados a mis labios y calmo la sequedad provocada por mis jadeos, dejando mi boca brillante, entreabierta, deseosa. Me deleito en relamer cada uno de mis dedos con suavidad y dedicación. Ángel se mueve inquieto en el sofá y me sonrío al comprobar que tiene que recolocar su miembro erecto con la ayuda de la mano. Le debe incomodar bastante dentro de sus ajustados pantalones vaqueros. Se le nota excitado, pero quiero que me desee aún con mayor intensidad. Esto ya no es un pago por su información, es mi juego para volverlo loco. Por hacerle desear poseerme.

Con una sonrisa pícaro en los labios, le lanzo mis bragas, que aún cuelgan de mi tobillo. Las lanzo con la fuerza justa, pero algo desviadas de mi objetivo. Él alarga la mano a tiempo para cogerlas y no tarda en acercárselas a la cara. Saber que está disfrutando del olor intenso de mi placer me produce un cosquilleo de agradable sensación. Pese a que hace un rato que no me toco, mi coño sigue igual de cerca del orgasmo que cuando tenía los dedos hundidos en él. Saberme deseada me mantiene excitada hasta el punto de desear con todas mis fuerzas que él se levante de su asiento y se acerque a hacerme suya.

Mirarle con mis bragas tapando su boca me hace sentir la necesidad de volver a tocarme. Con calma, sin prisas, sin la obsesión de provocarme un orgasmo. Solo con el propósito de mantenerme en ese estado de excitación intensa. Ese lugar, mezcla de placer y nervios, que es estar al borde del orgasmo.

Dejo que dos de mis dedos rocen mi sexo hasta provocarme esa sensación mientras le observo. No deja de mirarme y, al apartarse las bragas de la cara, veo rastros de mí en su rostro. Eso me excita sobremanera, hasta el punto de tener que cesar un par de segundos en mis caricias por miedo a correrme.

Parece que él tampoco puede resistirse más a mi espectáculo. Su mano vuelve a meterse en su pantalón para recolocar su sexo, pero esta vez se queda más rato del necesario entre sus piernas. Se está tocando y esto termina con mi resistencia.

—¡Joder, no puedo más! —Excitada, cachonda, deseosa de sentir ese miembro hinchado gracias a mí y loca por alcanzar un intenso orgasmo, me levanto de la silla, suelto la cremallera de mi falda, la dejo caer al suelo y, completamente desnuda, me acerco a Ángel, me arrodillo delante de él, le abro la cremallera de sus pantalones ajustados y rebusco ansiosa con mis manos entre su ropa interior hasta que se muestra ante mis deseosos labios su capullo rosado y húmedo. No pasan ni unas décimas de segundo hasta que lo tengo dentro de mi boca y lo chupo con deleite y dedicación.

Cuando le arranco el primer intenso gemido de placer mi mano vuelve entre mis piernas y me masturbo como una loca. Su sexo dentro de mi boca ahoga mis gemidos. Sobrepaso el punto de retorno. Ya no hay marcha atrás. ¡Voy a correrme!

Mi coño se desborda y gotea sobre el suelo de la habitación. Aprieto entre mis labios su glande en el momento que alcanzo el clímax. Después, sedienta, sigo lamiendo su polla hasta sentir cómo se tensa, se endurece y me dispongo a recibir el fruto de su orgasmo. Me agarra de la cabeza como para evitar que me aparte, sin saber que no lo haría nunca. Estoy deseosa de sentir todo su semen llenándome la boca, calmando mi sed, mis ansias, mi locura, mi lujuria. Un suave grito precede a la erupción de su sexo. Chorros de semen caliente golpean mi garganta.

Trago todo lo que me ofrece y con mis labios chupo las gotas de placer que quedan rezagadas mientras Ángel recupera la respiración. Estoy a punto de dar

por terminado nuestro juego cuando me agarra de los hombros y me empuja hacia atrás. Me hace caer sentada en el suelo.

Entonces, mientras yo le miro extrañada, se levanta del asiento y se arrodilla en el suelo. Me separa las piernas y mete su cabeza entre ellas. Sé lo que va a hacer y, pese a mi sorpresa inicial, no dudo en dejarme. Le abro mis piernas y me tumbo en el suelo deseando ser devorada. Pese a haber alcanzado un orgasmo hace unos minutos, sigo cachonda y deseosa, insatisfecha todavía.

Ángel me besa y me lame primero los muslos, bajando por mis piernas tan despacio que mi sexo se desespera. Late, se contrae y babea, intentando llamar su atención. El resto de mi cuerpo tiembla de placer y deseo. La espalda se me arquea como a una gata en celo y mis uñas se clavan en el suelo. Mi cadera se alza ofreciéndose a su boca. Se detiene cerca de mi sexo y su húmedo aliento ya me provoca los primeros jadeos. Mi cerebro se adelanta a los acontecimientos y anticipa la llegada de su lengua y reacciona como un perro de Pavlov al sonido de la campana. Mi coño desborda placer y una crema blanquecina se desliza por mis muslos.

Un suspiro que me deja sin aliento se escapa de mi boca cuando la punta de su lengua recoge esa crema y me roza.

—¡Dios! —Me sale del alma cuando sus labios besan mi clítoris. Después, cuando su lengua lame mi sexo como un perro bebe agua de una fuente, me retuerzo de placer y todo mi cuerpo tiembla.

Mi cuerpo calma su sed con una buena cantidad de flujos que él no duda en chupar, lamer y tragarse sin dejar de comerme entera. Su lengua parece calmar sus ansias cuando se centra solo en mi clítoris, aunque eso no hace que mi respiración se relaje. Cuando siento cómo empieza a jugar con mi culo con uno de sus dedos se me entrecorta hasta el aliento.

Mi culo, empapado de mi propio placer, se dilata ante sus deseos y no tardo en sentirme penetrada por uno de sus largos dedos. Es ese dedo el que se descontrola y se mueve dentro de mí a un ritmo frenético.

—¡No pares! ¡No pares! —grito loca de placer al borde de un segundo orgasmo con su dedo follándome el culo y su boca haciendo temblar mi clítoris—. ¡Ya viene! —grito mientras mis uñas se clavan en el suelo casi hasta hacerme daño, mi culo se contrae atrapando su dedo en lo más profundo de mi ser, mi cuerpo se tensa y mi coño se desborda regando su cara con mi segundo orgasmo. Desfallecida y temblorosa, mi cuerpo se relaja y caigo al suelo.

Estoy temblando y doy el juego por terminado. Con los ojos cerrados intento recuperar mi respiración, satisfecha con los orgasmos alcanzados. Pero él no me deja. Me agarra de las caderas y me levanta del suelo. Quedamos arrodillados el uno frente al otro. Su cara brilla con la intensidad de mi orgasmo. Los frutos de mi placer empiezan a secarse en su rostro. Me brota una sonrisa en los labios que él no tarda en ocultar con los suyos. Es la primera vez que nos besamos.

Un beso intenso, sin preámbulos. Su lengua busca la mía dentro de mi boca. La mía, cuando consigue ganar la batalla, se entretiene en disfrutar de mi propio sabor lamiendo sus labios.

Después, se abalanza sobre mis pechos y atrapa mis pezones entre sus dientes. Faltos de atención desde hace un rato, estos reaccionan con júbilo a sus atenciones. Me sorprende a mí misma porque creía que había quedado satisfecha con los dos orgasmos alcanzados, pero sus labios hacen que mis piernas vuelvan a temblar. Una mirada furtiva a su entrepierna me hace ver que él tampoco ha tenido suficiente y que ya está recuperado del orgasmo alcanzado en mi boca. Me muerdo los labios. Hace mucho tiempo que no siento el placer de ser penetrada.

Liberando mis pezones de sus ardientes labios, me doy la vuelta arrodillada en el suelo. No tarda en aceptar mi callada oferta. Se coloca tras de mí y restriega su erecto miembro por todo mi sexo. Lo lubrica con mis jugos y lo hace brillar. Empiezo a entender por qué Marta está tan encantada con su trato.

No tarda en penetrarme. Con suavidad, dejándome sentir cómo se apodera de mí, con mi total consentimiento. Tengo la cabeza apoyada en el suelo. Mi pelo rojo, tan ardiente como el resto de mi cuerpo, cubre mi rostro. Tengo los ojos cerrados para sentir aún más esa sensación de estar siendo invadida. Ese placer que se siente al complementarse con alguien. Espero ansiosa el momento en el que empiece a moverse dentro de mí. Deseando que me haga gritar de placer.

Ángel parece tomarse su tiempo. Ya está dentro de mí, pero no se mueve. Me acaricia con sus manos, pero no se mueve. Le oigo jadear, pero no se mueve. Desesperada, soy yo la que contonea las caderas. Contraigo mi sexo y lo dilato para sentirlo dentro. Siento cómo retrocede, cómo su sexo empieza a abandonarme, lento, pero dejándome vacía hasta que solo su punta queda hundida entre mis muslos. Y de pronto, con furia, me embiste.

Mi cabeza se levanta del suelo, grito, un grito de placer intenso. Y a la primera embestida le sigue una segunda, una tercera, un ritmo frenético que hace que mis pechos se balanceen en el aire mientras de mi boca no dejan de escaparse gritos de placer.

Oigo sus jadeos, siento gotas de su sudor cayendo en mi espalda y mezclándose con el mío. Noto cómo su sexo se hincha y me llena. Me penetra con tantas ansias que me tengo que aferrar al suelo para que no me arrastre.

No sé qué es lo que más me excita, si su miembro erecto follándome descontrolado o sentir cómo hilos de placer resbalan por mis muslos. Unos hilos que él arranca de mis entrañas y que manchan el piso. Me siento «sucia» al desear que se corra dentro de mí. Al excitarme con la idea de que nuestros orgasmos se mezclen en mi coño y resbalen juntos por mis piernas.

Mi mente está nublada por un cercano tercer orgasmo. Estoy justo en ese momento en el que la mente deja de razonar y es capaz de cualquier cosa por alcanzar el clímax. Justo en ese momento en el que mi mente es capaz de pensar cualquier obscenidad y llevarla a cabo. Si alguien me pidiera cualquier cosa en este momento, diría que sí aunque nunca antes me hubiera mostrado dispuesta a hacerlo. Todo por abrir de par en par las puertas del cielo al llegar al orgasmo.

—¡Me voy a correr! —dice Ángel a mi espalda.

—¡Sí! ¡Córrete! ¡Lléname entera! —gimo entre aullidos de placer intenso. Siento su sexo contraerse dentro de mí. Detenerse un instante y erupcionar como un géiser. Me siento llena, completa. Mi cuerpo recibe su orgasmo, lo asimila, concentra su energía en un solo punto de mi ser, se fusiona con mi placer y estalla. Mi orgasmo es tan intenso como la resaca de una ola tras golpear con las piedras de un arrecife y arrastra con él todo lo que encuentra a su paso.

Caigo rendida en el suelo mientras nuestros orgasmos resbalan por mis piernas expulsados de mi sexo latente. Ángel se levanta y va a apagar la cámara. Ni siquiera me acordaba de ella. La idea de que todo lo que ha pasado allí ha sido grabado me hace avergonzarme, pero no me quedan fuerzas para moverme. Ángel me acerca una toalla húmeda y, con las manos temblorosas, limpio de mi piel los restos de nuestro encuentro antes de ser capaz de ponerme en pie y recuperar mi ropa.

Ángel se marcha a una de las habitaciones y me deja sola en la sala con mis perturbados pensamientos. ¿Qué ha pasado? Él solo me pidió que me

masturbara. ¿Qué hará Ángel con el video que acaba de grabar? ¿Merecerá la pena la información? ¿Me estoy excediendo en mis métodos para alcanzar mi plan? ¿Acaso Javier no se merece que también yo le sea infiel? Al fin y al cabo, aunque en los papeles sigamos siendo matrimonio, ya no queda nada a lo que serle fiel por mi parte. No debo explicaciones ni debo sentirme culpable por nada.

Ángel me trae una carpeta con la información prometida. Miro el contenido de la misma y me sonrío al comprobar que tengo más que suficiente para hundir a Martín Soto.

—¿Satisfecha? —me pregunta Ángel al verme sonreír.

—En todos los sentidos —le respondo mientras camino con las piernas temblorosas hacia la puerta.

No estoy dispuesta a dejar pasar ni un solo día sin arreglar lo de mi nombramiento como candidata del partido de la oposición, pero antes de presentarme en el despacho del secretario del partido, necesito pasar por casa a arreglarme. Necesito una ducha y peinarme, además de recomponer mi vestimenta y mi maquillaje antes de presentarme en la sede del partido.

Una ducha rápida con agua tibia me permite recuperarme. Me pongo unos vaqueros y una blusa y me cepillo el pelo hasta deshacer los nudos de mi alocado encuentro. Recompuesta, voy a la sede del partido a demostrarles quién es Gema Romero y con quién no deben volver a jugar.

Hago una llamada por teléfono para avisar de mi llegada.

—Tengo que hablar con el secretario del partido y con Martín Soto. Si no se encuentran en la oficina, hágalos ir. Es muy importante. Dígales que Javier no es el único que oculta trapos sucios y que si no quieren que salgan a la luz mañana en la portada de mi periódico, harán bien en recibirme.

Cuando llego a la sede del partido, no dudan en hacerme pasar al despacho principal. Me dicen que el secretario y el señor Soto están a punto de llegar y que no tardarán en recibirme. Espero sentada en el sofá con la carpeta que me ha dado Ángel firmemente sujeta bajo el brazo. Se acabaron las confianzas, se acabaron los juegos. Ahora voy a ser yo la que tome las riendas de todo, sin dejar que nada se escape de mi control.

El primero en llegar es Martín. Me mira con cara de suficiencia, por encima del hombro. Como si se supiera ganador de una partida antes incluso de que esta empiece. Se sabe autor del último movimiento. Ese que le permitió ser candidato del partido y tener en sus manos la información en contra del



candidato del partido contrario. Me ganó en una batalla y se siente ganador de la guerra.

—¿Y bien? —me interpela con sus aires de grandeza. No queda en su voz nada del chico amable que me recibió la primera vez en ese mismo despacho.

—Vamos a esperar a que llegue el secretario —le respondo con mis ojos verdes clavados en sus ojos. No pienso apartar la mirada.

—Muy bien —responde—. Espero que no nos haga perder mucho el tiempo. Tenemos cosas importantes que preparar para la campaña —me dice con una sonrisa.

—No lo creo —dejo caer con la misma sonrisa cínica en mis labios.

El secretario llega apresurado al despacho. Me mira con sus ojos encendidos.

—Ya le dije que usted y yo no teníamos nada más que hablar. La decisión ya estaba tomada. ¿Qué es lo que quiere?

—Y yo le dije que no sabía con quién estaba tratando y que esto no iba a quedar así. Habíamos llegado a un acuerdo y van a tener que cumplir su palabra.

—Sus amenazas me son indiferentes. Este es mi último año como secretario del partido. Dejo mi carrera política y me dedicaré a vivir con mi familia rodeado de lujos lejos de los focos de la vida pública. No puede hacer nada que pueda perjudicar a mi carrera política, señora Romero.

—Eso es cierto. La única carrera política que puede salir perjudicada de esta reunión es la de Martín Soto. Lo que puedo perjudicarle a usted, señor secretario, es su vida personal y ese retiro dorado alejado de la vida pública.

—Ambos se me quedan mirando con una mirada que desprende incredulidad. Ninguno de los dos da mucho crédito a mis palabras, de momento, así que decido ponerme en pie y seguir con mi carta de presentación—. Hace unas semanas, yo vivía en la más absoluta de las ignorancias. Confiaba en mi marido y en el partido al que pertenecíamos ambos. Las casualidades de la vida, el destino o quién sabe qué, hizo que abriera los ojos una noche que vi a Javier metiéndose en un motel a escondidas. Poco a poco, según iba investigando, se fueron abriendo mis ojos y me fui dando cuenta de la mentira que había estado viviendo. Y no me refiero solo a mi matrimonio. Me refiero a la vida en general. Yo pensaba que el mundo se movía por el trabajo y el esfuerzo de la gente. Por la iniciativa, por el emprendimiento, pero una persona que he conocido hace poco me ha enseñado que el mundo se mueve

por la mentira, los favores y los trapos sucios. Y que nadie, absolutamente nadie, está libre de ese nido de víboras. Del primero que descubrí las mentiras fue de Javier, después de mi partido, más tarde de empresarios y colaboradores del mismo. Por último, cuando quise vengarme de mi esposo, de los últimos que he descubierto los trapos sucios es de ustedes. El partido de la oposición. No se libra nadie. —Sus miradas empiezan a dejar de ser incrédulas. Como ocurrió en la primera reunión, empiezo a captar su atención —. Algo que he aprendido en estos últimos días es que nadie hace nada a cambio de nada. Que todo el mundo consigue sus propósitos a cambio de un favor a alguien, y me pregunté a mí misma, después de que ustedes me traicionaran, ¿qué favor haría Martín Soto para que, pese a su juventud, ya sea el candidato a alcalde? Es verdad que en un principio pensé que era probable que no hubiera ningún otro candidato dispuesto a presentarse en contra del partido que ha ganado todas las elecciones en este Ayuntamiento desde que existe la democracia. Lo pensé. Pero eso era antes de que dispusieran de la información comprometedor que yo les di sobre Javier Márquez. Seguro que, conocedores de esa información y de la posibilidad de mejorar los resultados obtenidos hasta ahora, muchos se propondrían como candidatos ante la posibilidad de un empuje en sus carreras políticas con un resultado mejor de lo esperado. ¿Por qué, entonces, el inexperto Martín Soto?

»Desde el primer momento me di cuenta de que usted, señor Soto, era emprendedor, carismático, dispuesto a ascender en su carrera política cuanto antes. De lo que no me di cuenta es de hasta dónde estaría dispuesto a llegar para conseguirlo. Solo le diré una cosa. Yo, a estas alturas, estoy dispuesta a todo por llegar a donde quiero llegar. Que no le quepa duda. Creo que me entenderá, porque le veo a usted capaz de lo mismo. Dígame, señor Soto, ¿qué favor tuvo que hacerle al secretario del partido para que este decidiera nombrarle candidato a la alcaldía? —Sus ojos ya no muestran esa suficiencia, ese descaro. Ahora se muestran rabiosos, enfadados, pero sigue quedando en ellos un atisbo de incredulidad. Creo que sabe que yo lo sé, pero aún espera que no pueda demostrarlo—. Señor secretario, ¿qué pensarían su mujer y sus hijas si supieran su oculta debilidad? ¿Creé que estarían dispuestas a compartir con usted ese retiro idílico con el que sueña si se enteran?

—¡No será capaz!

—Claro que soy capaz, igual que lo fue usted de traicionar mi confianza y su propia palabra.

—¡Jamás podrá demostrar nada!

—Puedo, claro que puedo. Como le digo, el mundo funciona por favores. Yo acabo de hacer uno y, a cambio, me han dado lo que necesito. —Abro la carpeta que llevo bajo el brazo y empiezo a mostrarles las imágenes en las que se ve a Martín Soto y al secretario en una posición comprometida—. Señor Soto, arrodillarse delante del jefe alguna vez es una expresión que no hay que llevar tanto a la literalidad. ¿No cree? —Furioso se levanta de la silla y hace ademán de acercarse hacia mí. Levanto la mano en señal de que se detenga—. Antes de que intenten arrebatarme estas fotografías o evitar que salga del despacho, deben de saber que hay copias de las mismas en mi ordenador, dentro de un *email*, con la orden de ser enviadas dentro de cuatro horas al correo de todos los medios de comunicación, incluido el mío, si yo no borro la orden antes. Creo que lo mejor para todos es que lleguemos a un acuerdo.

—¿A qué clase de acuerdo se refiere? —dice Martín Soto después de volver a tomar asiento, aunque por cómo agarra los posabrazos su rabia es aún mayor.

—Yo no quiero acabar con su carrera política, señor Soto. Es usted joven y tiene muchos años por delante. Presentarse a alcalde dentro de cuatro años no supondrá ninguna merma a sus posibilidades. Yo no quiero perpetuarme en la política. Solo quiero acabar con la carrera de mi marido. Pasada la legislatura, regresaré por donde he venido. Lo único que quiero de usted es que retire su candidatura. Alegue una enfermedad de su madre, un contratiempo inesperado de última hora que le lleve a cambiar tan repentinamente de opinión. La excusa se la dejo inventar a usted. Tras la renuncia, que será inmediata en el momento que demos por terminada esta reunión, el secretario anunciará mi candidatura a alcaldesa. Les dejo vestirlo como quieran. Les dejo decir que esta reunión fue convocada de urgencia por el secretario a la vista de la nueva situación. Véndanme como la mejor opción del partido ante la renuncia provisional del señor Soto. Si lo hacen, estas fotos no abrirán las portadas de todos los periódicos de mañana, no saldrán a la luz. Usted, secretario, podrá retirarse con su familia y seguir teniendo sus encuentros furtivos con jovencitos cuando quiera. El señor Soto podrá presentarse como candidato a alcalde dentro de cuatro años, incluso menos, si yo dimito antes. Podríamos acordar que yo delegue mi puesto en usted a mitad de legislatura por problemas personales, dado que puede presentarse como segundo en la lista del partido y su carrera seguirá esa ascensión meteórica

que tanto desea. Y yo conseguiré arrebatarle a mi marido lo que más desea en esta vida. Todos salimos ganando. ¿No creen?

Durante unos eternos segundos, ambos se quedan callados meditando la respuesta. No hablan entre ellos, pese a que ambos tienen que tomar la misma decisión. De nada les servirá que uno acepte y el otro no, pero ambos piensan en su respuesta por separado.

—Por mí, de acuerdo —dice, al fin, Martín, aunque se le nota que la decisión es forzada por no encontrar otra salida. Si viera la más mínima posibilidad de salir de esta sin dar su brazo a torcer, la habría utilizado. El secretario respira aliviado. Parece que estaba decidido a aceptar sin dudarlo, pero que estaba esperando a que el candidato diera el primer paso. La frase de que Martín le tenía cogido por los huevos había dejado de ser una frase hecha en cuanto puse las fotos en la mesa.

—Muy bien, pues si estamos todos de acuerdo, va siendo hora de convocar a los medios. Quedan tres horas y media para que yo regrese a casa si no quieren que se envíe el *email*.

Secretario y candidato empiezan a hacer llamadas. Medios, comité del partido, todos tienen que ser informados con la mayor brevedad posible del cambio intentando dar la mínima información. Una hora más tarde, los medios de prensa, televisión y radio aparecen en la misma sala en la que, por la mañana, Martín Soto aceptó el cargo. Va a ser el candidato más breve de la historia.

Le mando un mensaje de móvil a mi jefe del periódico para que esté atento a la rueda de prensa. «Aquí empieza la noticia que le llevo anunciando hace días. Disfrute». No me responde, pero sé que lo ha leído y que está atento a las informaciones que le lleguen. También mando un mensaje a Stela. «Espero que esto vuelva a retomar nuestro acuerdo. Estoy deseando concretar más detalles contigo».

Martín Soto toma el micrófono y da las buenas tardes a los presentes. Stela no ha leído el mensaje todavía.

—Quiero comunicarles que por motivos personales, en los que no quiero entrar demasiado, espero me comprendan y respeten mi intimidad, he decidido rechazar mi nombramiento como candidato a las elecciones a alcalde. Sé que esta mañana anuncié mi candidatura, pero en las últimas horas mi situación personal ha cambiado y mi nueva situación es incompatible con un buen desarrollo de mi trabajo durante la campaña. No voy a disponer del tiempo

necesario para dedicar a la misma ni de la exclusividad que se merecen los habitantes de esta maravillosa ciudad y es por eso por lo que he decidido dar un paso atrás y dejar mi puesto a una persona que, estoy seguro, dará todo de sí misma para alcanzar un buen resultado y luchar por el bienestar de los ciudadanos. Estoy seguro de que, de la misma manera que yo me iba a dedicar en cuerpo y alma a lograr el bienestar de la gente, ella hará lo mismo a partir de este momento. Os presento a la que va a ser la candidata a alcaldesa por nuestro partido: la señora Gema Romero.

Los murmullos y la incredulidad se extienden por la sala. Todos los allí presentes me conocen, ya que todos son compañeros de profesión y han visto mi cara en infinidad de actos del partido de mi esposo. Durante unos segundos creo que el pensamiento general es que es una casualidad que la candidata del partido se llame igual que la mujer del candidato del otro partido en lid. Cuando me subo al estrado, los murmullos se convierten en exclamaciones de asombro. No es que tenga el mismo nombre. Es que la mujer de Javier Márquez va a ser su adversaria. Cientos de *flashes* y cámaras empiezan a iluminarme mientras los allí presentes empiezan a tomar notas de forma acelerada. Mi móvil se vuelve loco en el bolsillo de mi chaqueta. No deja de vibrar mientras espero a que la gente se calme y me deje tomar la palabra. Apenas me ha dado tiempo a preparar un discurso, pero creo que mi sola presencia, y lo que voy a decir, es lo suficientemente impactante como para que abra mañana todas las portadas de los periódicos. Estoy segura de que mi jefe es el primero en frotarse las manos con la noticia. Cuando sepa la primicia que vamos a dar, en un par de días se va a caer de culo en la silla.

—Buenas tardes a todos los presentes. Muchas gracias por acudir, pese a la premura de nuestra llamada, y bienvenidos. Veo la sorpresa reflejada en sus miradas. Estoy segura de que ninguno de ustedes esperaba verme hoy aquí. Como mucho, de hacerlo, esperarían que estuviera sentada ahí entre ustedes, tomando notas. Quiero que sepan que hace unos días yo tampoco esperaba encontrarme aquí. Jamás se me había pasado por la cabeza presentarme de candidata a la alcaldía. Y menos aún en el partido en que lo hago. Todos vosotros ya sabéis que, hasta este momento, era militante del otro partido. Pero mi ética personal y profesional, esa ética que he adquirido de mis padres y que me hace no soportar las injusticias me ha traído hasta aquí. Yo, mejor que nadie, conozco el funcionamiento del partido adversario. Yo, mejor que nadie, conozco al candidato rival y estoy segura, convencida, de que una

persona con la poca moral del señor Javier Márquez no puede ser un buen alcalde para nuestra ciudad. No me podía quedar de brazos cruzados viendo cómo las encuestas dan como ganador a un candidato como el señor Márquez, no puedo. Tenía que hacer algo. Y creo que presentarme como candidata de la oposición es lo mejor que puedo hacer por mis vecinos.

»Hace unos días, hablé con el secretario del partido y con los miembros del comité local. Todos estuvimos de acuerdo en que el señor Martín Soto era la persona más preparada para el puesto. Pero este mediodía he recibido la llamada del partido y, dada la nueva situación del candidato, no he dudado en dar un paso adelante y en aceptar la responsabilidad que se me otorga. Considero a la persona del señor Soto muy válida para el puesto y muy útil para la ciudad y es por eso por lo que espero que sus nuevas obligaciones no le impidan ser uno de los miembros destacados en nuestra candidatura. Estoy segura de que juntos daremos la vuelta a las encuestas y de que, tras las elecciones, gobernaremos en el Ayuntamiento para dar lo mejor a los ciudadanos y librarles, después de más de cuarenta años, de un alcalde que mira más por sus intereses personales que por los intereses de la ciudad. Eso es todo por el momento. Muchas gracias por venir.

Abandono el estrado y vuelvo al despacho. Allí espero la llegada del secretario y del candidato. Mientras, miro el teléfono, que no ha dejado de vibrar. Tengo más de cincuenta mensajes y más de una decena de llamadas de las cuales más de la mitad son de Javier. Creo que hoy es el último día de convivencia de nuestro matrimonio. Hoy descubrirá que lo sé todo y que ya no somos marido y mujer. También tengo un par de llamadas de mi jefe y una de Ángel. Me sorprende encontrar uno de Roberto. «Puedo ayudarte si quieres. Yo también sé cómo acabar con Javier». No me esperaba un mensaje suyo en mi móvil. Sé el rencor que le guarda a su hermano y ahora parece dispuesto a contarme por qué. Quizás debería preguntarle. Pero ahora me interesa más un mensaje de otra persona.

Reviso los mensajes y casi todos son de familiares, conocidos, amigos y compañeros del periódico. Hay uno de mi jefe dándome la enhorabuena y citándome en su despacho y uno de Javier llamándome loca y estúpida. Apenas les presto atención. Más que todos los mensajes y todas las llamadas, me sorprende la ausencia de uno en especial. No hay ninguna llamada, ni mensaje, de Stela.

Ella fue la primera en decirme que no podía retirar su apoyo a Javier

cuando anunciaron la candidatura de Martín por la mañana, sin embargo, ahora que mi plan vuelve al camino correcto, no he recibido ningún mensaje por su parte. Me decido a ser yo la que la escriba. «Ya soy la candidata, como te había prometido. Ahora tienes que hacer tu parte».

Espero impaciente sin quitar la mirada del móvil. Primero, a que mi mensaje llegue a su destinataria, después a que el *check* azul me confirme que ha sido leído, por último, siento cómo todo mi cuerpo se tensa mientras leo la palabra escribiendo en mi pantalla. Stela me va a responder. «Lo siento, después de lo de esta mañana, no puedo dar mi rueda de prensa hasta que la noticia sobre Javier sea publicada. No me puedo permitir que cometas otro error antes de dar yo el paso. Me juego mucho». Le respondo que de acuerdo, que vaya preparándose, que la noticia saldrá en un par de días. Un OK es su única respuesta. Me quedo con los dedos temblorosos sobre la pantalla. Tras el subidón de adrenalina de ese intenso día, me siento capaz de hacer cualquier cosa y lo que más me apetece es verla a ella. Mis dedos no dejan de temblar mientras escribo en mi pantalla un «¿Podemos vernos?». Cuando mi terminal confirma que el mensaje ha sido leído, tiemblo como una hoja. Cuando la veo escribir la respuesta me muerdo los labios y aprieto las piernas de la emoción y los nervios. Me entristezco cuando leo su respuesta. «Mejor no, ahora no es buen momento. Ya hablaremos».

Desilusionada por no hacer realidad mis expectativas, decido mantener mi mente ocupada en mi plan. El siguiente paso es ir a la oficina a hablar con mi jefe y, ante la negativa de Stela de vernos, decido no posponerlo más. Olvidando mis pensamientos lascivos, me encamino con paso decidido hacia mi oficina.

Cuando entro por la puerta, todos los allí presentes me miran con cara de sorpresa. Todos están trabajando como locos tecleando en sus pantallas. Miro de reojo a sus ordenadores y en todos están buscando información sobre mí. Aunque todos me conocen, solo saben de mí los detalles más comunes. Que soy de un pueblo pequeño, que estoy casada, que trabajo en el periódico, que tengo 37 años, porque en la oficina me regalaron una tarta en mi último cumpleaños, y que mi padre murió en un accidente trabajando en el campo. Ahora que voy a ser candidata a alcaldesa necesitan buscar más información sobre mí.

—¡Gema, a mi despacho! —La voz autoritaria de mi jefe resuena desde su oficina en cuanto me descubre. Con una sonrisa de oreja a oreja me dirijo a su

oficina.

—Le dije que la noticia que preparaba iba a ser una bomba.

—Y lo ha sido. Tengo a toda la oficina patas arriba intentando escribir la noticia para el periódico de mañana.

—¿Y por qué no me la pide a mí? Soy la mejor informada y la mejor de sus trabajadoras. Tengo la noticia escrita hace días.

—¿En serio? Eso es estupendo.

—Si me deja ir a mi ordenador, tendrá la noticia en un par de minutos, después seguimos hablando ya que la noticia no acaba aquí. Esto es solo la punta del iceberg, el auténtico bombazo lo vamos a publicar pasado mañana.

—Por favor... —me dice señalando hacia mi mesa—. Mándeme la noticia y vuelva a mi despacho.

Voy a mi ordenador y lo primero que hago es cancelar el envío del *email* a todos los medios con las fotos de Martín Soto y el secretario. Después, retoco un par de informaciones de la noticia, como que la rueda de prensa no había sido por la mañana, como yo esperaba, y añado la renuncia de Martín Soto como candidato y lo adorno con un par de cumplidos hacia su persona. Por último, la mando al ordenador de mi jefe y vuelvo a su despacho. Cuando entro por la puerta ya está leyendo.

—Aja, aja, aja —no deja de repetir mientras lee la noticia con la vista pegada a la pantalla del ordenador—. ¡Estupendo! —exclama al final—. Sin duda, vamos a ser el periódico con mayor tirada mañana. Y el resumen para colgar inmediatamente en la página web es sublime. Deja al lector con las ganas de saber más sobre ti. Genial. ¿Y bien? ¿Qué me puedes adelantar de esa noticia que vamos a publicar dentro de dos días?

—Le puedo decir que no me presento como candidata a la alcaldía con la intención de perder las elecciones. Le puedo decir que la noticia que vamos a presentar en dos días dará la vuelta a las encuestas y que tiene ante usted a la próxima alcaldesa.

—El señor Márquez lleva más de 20 puntos de ventaja en las encuestas ante cualquier rival que se le presente. Que su mujer se presente en su contra es un bombazo, pero no creo que sea suficiente.

—Yo tampoco creo que eso sea suficiente, jefe, lo que vamos a publicar en los próximos días le aseguro que sí. La imagen de Javier Márquez se hundirá y, con ella, toda su carrera política.

Salgo de la oficina dejando a mi jefe frotándose las manos. Ha llegado el



momento de enfrentarme a lo que he estado posponiendo desde que vi entrar a Javier en aquel motel de carretera. Ha llegado el momento de romper la farsa de mi matrimonio.

Las llamadas de Javier a mi móvil superan la decena cuando salgo del despacho. Tengo varios mensajes suyos incrédulos y otros en los que me insulta. «Nos vemos en casa en diez minutos», escribo sin ninguna emoción. Enseguida recibo la confirmación de que lo han leído. Guardo el móvil en el bolsillo sin mirar siquiera su respuesta. Sé que va a estar allí, aunque para ello tenga que recorrerse media ciudad corriendo.

Abro la puerta de casa y él esta esperándome en el pasillo. Se le ve inquieto y camina sin parar. Una sonrisa de triunfo se dibuja en mi cara. Cuando me enteré de sus infidelidades, ese primer golpe casi me tira a la lona, pero conseguí mantenerme en pie. Ahora he asestado yo mi primer golpe y tengo a mi rival tambaleándose. Y aún me queda el golpe mortal para ganarle por KO.

—¿Estás loca? ¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Me puedes explicar qué demonios ha pasado hoy? ¿Qué haces tú presentándote de candidata a alcaldesa? ¡Eres mi esposa, Gema! —me suelta de golpe como si las palabras estuvieran oprimiéndole en la garganta, deseando salir.

—Por poco tiempo. Quiero informarte de que, junto con mi candidatura, hoy también quiero presentarte mi demanda de divorcio —le suelta arrojando un montón de papeles sobre la mesa.

—¿Cómo? ¿Te has vuelto completamente majara y yo no me he dado cuenta? ¿Divorcio?

—Lo sé todo, Javier. Hace días, semanas, que lo sé todo. Deja de hacerte el sorprendido, deja de fingir de una puñetera vez, deja de tomarme por tonta. Te he descubierto. He descubierto la mierda que escondes dentro de ese papel de regalo. Me ha costado mis años, pero ahora ya sé cómo eres en realidad.

—¿De qué mierda estás hablando, Gema? ¡Qué cojones se supone que sabes!

—Sé por qué tienes tantas reuniones hasta tan tarde, sé por qué llevas meses sin estar apenas por casa, sé qué haces por las noches y sé que me mientes.

—Cariño, si llego tarde a casa es porque el partido me tiene agobiado con la candidatura. Son cientos de personas con los que me tengo que reunir cada semana, asesores, inversores, compañeros de partido, votantes...

—Putas...

—¿Qué?

—Que dejes de mentirme, por favor, quedas tan patético. Me eres infiel, te he descubierto, asúmelo y recoge tus cosas y lárgate. Reserva tus mentiras para el público, porque te harán falta para salir de toda la mierda que te voy a echar encima.

—¿De qué estás hablando, Gema?

—De Marta, ¿conoces a Marta? Sé que sí. Yo también la conozco. Una chica muy agradable y simpática cuando no está metida dentro de tus pantalones.

—¿Quién coño es Marta, Gema? ¿Te has vuelto loca de remate!

—¿Aún lo niegas? Qué poca vergüenza la tuya. Qué poca hombría. Marta es la puta con la que te acuestas cada vez que tienes oportunidad. Al principio era a mis espaldas, pero de un tiempo a esta parte, tus escarceos me los detallan cada mañana después de quedar contigo. Por cierto, te recomiendo que para próximas veces no la maquilles tanto, la chica es mucho más guapa al natural.

—Te estás equivocando, Gema. Estás cometiendo un error.

—Tú cometiste un error el engañarme. A mí, que hubiera ido al infierno contigo si me lo hubieras pedido. A la única persona que hubiera puesto la mano en el caldero del diablo por ti. Después de todos estos años, eres la persona en el mundo que mejor me conoce, pero hay algo que no sabes todavía de mí, algo que dejé atrás cuando te conocí, algo de la Gema independiente que guardé en un cajón para compartir mi vida contigo. Esa Gema que tú has desempolvado con tus mentiras, a buenas es muy buena, pero a malas es la mejor.

—¿Me estás amenazando?

—Como buena periodista que soy, simplemente estoy informándote. Ya no soy la esposa servicial que va un paso detrás de ti en las ruedas de prensa. Esa que evitaba los enfrentamientos en casa porque estaba harta de oír las discusiones de sus padres y quería que su matrimonio fuera distinto. Ahora soy tu rival. Tu contrincante. Y voy a ganar.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Que ni se te pase por la cabeza que puedas ganarme en unas elecciones. Este es mi mundo. Llevo muchos años en él. Tú eres una recién llegada que no tiene ni puta idea del terreno que pisa. Ten cuidado, Gema.

—Tú sí que tienes que tener cuidado. Voy a terminar con tu carrera, Javier, como tú has terminado con nuestro matrimonio. No voy a dejar de ella ni las brasas. No vas a tener ni un rescoldo al que aferrarte para renacer.

—No me amenes, Gema, porque antes de que tú me hundas te hundo yo a ti.

—Inténtalo. Y ahora, sal de esta casa y no vuelvas. Puedes ir a esa casa en las afueras. Total, ya pasas la mitad de las noches allí. —Javier me mira con furia y sorpresa en los ojos—. Te dije que lo sé todo.

—No tienes ni puta idea de nada. —Y cierra la puerta de un portazo al salir.

Cuando me quedo sola en casa, me dejo caer en el sofá. El día ha agotado todas mis reservas de energía y me siento como un móvil que necesita con urgencia enchufarse a un cargador. Pero de la misma manera, me siento una mujer nueva, desprendida de todas las cargas que me oprimían desde que mi vida se puso patas arriba. Me siento confiada, renacida. Me siento capaz de afrontar metas y retos nuevos. Me siento como la Gema universitaria que estaba dispuesta a comerse el mundo, sin ataduras. Me siento libre.

Después de muchos días, concilio el sueño sin problemas. Saber que no va a venir nadie a meterse al otro lado de la cama me permite relajarme, liberar mi mente de preocupaciones y vestirme solo con una sonrisa de triunfo en los labios. Por una vez no solo duermo, también descanso.

Duermo bien, pero me levanto temprano. Me doy una ducha de agua tibia y me pongo ropa cómoda. Salgo a la calle con la intención de comprar la prensa en el kiosco y regresar a casa.

El vendedor me saluda con alegría, todo el puesto está salpicado con fotos de mi cara en las portadas, sabe que hoy conmigo va a hacer una buena venta. Le compro un ejemplar de todos los periódicos en los que sale la noticia.

Todos destacan la sorpresa que supone mi presentación como candidata del partido de la oposición. Ninguno de ellos se lo esperaba. El único periódico que enfoca la noticia desde otro punto de vista es el mío, claro está. Cuando mañana publiquemos, en exclusiva, las fotos de Javier con Marta vamos a tener que triplicar la tirada. En alguno de los periódicos se han dado prisa en realizar alguna encuesta sobre la intención de voto una vez conocida la identidad de la candidata. La cosa marcha bien. La ventaja de Javier en las encuestas pasa de los 20 puntos a los 14. Solo el hecho de que me presente en

su contra ya le ha hecho perder 6 puntos. Cuando descubran por qué, la cosa terminará por darse la vuelta.

Me dispongo a dar mi segundo golpe. Cojo las fotografías comprometidas de Javier en una carpeta y me marcho a mi trabajo. Mi jefe me estará esperando impaciente para esa primicia que le prometí. Estoy segura de que no se la espera y de que le va a entusiasmar.

Camino de la oficina me suena el móvil en el bolso. Algo dentro de mí espera que sea Stela quien me llame, pero tuerzo el gesto al comprobar que es el secretario de mi actual partido quien me llama.

—¿Qué desea?

—Únicamente darle la enhorabuena. Ha reducido la ventaja con respecto al otro partido casi a la mitad con su sola presencia como candidata. Está claro que su candidatura ha sido un acierto.

—Aunque usted haya intentado traicionarme y le haya tenido que chantajear para ello.

—El mundo de la política no es fácil. Hay que andarse con mucho ojo. No se suele confiar en nadie, y mucho menos en una tráfuga. Pero usted tiene agallas y no se rinde ante las adversidades. Está dispuesta a todo para conseguir sus metas y eso es algo que, personalmente, aprecio en una persona. Estoy seguro de que conseguirá lo que se propone y eso beneficiará a mi partido. ¿Cuándo piensa publicar la información que nos enseñó?

—En estos momentos iba hacia el periódico para enseñar a mi jefe alguna de las fotos. Creo que lo mejor va a ser publicar dos noticias. La primera con la infidelidad de Javier y la segunda con los trapos sucios del partido. Tres golpes de efecto acabarán por dar la vuelta a las encuestas.

—Dejo eso en sus manos. Recuerde que a partir de ahora tendremos que vernos para organizar la campaña. Tendrá que dar mítines y ruedas de prensa y tendrá que leerse nuestro programa.

—Lo haré, aunque creo que puedo ganar estas elecciones sin ni siquiera tener un proyecto para la ciudad. Solo tengo que hundir al candidato rival.

Cuelgo el teléfono a las puertas de la editorial. Los compañeros me miran y sonrían cuando me cruzo con ellos en los pasillos o en el ascensor. Alguno me da la enhorabuena por el paso dado y me asegura que seré una buena alcaldesa para la ciudad. No solo el mundo de la política está rodeado de pelotas.

Mi jefe se levanta de la silla de su despacho cuando me ve salir del

ascensor y me invita a ir a su oficina.

—Enhorabuena, Gema. Las encuestas dicen que su candidatura es muy bien recibida y, por primera vez en mucho tiempo, el partido que gobierna desde el principio de la democracia en esta ciudad se está poniendo nervioso. El teléfono de mi oficina no para de sonar. Casi todas las llamadas son preguntando por ti. Alguna llamada también es del Ayuntamiento con tono amenazante.

—Le dije que preparaba una gran noticia.

—Así es. Has sido portada en todos los periódicos.

—Sí. Pero esa no es la gran noticia que le prometí. Le dije que, cuando estuviera todo listo, tendríamos que duplicar o triplicar la tirada de los ejemplares. Le dije que daríamos una exclusiva. Y ha llegado el momento. —A mi jefe se le abren los ojos y casi saliva de la emoción—. Yo nunca tuve la intención de presentarme a la alcaldía hasta que descubrí lo que ahora vamos a publicar. Siéntese. —Saco las fotos de Javier y las pongo encima de su mesa. Empieza a mirarlas con atención.

—Este es su marido. Es Javier Márquez entrando en una casa con una jovencita. ¿Qué es lo que tienes aquí, Gema?

—El motivo por el que me presento a alcaldesa. La infidelidad de mi futuro exmarido con una prostituta.

—¿Está segura de eso?

—Tiene encima de la mesa las fotos. La prostituta se llama Marta. Descubrí a mi marido entrando en un motel una noche que me dijo que tenía una reunión importante. Desde ese momento, le sigo y descubro sus aventuras con Marta. Ella me contó el tiempo que llevan juntos y los detalles de sus encuentros. Me habló de la casa y de las cosas que se hacen allí. También he estado en el interior de esa casa. Pertenece al partido que gobierna la ciudad y en ella hacen reuniones de tipo sexual. He encontrado drogas en esa casa y también armarios llenos de ropa sexi y juguetes eróticos. Javier, aquel que tanto ha defendido en el Ayuntamiento que las prostitutas tenían que ilegalizarse y salir de las calles, tiene una doble moral a la hora de acostarse después con una de ellas. Tengo fotos de él abrazando a Marta en la entrada de esa casa y en su coche y quiero que sean mañana portada de nuestro periódico.

—Lo serán, por supuesto que lo serán. Me dan igual las amenazas que puedan llegar después. Con esta noticia, ya pueden irse preparando para

abandonar el Ayuntamiento. Vamos a vender periódicos como latas de cerveza en la entrada de un concierto. ¿Quién va a escribir la noticia?

—Yo misma, por supuesto.

Acabada de escribir la noticia, ya solo me queda esperar a que produzca el efecto esperado. Javier ha quedado tocado con mi presentación, esta noticia lo dejará tambaleándose en la lona. Después le dejaré KO y terminaré por hundir su carrera política como él ha hundido nuestro matrimonio. Nunca pensé que nadie podría hacerme tanto daño como el que me hizo él.

La noticia es un bombazo. Los periódicos se venden solos y toda la gente habla del escándalo de Javier. A primera hora de la mañana incluso el *hashtag* #JavierMarquezputero es *Trending Topic* en las redes sociales durante buena parte de la mañana.

Mi teléfono no para de sonar y a todos respondo de la misma manera. No tengo nada que decir por el momento. Me paso el día en la oficina con el teléfono enchufado a la red para no quedarme sin batería. Entre todas las llamadas que recibo no está la única que espero. Stela me prometió dar una rueda de prensa retirando su apoyo a Javier cuando la noticia fuera publicada, pero pasada la hora de comer aún no me ha llamado.

Cuando estoy pensando en llamarla yo directamente y preguntarle cuándo va a dar la rueda de prensa, me llega un mensaje. «Rueda de prensa preparada para esta tarde a las 19 h. En la recepción del Hotel Meliá. Te espero allí».

Me presento en el hotel con media hora de antelación. Tengo la esperanza de encontrarme con ella y volver a verla antes de que dé la rueda de prensa. No la veo desde nuestra cita en el restaurante y, aunque aquel día me gustó la sensación de resistirme a la tentación y dejar que fuera ella, por una vez, la que se quedará con las ganas de más, cada vez que pienso en ella mi cuerpo me pide dejarme llevar.

Pero me llevo un pequeño disgusto. Cuando pregunto por ella, me dicen que está reunida y que no puede atenderme hasta después de la rueda de prensa. Decido no impacientarme. De todos modos, tras la rueda de prensa tendremos todo el tiempo del mundo para celebrarlo juntas.

Paseo por la recepción del hotel y, al pasar por delante de uno de sus espejos, me doy cuenta de lo guapa y sexi que me he vestido para la ocasión. Me he puesto mi mejor vestido, verde para resaltar el color de mis ojos, corto y con bastante escote; tacones altos para alargar mis piernas y, como ella es un poco más alta que yo y sé que también llevará tacones, poder estar a la altura

de sus ojos; me he dejado el pelo suelto y me he maquillado bastante a su gusto de manera más provocadora de lo que en mí suele ser habitual, el rojo de mis labios es casi tan intenso como el de la noche en su casa.

La gente va llegando al hotel. Decenas de periodistas han sido invitados al acto. Cuando Stela dé la noticia de su ruptura con la campaña de Javier para apoyar la mía, daré un buen mordisco a las encuestas y tendré más cerca la consecución de mi venganza.

Me siento entre el público. No en las primeras filas, pero sí en un plano en el que, cuando ella suba al escenario, pueda verme y comprobar lo guapa que me he puesto para ella. Sé que voy a captar su atención.

Los periodistas murmuran entre ellos, impacientes por conocer lo que Stela tiene que decirles. A las siete en punto de la tarde, con puntualidad británica, se hace un silencio en la sala al oírse abrir la puerta más cercana al escenario. Por un segundo, se me corta la respiración. Y yo que pensaba que venía atractiva y sexi.

Stela entra en la sala haciendo sonar con fuerza sus zapatos de tacón negros. Sus largas piernas pisan con fuerza el escenario a la vista de todos mientras su vestido rojo sensual con corte de tubo se ajusta a su espectacular figura y se mueve cadencioso al ritmo de sus caderas. Las transparencias en el escote hacen que a los presentes nos cueste un tiempo dejar de mirarle a esa altura y llegar a fijar la mirada en su rostro. Una cara de tez morena enmarcada en una melena sedosa y brillante de un negro intenso y unos enormes ojos grises que hipnotizan a todos los presentes. No me sorprende al comprobar que todos los que estamos en el patio de butacas terminemos por agachar la mirada hacia nuestros regazos. Algunos disimulan tomando notas en sus cuadernos. Yo sé que todos hemos agachado la mirada de forma complaciente ante nuestra anfitriona.

—Buenas tardes a todos y gracias por acudir a esta rueda de prensa. —Su voz llega provocadora hasta las últimas filas—. Como sabéis todos los aquí presentes, en el inicio de esta campaña electoral el candidato Javier Márquez y yo llegamos a un acuerdo para secundar su candidatura a la alcaldía. Vi en él al candidato idóneo para llevar a cabo una profunda reforma en el Ayuntamiento de esta ciudad y me ofrecí gustosa a darle mi amparo en su iniciativa. Con su carisma y mi apoyo, hemos hecho una campaña en la que las encuestas nos daban una mayoría amplia para alcanzar nuestros objetivos.

»Pero los últimos acontecimientos, las últimas noticias aparecidas en la

prensa, han hecho que el candidato Javier aparezca ante la luz pública como una persona que no merece la confianza de los votantes, capaz de traicionar incluso a su propia mujer. —Stela me localiza entre el público y dice estas palabras mirándome directamente y con una sonrisa dibujada en sus labios. Bajo el influjo de su mirada me siento estremecer—. Es por eso por lo que os he citado hoy aquí, para comunicaros que... —Stela hace una pausa antes de anunciar su retirada de la campaña de Javier. Desliza la mirada sobre todos los presentes para terminar enfocándola de nuevo en mí antes de terminar la frase— todo lo que se ha publicado en la prensa es total y absolutamente falso. —¿Cómo?—. Y hoy, aquí, esta tarde, tenemos a Javier Márquez con nosotros para desmontar todas las mentiras que se han dicho sobre él. Un aplauso para nuestro próximo alcalde.

¿Qué está pasando? ¿Qué demonios hace él aquí? ¿Qué ha dicho Stela de que todo era falso? ¿Qué diablos ocurre!

Javier sube al escenario con aire distinguido. No hay en su rostro ni una sola muestra de arrepentimiento o de duda. Se muestra altivo, seguro de sí mismo. Me da igual qué mentiras vaya a contar delante de la prensa. Tengo todas las pruebas necesarias para desmontarlas en cuanto abra la boca.

—Buenas tardes a todos. —Tras carraspear un par de veces, Javier toma la palabra con Stela un paso por detrás a su lado—. En los últimos días la prensa, sobre todo el periódico donde trabaja la que hoy por hoy sigue siendo mi mujer, ha vertido informaciones falsas sobre mi persona intentando dañar mi imagen. No esperaba esto de la persona que ha compartido conmigo los últimos años de nuestra vida. Una traición tan sucia y rastrera como falsas son sus afirmaciones, con el único propósito de dañar mi imagen y aprovecharse de ello. Presentarse como candidata de la oposición e intentar arrebatarme mi sueño de ser vuestro alcalde. Yo, Javier Márquez, jamás le he sido infiel a mi esposa y estoy aquí para desmontar tales afirmaciones. —¿Cómo puede tener todavía el valor de seguir negándolo después de que hayamos publicado las fotos de él junto a Marta en la entrada de la casa, abrazados y en actitud cariñosa? ¿Cómo pretende explicar eso?—. Todos sabéis que durante la pasada legislatura me he esforzado en eliminar la prostitución de nuestras calles. He hecho todo lo que ha estado en mi mano para que ese sucio negocio en el que se maltrata a las mujeres desaparezca de nuestra sociedad. Acusarme de tener relaciones con una prostituta es tan rastrero como hipócrita por mi parte sería si fuera verdad. ¿Conozco a la chica que aparece en las fotos? Por



supuesto que sí. ¿Conozco la casa en la que fuimos fotografiados? Es evidente. ¿Es eso una cita entre un cliente y una prostituta? Total y absolutamente falso.

»Como les he dicho, desde que formo parte del Ayuntamiento, mi labor ha sido eliminar la prostitución, al menos de las calles de nuestra ciudad, mientras no pueda hacer otra cosa. Si llego a ser elegido alcalde haré todo lo posible por erradicarla, no solo de nuestras calles, sino también de locales y negocios fraudulentos. No quiero en mi ciudad ni un solo lugar en el que se maltrate u obligue a una mujer a tener relaciones sexuales con hombres por dinero. Se acabó la trata de blancas en nuestra ciudad. Es por eso por lo que, desde mi labor de concejal en el Ayuntamiento, desarrollé un sistema para dar cobijo a aquellas mujeres que quisieran dejar ese mundo. La chica que aparece en las fotos conmigo se llama Marta. Es una chica de 23 años que está siendo obligada a ejercer la prostitución en nuestras calles contra su voluntad. Hace unos meses se presentó en el Ayuntamiento y solicitó nuestra ayuda. No tenía dónde vivir ni a quién acudir y yo mismo me encargué de su caso. Las fotos en las que se nos ve abrazados no son más que una muestra de afecto por su parte por ayudarla. El día que fuimos fotografiados, se ve en la imagen que ella va vestida como una prostituta, se había escapado de una cita con un cliente muy desagradable y me pidió ayuda. Fui a recogerla y la llevé a la casa que aparece en las fotos. Esa casa no es una casa de citas, ni un burdel, ni un picadero, como dice la prensa. Ese lugar es una casa de acogida donde damos cobijo, comida y techo a todas aquellas mujeres que quieran escapar de la prostitución. Marta pasó la noche en esa casa y sigue allí bajo nuestra tutela. Ha recuperado sus estudios y pronto recuperará la vida de inocencia juvenil que tiene en su rostro y que nunca nadie debió permitir que perdiera. Yo jamás me acosté ni me acostaría con ella. Simplemente la salvé.

—¡Eso es falso! ¡Maldito embustero! ¡Mentiroso de mierda! ¡Cabrón asqueroso! Yo he hablado personalmente con esa chica. Yo he estado en esa casa. Aquello no era una casa de acogida. Allí había cajones llenos de ropa de prostituta y de fantasías sexuales. Allí había droga en los cajones, camas redondas, libros eróticos e imágenes de video. Esa casa es, no solo tu lugar de encuentro con Marta, sino el lugar de encuentro de muchos de los miembros de tu asqueroso partido con prostitutas. —La gente se gira a mirarme. Nerviosa, alterada y fuera de mí, no soy capaz de entender cómo se puede ser tan mezquino y ruin para mentir de esa manera. No estoy dispuesta a dejar que

Javier mienta de forma tan descarada y que sus mentiras se publiquen mañana en la prensa.

—Señoras, señores, ante ustedes la histérica de mi mujer intentando seguir con sus mentiras. Gema, por los años que hemos pasado juntos, deja de mentir. Deja de intentar ensuciar mi imagen. ¿Qué te he hecho yo para que te comportes así? Yo siempre te he querido y respetado.

—¿Tú? ¿Querirme? ¡Maldito cabrón! ¿Crees que las fotos que publiqué el primer día en el periódico son las únicas que tengo? ¿Crees que soy tan tonta? Tengo fotos de la casa, de todo lo que hay en ella. De los cajones llenos de juguetes eróticos, de la droga, de las camas redondas, de los videos asquerosos que tú y tus compañeros grabáis en esa casa. Y las tengo todas aquí, en mi móvil, preparadas para desmontar toda esta absurda farsa que te has montado para seguir enmascarando tu infidelidad.

—Muy bien, Gema. Enséñanoslas. Muestra a toda esta gente esas fotos de las que hablas.

—Claro que las voy a mostrar. Compañeros y compañeras, aquí en mi móvil tengo las pruebas que desmontan todas las mentiras que os acaban de contar —digo mientras rebusco en mi bolso en busca de mi teléfono. Cada una de sus afirmaciones se vendrá abajo cuando vean las fotos que tomé en mi visita a la casa. Saco el teléfono del bolso y busco las imágenes—. Aquí tengo la prueba de la infidelidad y la falsedad de Javi... ¡Qué demonios has hecho con las fotos! ¡Dónde están las fotos que saqué en la casa! ¡Maldito hijo de puta!

No están. La carpeta de imágenes de mi móvil está completamente vacía. No hay ni rastro de fotografías en él. Ni siquiera en el buzón de correo al que me las reenvié para no perderlas. Ni los archivos de audio con las conversaciones con Marta grabadas. Nada.

—¿No tienes ninguna foto, verdad? Gema, deja de hacer el ridículo y confiesa que te lo has inventado todo. Aún no sé por qué estás haciendo esto, pero deja de mentir o me veré obligado a demostrar que no tienes ninguna credibilidad.

—Estaban aquí, juro que estaban aquí. Yo saqué fotos de la casa, sé lo que vi. Sé lo que vi cuando entraste en la casa con Marta. Tenía las conversaciones con ella grabadas.

—Señores, señoras, esto es lo que hay en esa casa. Pueden ir a ella cuando quieran. Solo encontrarán lo que voy a enseñarles ahora en imágenes.

En la pantalla que hay detrás de Javier y Stela salen imágenes de la casa que no se parecen en nada a lo que yo vi. Las habitaciones tienen camas separadas donde duermen plácidamente unas chicas. La cocina muestra a un par de chicas jóvenes cocinando y sonriendo. No hay rastro de drogas, de cajones ni de armarios llenos de juguetes sexuales. La sala de grabaciones es un pequeño cine donde las chicas acogidas se reúnen a ver sus películas favoritas.

—Eso no es lo que yo vi. ¡Os está mintiendo a todos! ¡Alguien ha cambiado la casa! ¡Os juro que miente!

—Gema, por favor, para ya. No tienes ninguna prueba en la que apoyar tus palabras. No tienes nada que sostenga tu mentira. Tienes unas fotos más abrazando a una pobre chica en la entrada de una casa de acogida. Nada más. Y con eso intentaste desprestigiar mi carrera y apoderarte de mi sueño de ser alcalde.

—Yo te vi entrando en un sucio motel, yo te vi llegar a casa tarde todas las noches, yo te vi pasando a recogerla, te vi llevándole trajes de colegiala, ella me contó las cosas que hacíais juntos. Lo vi y terminaré por demostrarlo. ¡Voy a acabar contigo Javier, me cueste lo que me cueste!

—Tú lo has querido, Gema. Que conste que yo no quería hacer esto. Que conste que quería ahorrarte la humillación de pasar por lo que tú me estás intentando hacer pasar, pero vista tu actitud, no me queda otro remedio que hacerlo. Aquí el único que tiene pruebas de que le han sido infiel soy yo. Aquí la única que se ha acostado con otro hombre eres tú. Y yo sí tengo el video que lo demuestra.

Cuando en la pantalla del hotel salen las imágenes de mi encuentro con Ángel abro los ojos como platos y me siento rota por dentro. Todo el mundo me oye gemir de placer mientras Ángel me folla en el suelo de su casa. Mi cara en primer plano no deja ninguna duda de que la chica que se retuerce de placer soy yo. Y, en ese momento, empiezo a entenderlo todo. Ángel no grabó el video para asegurarse mi apoyo cuando fuera alcaldesa, lo grabó compinchado con Javier y Marta para hundir mi reputación públicamente. Desde el principio he sido manipulada.

Un último gemido de placer mío en la pantalla da por finalizada la rueda de prensa. Me quedo estática, en medio del auditorio, muerta de vergüenza y abatida. Mi reputación, labrada durante años, se ha ido por el sumidero de la traición. Mi carrera está acabada y el temblor del móvil en mi mano me

anuncia que, más pronto que tarde, mi jefe me despedirá. Mi carrera política ha terminado casi antes de empezar y mi venganza se ha ido a la mierda.

Miró el móvil. No es un mensaje de mi jefe el que lo ha hecho vibrar, sino un nuevo mensaje de Roberto. «Yo te creo. Sé que Javier te la ha jugado. Yo te puedo ayudar si tú quieres».

Estoy tan confusa preguntándome cómo he sido tan ingenua y cómo no lo he visto venir, que las palabras de Roberto en el móvil me suenan lejanas. Estoy tan descolocada, tan perdida, que no se me ocurre cómo nadie va a poder ayudarme. Ensimismada en mis tristes pensamientos, oigo una voz a mi lado.

—Los celos son el arma más eficaz contra una mujer. —Es Stela, estoy tan abatida que ni siquiera la he oído llegar, pese a que sus zapatos retumban a cada paso en el suelo de piedra—. Desde la primera vez que te conocí supe que era la mejor manera de nublar tu juicio.

—Tú también estás involucrada, ¿verdad? —Apenas mi voz consigue ser audible.

—Por supuesto, querida. La idea fue mía. Todo ha ido como esperaba. Aunque he de reconocer que no te creía capaz de llegar tan lejos, sospechaba que harías muchas cosas para intentar vengarte de tu marido. Se te veía tan enamorada de él que solo su traición te haría hervir de rabia.

—¿Por qué me habéis hecho esto?

—Porque lo único que es cierto de todo lo que has contado en tus noticias es que Javier te es infiel. Claro que no con Marta. La pobre es solo una actriz con poco trabajo a la que hemos pagado por hacer su papel de prostituta. Javier te es infiel conmigo. Yo soy la amante de tu marido. No queremos tener que esconder nuestra relación, pero para eso teníamos que deshacernos de ti. Que Javier rompiera contigo o que te fuera infiel no era una buena imagen para su campaña. Tenías que ser tú quien lo traicionara. Que tú quedaras como la mala en toda esta historia. De verdad, la idea de presentarte como candidata de la oposición fue brillante. Nos lo puso todo más fácil. Cuando recurriste a Ángel para conseguir que Martín Soto renunciara a su puesto, supimos qué hacer. Hasta entonces, solo teníamos unas imágenes tuyas masturbándote delante de una *webcam*.

—Eres una puta.

—Lo sé. —Se carcajea al responderme—. Y es una pena que en el restaurante quisieras mostrar tu fuerza y dejarme con las ganas. Te habría demostrado lo buena puta que soy. Es lo único que no ha salido como esperaba

en todo esto. Pensé que tú y yo en algún momento tendríamos nuestro particular encuentro.

—¿Qué ha pasado con las imágenes que saqué en la casa?

—Ángel no es chulo de ninguna prostituta. Es incluso mejor que eso. Es un estupendo *hacker* informático que hace cualquier trabajo que se le pague bien. No le resultó difícil hacerse con tu móvil mientras tú te masturbabas en su silla y dejarlo limpio. De la misma forma que no le costó hacerse con tus contraseñas y eliminar los archivos de la nube en donde los guardabas. El muy cabrón, además, se lo ha sabido montar mejor que yo para llevarse el premio gordo de tener sexo contigo.

»Cualquier persona que vaya ahora a la casa se encontrará lo que hemos enseñado en el video. Ni rastro de las fiestas del partido que tú creías que allí se organizaban. La casa ni siquiera pertenece al partido. Me pertenece a mí. Ahora, contigo fuera de juego, Javier ganará las elecciones de manera aplastante y será el futuro alcalde. El partido de la oposición ya no puede presentarte como candidata y tampoco a Martín Soto. Tendrán que conformarse con presentar a un mero comparsa. Pasado un tiempo, anunciaremos nuestra relación. Ser su directora de campaña nos hace pasar mucho tiempo juntos y yo soy una mujer soltera y él un hombre afligido por la traición de su esposa. Todo el mundo lo verá como algo normal. Y tú no tendrás ningún lugar en el que publicar tu historia. Después de esto, ningún periódico querrá contratarte nunca más. La información que te pasó Ángel sobre el partido también es falsa. Ninguno de los informes que te entregó con las fotos y que esperabas poder publicar después de esta rueda de prensa contiene ninguna prueba veraz. No tienes nada.

—¿Sabes que cuando Javier tenga lo que quiere de ti y ya no te necesite te traicionará también, como ha hecho conmigo?

—Aíss, qué inocente eres, Gema. Deberías de saber que soy yo quien controla y manipula a los hombres. Yo soy quien seduje a tu marido, soy yo quien lo convenció de montar todo esto y hundirte. Y seré yo quien traicione a Javier cuando ya no lo necesite. Mis metas están mucho más allá de robarle el marido a una pobre periodista, por muy alcalde que este vaya a ser.

Por primera vez, levanto la cabeza y fijo mis ojos verdes en sus ojos grises. Por primera vez no me siento asustada por la intensidad de su mirada. Siento tanta rabia que ya no me acobarda.

—Stela, ¿o debería decir Lucía? No sé cuándo, ni cómo, ni cuánto me va a

costar, pero ten una cosa presente. Soy una mujer difícil de hundir. No te sientas todavía victoriosa, porque esto aún no ha terminado.